Unai Elorriaga

Nosotros no ahorcamos a nadie

Galaxia Gutenberg

Unai Elorriaga

(Algorta, 1973). Licenciado en Filosofía y Letras, ha trabajado como traductor, profesor y redactor de una editorial. Con su primer obra, *Un tranvía en SP*, ganó en Premio Nacional de Narrativa en 2002. A su vez, sus dos últimos libros han sido merecedores del Premio de la Crítica: *Iazko hezurrak*, 2014 (inédito en castellano a pesar de haberse convertido, de nuevo, en finalista del Premio Nacional de Narrativa) e *Iturria*, 2019 (que aparece ahora aquí rebautizado con el título de *Nosotros no ahorcamos a nadie*). Además de estos, cuenta con otros tres títulos: *El pelo de Van't Hoff* (ganador de la beca Igartza), *Vredaman* (galardonado con el NEA International Literary Award, concedido por el gobierno de Estados Unidos) y *Londres es de cartón*. Ha publicado varios libros infantiles y una obra de teatro en Argentina (*Y los peces estornudaron*). Por otra parte, ha colaborado en prensa con numerosos artículos y ha sido conferenciante en varias universidades (Oxford, Georgetown, Dublín, Lyon…). Sus obras pueden leerse en varias lenguas europeas (inglés, alemán, italiano, serbio, ruso, estonio, etc.).

En esta época en la que el conocimiento se simplifica y se difunde a través de etiquetas, de listas con «lo más» y «lo mejor», de titulares, memes y escasos caracteres, en esta época en la que se ensalza lo liviano y pasajero, leer a Unai Elorriaga es un regalo que he querido compartir con esta edición de *Nosotros no ahorcamos a nadie*. La escritura de Elorriaga posee muchas de las virtudes de las que carece buena parte de la literatura contemporánea: profundidad, singularidad, cuidado en cada palabra, en cada construcción sintáctica, un conocimiento literario vasto que, sin embargo, no se expresa con pedantería sino que se filtra a través de sus páginas, un sentido del humor original, en ocasiones irónico y cáustico pero nunca feroz. Elorriaga escribe fuera de las modas y de los tiempos trepidantes y al mismo tiempo toca asuntos que nos afectan directa y profundamente. O por lo menos deberían hacerlo.

Es el caso de *Nosotros no ahorcamos a nadie*, una novela que el propio autor ha traducido y que, en su versión original en euskera –*Iturria* (Susa, 2019)– ganó el Premio Nacional de la Crítica. Una novela que, con una mirada llena de ternura y comicidad, se articula en torno a la vejez, a la conciencia del final de la vida, al decaimiento y la enfermedad, a través del viaje de sus ancianos protagonistas, Soro Barturen y Erroman.

Unai Elorriaga nos hace disfrutar con su desbordante imaginación y su sentido del humor. *Nosotros no ahorcamos a nadie* es, además de una novela sobre la amistad de dos ancianos, una reflexión profunda y deliciosa sobre el arte de narrar y de leer, sobre el ejercicio de la traducción, un homenaje al cuento como género literario mayor y a la literatura centroeuropea como fuente de conocimiento e inspiración. Ojalá disfruten de su lectura tanto como yo.

(Del prólogo de Edurne Portela)

Serie dirigida

por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste
Luces de invierno, Irati Elorrieta
Una nueva tierra salvaje, Diane Cook
Sin tocar el suelo, Jokin Muñoz
Frutos salvajes, Sheng Keyi

UNAI ELORRIAGA

Nosotros no ahorcamos a nadie

Prólogo de
Edurne Portela

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2023

© Unai Elorriaga, 2023
Según acuerdo con Literarische Agentur
Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am
Main, Alemania
© del prólogo: Edurne Portela, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023
Imagen de portada: © Lander Garro

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-19392-73-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prólogo *de Edurne Portela*

Primera parte. EL HÍGADO DE LOS FANTASMAS
No son nuestros
Segundo relato de Praga. *¿Quién se ocupa de la hierba?*
Primer relato húngaro: BUDAPEST. *Nueve días*

Segunda parte. LLEGA ESZTER
Primer relato danés. *Lo estoy contando para vosotros, cerdos*
Segundo relato danés: COPENHAGUE. *Tortuga y jabalí*
Segundo relato de Budapest. *Bruma*

Tercera parte. LLEGA LA BRUMA
Primer relato suizo: ZÚRICH. *Nosotros no ahorcamos a nadie*
Segundo relato suizo: BERNA. *Sobre el vinagre*
Primer relato de Varsovia. *La caza no es la respuesta*

Cuarta parte. ABEJAS MUERTAS
Segundo relato de Varsovia. *Abejas, frenos*

Prólogo de Edurne Portela

En esta época en la que el conocimiento se simplifica y se difunde a través de etiquetas, de listas con «lo más» y «lo mejor», de titulares, memes y escasos caracteres, en esta época en la que se ensalza lo liviano y pasajero, leer a Unai Elorriaga es un regalo que he querido compartir con esta edición de *Nosotros no ahorcamos a nadie*. La escritura de Elorriaga posee muchas de las virtudes de las que carece buena parte de la literatura contemporánea: profundidad, singularidad, cuidado en cada palabra, en cada construcción sintáctica, un conocimiento literario vasto que, sin embargo, no se expresa con pedantería sino que se filtra a través de sus páginas, un sentido del humor original, en ocasiones irónico y cáustico pero nunca feroz. Elorriaga escribe fuera de las modas y de los tiempos trepidantes y al mismo tiempo toca asuntos que nos afectan directa y profundamente. O por lo menos deberían hacerlo.

Es el caso de *Nosotros no ahorcamos a nadie*, una novela que el propio autor ha traducido y que, en su versión original en euskera –*Iturria* (Susa, 2019)– ganó el Premio Nacional de la Crítica. Una novela escrita antes de la pandemia pero que se podría leer como pospandémica, no porque hable del fin del mundo o del confinamiento (aunque un cuento que aparece en ella, «Tortuga y jabalí», podría ser premonitorio), sino porque se articula en torno a la vejez, a la conciencia del final de la vida, al decaimiento y la enfermedad, a través del viaje de sus ancianos protagonistas, Soro Barturen y Erroman. Las peripecias de estos dos ancianos están narradas, con gran ternura y sentido del humor, por el propio Erroman, amigo de la infancia de Soro, que permite e incluso azuza sus excentricidades: desde desnudarse completamente en un aeropuerto a dejar diez mil euros de propina extra en un hotel como penitencia por haber quemado las sábanas de su cama. Porque Soro es un millonario obsesionado con el carlismo, ingeniero y amante de la literatura, impredecible, malhablado y estrafalario. Y Erroman, con paciencia, cariño y mucho humor, lo consiente en su último capricho antes de morir: seguir la pista de Pedro Iturria, amigo de juventud de Soro, a través de la publicación de sus cuentos en revistas centroeuropeas. La premisa de esta novela es un disparate maravilloso que permite a Unai Elorriaga construir el andamiaje para cobijar en él una colección de relatos deslumbrantes. Erroman y Soro, con la ayuda de la hija de este, Leire Barturen, localizan la publicación de los cuentos de Iturria en diferentes lenguas centroeuropeas, contratan o «compran» a un traductor o traductora, leen el cuento juntos y lo comentan después en reflexiones metaliterarias a las que no les falta humor y autoironía. A través de este patrón narrativo, de este andamiaje novelesco,

Elorriaga ofrece una obra de riqueza singular que muestra su capacidad narrativa y su amplitud de registros: navega con igual destreza en el esperpento a veces descacharrante de las conversaciones de los ancianos y en la más absoluta sobriedad narrativa de los inquietantes cuentos, diez relatos en los que el ejercicio de la violencia, la amenaza, los fantasmas heredados, la locura y la culpa son temas recurrentes.

Unai Elorriaga nos hace disfrutar con su desbordante imaginación y su sentido del humor. *Nosotros no ahorcamos a nadie* es, además de una novela sobre la amistad de dos ancianos, una reflexión profunda y deliciosa sobre el arte de narrar y de leer, sobre el ejercicio de la traducción, un homenaje al cuento como género literario mayor y a la literatura centroeuropea como fuente de conocimiento e inspiración. Ojalá disfruten su lectura tanto como yo.

Primera parte

EL HÍGADO DE LOS FANTASMAS

Conozco a Soro Barturen desde que nadaba en la tripa de su madre. Nací un mes antes y nuestras madres pasearon juntas, con un niño en la barriga y otro en el coche. Desde entonces apenas nos hemos separado: reventamos ranas juntos, pantalones, rodillas, remos... Conocimos a nuestras mujeres en fechas similares y fuimos padres prácticamente a la vez.

Sin embargo, Soro marchó a Inglaterra a estudiar, mientras yo me hacía capitán aquí (marina mercante, por supuesto). Es la única ocasión en la que hemos estado separados, durante unos pocos años. Fue allí donde conoció a Pedro Iturria. Ambos son de aquí, Iturria y Barturen, se conocieron en euskera, pero eran completos desconocidos hasta llegar a Londres.

Soro Barturen acabó sus estudios, regresó y no volvió a ver a Pedro Iturria, que decidió quedarse. Estudió ingeniería, igual que Soro, igual que todos los extranjeros que estudiaron en aquella universidad, pero a Iturria le consumía otra obsesión, así me contó Soro, «casi una enfermedad». Me dijo: Iturria no era capaz de pasar un día sin escribir algo, a todas horas, pequeños textos, relatos, pasajes, ideas, de todo y cualquier cosa, le daba igual. Dice Soro que no malgastaba un minuto, cualquier lugar era bueno, cualquier momento. Dice que jamás ha visto tal obsesión por algo.

Pero es Soro quien se ha obsesionado ahora: se ha lanzado a buscar a Pedro Iturria por toda Europa, cuando está a punto de cumplir los ochenta años, después de pasar cincuenta sin saber nada de él. Por eso me ha pedido ayuda, por eso vamos ahora tras él y leemos sus relatos. Ha publicado poco, en periódicos y revistas, y tratamos de reunirlo todo, lo poco que puede encontrarse. Son textos rebeldes, confusos, producen algún que otro dolor de cabeza, pero al cabo se agradecen, proporcionan incluso cierta alegría, tal y como este que sigue:

No son nuestros

Los fantasmas son enfermizos, están repletos de vicios, pero nadie se fija en ellos. ¿Para qué? ¿Qué es un fantasma hoy? No os fijéis en los fantasmas, fijaos en las casas, en esas, en las que están al final de la avenida.

Encontraréis perros, en esas casas quiero decir, pero también compran otro tipo de animales: iguanas, salamandras... Es su afición, manejan dinero. Tampoco son extrañas las épocas en las que les nacen hijos monstruos, niños que nunca salen de casa, a los que no se les permite salir. Los esconden en habitaciones, callan en el comedor, o los envían a Suiza, a las clínicas.

No, el párroco, Don Reo, vivía más aquí, más de esta parte, dicen que había nacido en esas casas, pero no es verdad. Sí, mientras Dios le mantuvo en este mundo, dijo misa en San Martín, soberbio y a voz en grito.

¿Y Maguregi? ¿No te acuerdas de Maguregi? ¿Margarita Maguregi? Ella sí que frecuentaba las casas, las últimas de la avenida, la única que entraba allí de todos nosotros. Margarita, eso es, la costurera, eso es, Margarita Maguregi. La madre de Gregorio, esa misma: Gregorio, Fernando, los hijos, Begoña y Joseba también, el más joven Joseba, cuatro tuvo. Margarita sí que pudo entrar a las casas, incluso a las más grandes. Tomar medidas, probar vestidos, hilvanados primero, segunda prueba, entró y salió más que nadie. Nosotros ni imaginábamos poder entrar.

Traían al mundo decenas de hijos en aquellas casas: cinco, seis, siete, más incluso. Once nacieron en la más cercana a la estación. Pero no todos eran sanos, había veces en las que les nacían monstruos, era lo que nos contaba Margarita. Era ella quien cosía la ropa para las mujeres de la casa; De Loza se encargaba de los hombres. Madres, hijas, tías, abuelas eran cosa de Maguregi, por eso tantas horas allí, la única entre nosotros.

Dicen que en una de aquellas casas vivieron dos monstruos al mismo tiempo: tía y sobrina. Muy parecidas, la cara, la piel, todo. Dos monstruos en la misma casa, no era habitual. Pedían a Margarita, en días señalados, que vistiese a las dos de oro, vestidos, chaquetas, pañuelos de oro... Después celebraban una fiesta en honor a ellas, tres o cuatro veces al año, decía.

Sentaban a las monstruos en sendos tronos, vestidas de oro, coronadas, rodeadas de los animales de la casa. Traían palomas de Francia, de Bélgica, veinte palomas, más incluso, y las colocaban alrededor de las dos, encima de sus rodillas y brazos. Esparcían comida por los pliegues de los vestidos, se aseguraban así de que siempre hubiera palomas encima de ellas. Margarita hablaba de su música también, rusa por lo general. Servían tartas Saint Honoré, patrón de los panaderos, Honoré de Amiens.

Las monstruos se daban palmadas contra los muslos, dejaban caer la saliva en sus escotes de oro, sobre las palomas; la baba se esparcía por los plumajes, encima de los picos.

Margarita Maguregi miraba a las monstruos con espanto, con ganas de vomitar, por mucho que todo aquello fuera habitual en la casa, de la misma manera que les parecía natural traer palomas de Bélgica o de Luxemburgo.

Con todo, Margarita Maguregi era muy querida, en esas casas quiero decir. No era difícil tener en consideración a Margarita, te acordarás: pequeña, cara redonda, tampoco era guapa, todo lo tenía pequeño, una mujer mínima. Lo extraño es que de esa mujer tan minúscula naciese Gregorio, también Fernando es grande; Joseba fue remero, con eso te digo todo. Y todos nacieron de esa pequeña mujer. Begoña es la única del tamaño de su madre.

La cosa es que querían a Margarita Maguregi en esas casas: buena costurera, hizo los vestidos de novia y de comunión, incluso arreglos para las muertas. Es habitual que los muertos mermen, no les sienten bien las chaquetas, las sisas, hay que estrecharlas. Las muertas de la casa eran asunto de Margarita entonces; De Loza se encargaba de los muertos. Por eso querían a Margarita, pero había otras razones: enseñaba, por ejemplo, a coser a los niños monstruos. Apenas aprendían nada, se hacían sangre, echaban a perder las telas.

No en todas las casas había monstruos, pero incluso los que no lo eran se casaban entre sí, o se juntaban sin necesidad de casarse, incluso los sacerdotes, un obispo, todo muy sucio. Quiero decir que decían que sus fantasmas eran como para no enseñárselos a nadie.

Fue en una de esas casas donde le regalaron el broche a Margarita Maguregi, un alfiler, una señal de agradecimiento, un broche de oro, con alguna piedra. Margarita lo agradeció en el alma, pero no lo habían comprado para ella. El padre lo hizo comprar para la tercera hija, cuando empezó a caérsele el pelo a mechones, a la hija que estudiaba en Madrid, la que murió tres años después, se habló del hígado. No le gustó el broche a la niña, dijo que le daba asco. Parece que dijo «Cosas de vieja» y que lo lanzó contra una pared o contra el pecho del padre. «Broches de viejas a mí», «¿Qué soy yo, una vieja asquerosa?», «Regala eso a las sirvientas, a la cocinera». Acabaron regalándoselo a Margarita Maguregi.

Organizaron una ceremonia para la entrega del broche. Lo hicieron en uno de los salones, no en el más grande, pero con solemnidad. Reunieron allí a mucha familia: padre, madre, tres sirvientes, la cocinera, las hijas menores, niñas aún, una prima de la madre. Celebraron la entrega vestidos de calle, y Margarita no pudo ocultar su vergüenza, a sus cincuenta y cuatro años.

Fue la madre quien le clavó el broche en la pechera, en la solapa del abrigo quizá. El honor correspondía al padre, pero se echó atrás en el último momento, no fuera a considerarse indecoroso. Margarita pasó toda la ceremonia sudando, el calor en la casa siempre excesivo, mucho mayor del necesario, ventanas siempre cerradas.

La señora necesitó tres intentos para colocar debidamente el broche en la solapa

de Margarita, algo se lo entorpecía, el alfiler no avanzaba. Le sudaban las manos, un pequeño temblor. Solo al tercer intento apareció el alfiler por el otro lado de la tela. La señora sonrió, también Margarita, una lágrima, el padre lanzó una bocanada de humo. Margarita Maguregi llegó a casa antes que nunca.

Se quitó la blusa nada más llegar a la cocina, necesitaba lavarla cuanto antes. Había cuatro líneas de sangre en ella, desde el pecho hasta la cintura: dos paralelas y otras dos formando una especie de triángulo. También vio cuatro puntos de sangre en la parte superior de la falda, incluso la ropa interior estaba manchada. La herida encima del pecho izquierdo le duró varias semanas y la cicatriz no desapareció nunca. Su hija fue la única que pudo ver la marca muchos años después, cuando preparó el cuerpo para el entierro. Dijo que le pareció que tenía forma de V invertida. El broche lo quiso vender su hijo Gregorio, pero Margarita no le dejó mientras vivió; decía que ella no había traído monstruos al mundo.

Gregorio, el hijo mayor de Margarita Maguregi, seguía fumando en pipa treinta años después de que muriera su madre, todavía jugaba en el frontón y había hecho mucho dinero. Había sido dueño de una empresa de 123 empleados, tenía tres hijos y algún negocio en Guinea Ecuatorial. Gregorio nunca habría pensado que su segundo hijo fuese capaz de ganar más dinero que él. Quién iba a imaginar que la fortuna del hijo llegase a multiplicar por veinte la del padre. Lo habían calculado alguna vez, con aquellas cifras tan difíciles de controlar, el mundo de la informática y Estados Unidos. Ganaba cantidades vergonzosas al día, todos los días.

El segundo hijo de Gregorio ganó todo ese dinero antes de casarse, pero mientras lo hacía, viajando de un lado a otro, manejaba una idea que le resultaba imposible evitar: una vez casado, volvería aquí, no quería vivir en Estados Unidos, en Zúrich o en Londres... Era lo habitual en su profesión: se casaban lejos y compraban casas más lejos aún. Exactamente lo contrario de lo que imaginaba para él el hijo de Gregorio.

Recién casado, visitó con su mujer diecisiete casas, grandes, enormes, demasiado alejadas del centro quizá, y es que en el mismo pueblo no encontraban casas del tamaño que necesitaba. Quería una casa incontrolable, que en ningún momento supiera de cuántas habitaciones disponía, cuántos baños, cuántas cocinas.

El segundo hijo de Gregorio era pequeño, imagen de su abuela, Margarita Maguregi, pero no había llegado a conocerla demasiado, había muerto antes de que cumpliera los cuatro años. No sabía dónde había trabajado, por ejemplo. Su padre se lo explicó en una sobremesa: la casa que vais a ver mañana (...) al final de la avenida (...) hizo muchos trabajos para ellos, vestidos, de boda, de comunión (...) un broche le regalaron (...) cuántas veces le dije que lo vendiera; no quiso.

Así supo el hijo de Gregorio del broche, la casa, los trabajos de entonces. Padre e hijo imaginaron juntos entonces la cicatriz de Margarita Maguregi, una V invertida.

Vio la casa con su mujer al día siguiente: los jardines, los frutales, el mármol del

exterior. El interior era aún más serio: visitaron tres salones –les dijeron que había dos más en el otro ala–, las habitaciones –les enseñaron siete, eran veintidós en total–, dos cocinas, balcones, escaleras interiores, exteriores...

El hijo de Gregorio llevó dos ayudantes para examinar la casa, trabajadores de sus empresas. Hablaron con su mujer principalmente, de espacios, dinero y grietas. La segunda cocina necesitaba varias reparaciones, pero les daba igual, estaba decidido.

El cuarto nieto de Margarita Maguregi imaginó allí a su abuela entonces, sangrando del pecho, sangre mezclada con sudor, con una cicatriz en forma de V invertida. No quiso seguir viendo la casa, las habitaciones del tercer piso, las buhardillas, todos los baños; visto uno, vistos todos. Estaba decidido, se lo dijeron a un ayudante, al otro, hicieron llamadas de teléfono, no parecía haber ningún problema.

Los papeles tardaron más de lo esperado, resquicios legales; pertenecía, al parecer, a varios dueños, diferentes ramas familiares. Tardaron en mudarse allí, incluso les dio tiempo a viajar por Europa, dos viajes a Estados Unidos. Pasaron cinco meses y medio desde que decidieron comprar la casa hasta que entraron a vivir. Se mudaron el 27 de octubre a la casa donde Margarita Maguregi trabajó, sangró y acabó con una V invertida encima del pecho izquierdo.

Revisaron la casa poco a poco durante los primeros días: un balcón al socaire que reservaron para desayunar; un baño de baldosas naranjas, que decidieron no utilizar. Descubrieron incluso un huerto interior al lado de una de las cocinas. Se mantenía gracias a unas lámparas programadas, a un sistema de irrigación: crecían allí lechugas, perejil, algún tomate, todo ello dentro de la casa, todo excesivamente húmedo y cálido.

Necesitaron días para ver toda la vivienda, para descubrir hasta la última baldosa. Lo hicieron despacio, recreándose, el hijo de Gregorio sobre todo, quería adivinar el salón en el que habían impuesto el broche a su abuela. Sospechaba que iba a percibirlo nada más poner el pie allí, sin que nadie se lo dijese, intuiría la sangre, el sudor.

Al tercer día entraron en una de las habitaciones que no habían visto aún. Era amplia, exageradamente amplia, más incluso que alguno de los salones, techos altos y pocas ventanas. Las camas se encontraban muy lejos de la puerta, parecían dos, oscuras, grisáceas. La mujer del hijo de Gregorio sintió que había algo encima de ellas, algo que no discernía bien desde la entrada.

Comenzaron a acercarse, apenas quedaban muebles, se habían llevado la mayoría, se intuía que en otro tiempo había estado repleta. Veían una única silla ahora, al lado de una de las camas, un espejo y dos alfombras. Cuando llegaron a unos tres pasos de las camas, la mujer dio un pequeño salto hacia la izquierda, agarró la chaqueta de su marido y le hincó ligeramente las uñas en las lumbares.

Había dos cuerpos encima de las camas, uno más largo que el otro. Eran dos mujeres y parecían tranquilas. Una de ellas mostraba un gesto similar a una sonrisa,

pero ambas apoyaban las manos en la misma posición, cruzadas en el regazo. Tenían la piel prácticamente hundida en las mejillas, seca, limpia.

–Estos muertos no son nuestros.

Dijo el cuarto nieto de Margarita Maguregi, segundo hijo de Gregorio Barturen.

Soro Barturen lleva tiempo muriéndose, por eso compramos a las personas. Compramos jóvenes sobre todo, pero incluso los viejos son fáciles de adquirir; cierta vez llegamos incluso a hacernos con un catedrático. Comprar, usar y tirar. Cabe la posibilidad de no tirarlos, de reutilizarlos, y es que somos conscientes de que les puede la avaricia. Es la razón por la que hemos venido a Praga.

No hemos visitado nada en la ciudad. Soro Barturen no visita iglesias ni catedrales, no le interesan; escupe al suelo, a los pies de las papeleras, y dice «hostia». No ha salido de este hotel, que yo sepa. También en Praga hemos comprado un joven y le hemos pedido que venga a nuestra habitación de hotel.

Pero, ¿para qué compra personas Soro? Es sencillo: para que traduzcan los relatos de Pedro Iturria y poder comentarlos después. Soro pasa varias horas comentando los textos de Pedro Iturria con su traductor, y suele mostrarse generoso, las cantidades abonadas resultan incluso exageradas. Este relato por ejemplo, este «No son nuestros», este que nos dibuja a Margarita Maguregi, puede llevarle horas de comentarios con el traductor.

Antes de nada, las personas compradas traducen el texto, del francés, del danés o del alemán. Los relatos de Pedro Iturria han aparecido en esas lenguas y en varias más. Después se reúnen con nosotros a comentar los textos. Normalmente acuden felices, porque hablamos de mucho dinero, casi por nada. Generalmente parecen encantados de regalarle unas horas a Soro.

Pedimos al último traductor que compramos que venga hoy a las siete de la tarde. Si llega puntual, Soro intuye que acabarán bastante antes de las diez. Se trata de un universitario, a pesar de que Soro abandonó hace tiempo la fe en la universidad. Cree que será como muchos de los anteriores: un asno. Sabrá algo sobre algo, pero no tendrá ni idea de comentar un texto, se quedará en la superficie, fingirá, guardará las apariencias, ni más ni menos que delante de alguien como Soro, alguien a quien le queda tan poco tiempo de vida.

En ocasiones somos nosotros quienes venimos a buscar a las personas compradas, como ahora por ejemplo, a Praga. Otras veces, sin embargo, los convocamos en la casa de Soro, cómodamente. El dinero los ciega, son capaces de viajar desde cualquier lugar. Me llega a dar vergüenza ajena incluso: los sacamos de sus trabajos, de sus familias, de sus estudios y se presentan como ratas. Traducen el cuento con la mayor exactitud de la que son capaces, nos lo envían y viajan hasta nosotros para comentarlo, estén donde estén, dejando todo medio abandonado.

El universitario que hemos comprado en Praga es sociólogo, aunque quizá esté

estudiando aún, o cursando un máster. Ni siquiera sabemos si es su segunda carrera o si se trata del doctorado, pero nos da un poco igual. Es posible que se presente con cierta superioridad, con el pecho dos metros por delante, porque seguramente llevará cientos de lecturas a cuestas –basura la mayoría– y pensará, convencido, que es alguien. A nosotros solamente nos interesa una cosa de él: conoce el checo y es capaz de traducir el cuento de Iturria directamente al euskera.

Fue la hija de Soro Barturen quien encontró a Joseba Azurza, sociólogo o estudiante de Sociología. No vive exactamente en Praga, sino en Brno, pero se reunirá con nosotros hoy a las siete, a hablar con quien le ha pagado. Nos envió la traducción del relato «No son nuestros» hace unos cuantos días a casa, antes de que viajásemos a Praga. No me ha parecido una traducción brillante, se trata más bien de una escritura un poco confusa, pero aceptable. Es posible que también el texto fuera así, confuso –en checo, se entiende–. De hecho, es incluso normal que lo sea, ya que la versión checa tampoco es la original, lo sabemos desde un principio. No estamos seguros, sin embargo, de si la primera redacción de Iturria fue en inglés, en castellano o en euskera. Pedro Iturria escribe los relatos en una de esas lenguas, inglés seguramente, y pide que alguien los traduzca después a la lengua que necesita.

Está por ver aún si Joseba Azurza es un hombre altivo, desmañado, vergonzoso, insignificante, peludo, valioso... Le hemos esperado con un vino en la mano. No bebemos frecuentemente, solo en las ocasiones que lo merecen. *Está cojonudo este vino*, ha dicho Soro, *No sé si al final me matará la tensión o el hígado. ¿Qué es esto, Erroman, Chequia o Eslovaquia? Cada día tengo los corchos más grandes, ¿también tú? ¿Cuánto falta para las siete?*[1]

–Bien, bien, Joseba, encantado de conocerte. En la universidad entonces... Bien, Joseba. ¿Empezamos? Claro, a eso has venido. La primera pregunta, Joseba: ¿te parece bueno? Dime la verdad, este cuento de Iturria, ¿te parece bueno?

–Diría que sí. Sí. Es bueno, sí. Yo diría que sí.

–¿Pero está bien escrito? ¿Dirías que está bien escrito?

–Según a qué se le...

–Espera. Leo. Iturria escribe a tirones, lo he subrayado. Aquí lo tengo. Aquí: «Margarita, eso es, la costurera, eso es, Margarita Maguregi. La madre de Gregorio, esa misma: Gregorio, Fernando, los hijos, Begoña y Joseba también, el más joven Joseba, cuatro tuvo». ¿Esto es escribir bien, Joseba? ¿A estrincones? ¿No lo podía hacer más natural? ¿Qué opinas? No podía hacerlo así, por ejemplo: «Tuvo cuatro hijos, dos puntos, Gregorio, coma, Fernando, coma, Begoña y, el último, coma, el más pequeño, Joseba». No es tan complicado... No es complicado, Joseba.

–Esa es la cosa, que no es complicado. Lo podía haber ordenado, pero no lo ha hecho.

–¿Quieres decir que no lo ha hecho porque no le ha salido de los corchos? ¿Quieres decir que Iturria va diez vueltas por delante de nosotros? ¿Quieres decir

que nosotros estamos en el baño de casa y él en Cuba? ¿Es eso lo que quieres decir, Joseba?

–...

–Has llegado siete minutos tarde, Joseba, no te lo he dicho antes.

–Vengo desde Brno. El tren...

–¿Desde dónde?

–Brno.

–¿Cómo lo has pronunciado?

–Bernó.

–La última acentuada... Tienes la chaqueta sucia, Joseba, empieza a descoserse, me parece, ajada diría yo. ¿Se dice así? ¿«Ajada»? ¿Utilizáis esa palabra vosotros, en Gipuzkoa? Nosotros no, nadie lo dice en nuestra zona, tampoco en casa, ¿no es algo antigua ya, la palabra? ¿Por qué has dejado que la chaqueta se pierda así, Joseba? ¿No te he pagado suficiente? Tienes poco pelo para tu edad. ¿Necesitas más dinero? ¿Debo llamarte doctor, Joseba? ¿Doctor en Sociología?

–No, todavía no.

–Es igual. ¿Por qué aparecen tantos fantasmas en ese cuento, Joseba? Quiero decir: ¿por qué aparece tanto la palabra «fantasma»? ¿Cómo debo llamarlo? ¿Cuento? ¿Narración? ¿Historia? ¿Relato? ¿Qué escribe Pedro Iturria, Joseba? ¿Cuentos? ¿Narraciones?

–No lo puedo decir, yo no soy...

–Es igual, Joseba. ¿Por qué fantasmas? El texto empieza con fantasmas y acaba con dos de ellos, de otro tipo. Fantasmas, fantasmas, fantasmas, se repiten, igual que los monstruos, los broches o la sangre. ¿Por qué, Joseba? Tú eres el traductor, deberías saberlo. ¿Es el fantasma símbolo de algo, Joseba?

–...

–¿Todavía se utilizan símbolos? ¿Todavía existen escritores simbolistas? ¿No están un poco pasados ya, Joseba? ¿No son de otra época? ¿No están roñosos, como tu chaqueta? Ya me puedes perdonar, pero también tienes un roto en el bajo del pantalón. ¿Necesitas más dinero? Pero hablo en serio, Joseba, los símbolos: ¿no son de otra época, no están un poco podridos ya? Habla un profano, Joseba, lo sé, tenlo claro: soy ingeniero, siempre lo he sido, en la universidad, en el trabajo, he leído poco, recuerdo algo de la escuela, algún concepto: simbolismo, romanticismo, neoclásico... Roñosos todos. ¿También Pedro Iturria escribe con roña, Joseba? Nosotros le decimos «roña» a la suciedad: al óxido y a la porquería. ¿Definirías así a Pedro Iturria, Joseba? ¿Tiene roña este cuento? Yo no puedo decirlo, no me he dedicado a ello, a las letras, a la Sociología, a la Historia; he sido ingeniero, repito, he hecho mucho dinero, como Gregorio, el hijo de Margarita Maguregi. He leído poco, no habría hecho tanto dinero si no; habría hecho otras cosas, pero no dinero. Pero ahora no soy capaz de decir si Pedro Iturria tiene roña o no. ¿Me lo puedes decir tú, Joseba?

–No lo sé, tampoco yo...

–Tú eres el traductor, Joseba. ¿No te has informado? ¿Un traductor no debe informarse? ¿No te he pagado suficiente? 7.000 euros por dos cuentos. ¿Y no puedes decirme si Iturria está roñoso?

–Lo único que puedo decir es que le publicaron los cuentos, los dos. Es una revista prestigiosa en Chequia. Habría un editor, expertos... Algo verían.

–¿Eres homosexual, Joseba?

–No.

–¿Católico?

–No.

–¿Carlista?

–...

–¿Por qué se ensucia la ropa interior de Margarita Maguregi? De sangre además. ¿Crees que una mujer de 54 años tiene la necesidad de ensuciar su ropa interior, con cuatro puntos de sangre? ¿Qué ves ahí, Joseba? ¿Qué quiere decir? Yo veo muchas cosas que parecen querer decir algo en este texto, Joseba. ¿Tú?

–Sí, claro, eso es... También yo.

–¿Y qué son? ¿Símbolos? ¿Metáforas? También la palabra «metáfora» tiene toda la pinta de estar podrida hoy en día. ¿Cómo se les llama hoy a las metáforas, a los símbolos, en Literatura, en Crítica Literaria, en la universidad? ¿«Elementos referenciales»? ¿«Vestigios significantes»? Estoy inventando, claro, pero algún nombre les darán, algo se les habrá ocurrido, algo que solo ellos entiendan. En Ingeniería manejamos mucha terminología de ese tipo, también en Aeronáutica. ¿En Sociología, Joseba? Da igual: ¿qué significa la sangre en la ropa interior de Margarita Maguregi, la sangre que resbala por su pecho? ¿De qué estamos hablando, Joseba?

–No lo sé, yo no soy... Alguna connotación sexual quizá.

–Connotación, connotación... Hermosa palabra. ¿Te has dado cuenta de que no hay fantasmas en la familia de Margarita Maguregi? En las casas sí, fantasmas, fantasmas, se repite una y otra vez, parece que están totalmente desfasados en las casas, dan la sensación de momias. ¿«Momias sucias» podríamos decir, Joseba, «momias inmundas»? Pero en casa de Margarita Maguregi no, no aparecen momias, son más limpios, sin duda. ¿Se podría hacer semejante afirmación, Joseba? ¿Son, realmente, más limpios?

–Eso parece.

–Pero Gregorio maneja negocios en Guinea. ¿Es eso limpio, Joseba? ¿Puede ser limpio un negocio en Guinea? ¿O es un símbolo, Guinea? ¿Un elemento referencial? ¿Puede todo un país ser un símbolo? ¿Por qué se mueve el dinero de una familia a otra? ¿Qué es el dinero, Joseba?

–...

–¿Y por qué hay un huerto dentro de la casa? ¿Es importante en la narración? Naturaleza, cultura. Lo crudo y lo cocido. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad, Joseba? ¿Quién representa a la cultura en este cuento? Pero, ¿está presente la cultura? Yo

diría que no.

–No sabría decirlo.

–Da lo mismo. Otra cosa, Joseba: ¿Para quién ha comprado el padre el broche? Para una de sus hijas, así es... Y la hija se lo ha devuelto, se lo ha lanzado, de malas maneras. Contra su chaqueta, así nos dice Iturria. ¿Y la chaqueta del padre? ¿Tiene algún significado? ¿Qué es esa rabia, Joseba? ¿Por qué tanta rabia esa hija?

–Está enferma. Eso parece.

–Enferma, eso es. Pierde pelo. ¿Cáncer? ¿Tan simple? ¿En este relato en el que nada es simple? Parece, además, que se trata del hígado, la razón de la muerte quiero decir, años después, es lo que nos dice Iturria. No es tan simple entonces. ¿Existe alguna relación entre el hígado y la caída de pelo? No lo creo. ¿Pierden pelo los enfermos de cirrosis? No lo he oído nunca. ¿Cuándo empezó la quimioterapia? ¿Padeces del hígado, Joseba? Tienes poco pelo para tu edad. ¿Cirrosis, Joseba, hepatitis? ¿Bebes mucho? Tampoco yo. Un poco de vino muy de vez en cuando. Me estoy muriendo, Joseba. ¿Has estado muriéndote alguna vez, Joseba?

–...

–...

–...

–La cosa es que la hija lanza el broche contra su padre, no lo quiere, está renegada. ¿Utilizáis esa expresión, Joseba, «estar renegado»? La hija está renegada contra el padre. Quizá no contra el padre: contra el propio broche. ¿Qué significa el broche, Joseba? ¿Qué significa esa hija? ¿Son monstruos la hija, el padre, todos? ¿Qué es un monstruo, Joseba? ¿Cuántos tipos de monstruos diferencia Iturria?

–Varios seguro: la tía y la sobrina. Esos claramente.

–Eso es, la tía y la sobrina. Monstruos. De primera categoría, sin cocer. ¿Pero por qué los vestidos de oro? ¿Otra vez los monstruos y el dinero? Sentadas en tronos además. Ahí, Joseba, ¿ves algo? En resumen: oro en los vestidos, animales del extranjero, palomas de Bélgica y Luxemburgo... ¿Sabías que hace cuarenta años hacían traer medicamentos de Bélgica en algún caso de cáncer? ¿Sabías eso? De Luxemburgo no sé qué traían; es posible que nunca hayan traído nada de Luxemburgo.

–No sabría decirlo.

–Me da la impresión de que se necesita saber demasiado para leer una porquería de cuento. Palomas, de Bélgica, ni más ni menos, el cabrón de Iturria. Y a mí que siempre me pareció un asno; ingeniero pero asno. Hablaba inglés, francés, un poco de alemán, pero un asno así y todo. Y mira... Nos sale con estas ahora. Seguramente fuera yo quien estaba equivocado. *No quiero más vino, Erroman; no puedo.* ¿Qué tal el hígado, Joseba? ¿Bien? *Vamos a reventar al pobre.* ¿Bien, Joseba?

–Sí.

–Los monstruos comen tartas Saint Honoré, ¿te has dado cuenta? En casa siempre les hemos llamado «Santo Noré». Nosotros sí que somos asnos. ¿Te gustan ese tipo de tartas, Joseba? A mí tampoco. ¿Has tenido piojos alguna vez, Joseba,

garrapatas, parásitos en los intestinos? Bienaventurado tú, Joseba.

Soro Barturen lee mucho más de lo que reconoce. En torno a los veinte años era extraño verlo sin un libro en las manos, aunque durante los años en los que levantó la empresa, como es lógico, disminuyó algo esa fiebre, que ha vuelto ahora. En estos momentos acaba cuatro o cinco libros a la semana. Es capaz de atreverse con todo: ficción, ensayo, filosofía, inglés, euskera, castellano, alguno que otro en portugués, novela, teatro... Sin embargo, siempre piensa que no lee lo suficiente, quizá porque es de lectura lenta. Tiene buen ojo así y todo, y de vez en cuando levanta la vista del libro y suelta un «Hostia», dibujando un movimiento de cabeza. En esas ocasiones intuyo que recuerda que está muriéndose.

Ahora, de viejo, se mueve entre varias obsesiones: vive absorbido por Pedro Iturria, por ejemplo, por sus relatos, pero también por Espartero, Maroto, Muñagorri, Carlos Séptimo, Nicasio Landa, Zumalakarregi, la batalla de Lutxana, el sitio de Bilbao... Las guerras carlistas en general; resulta imposible que deje de hablar de ellas.

Llevamos ya tiempo en Praga y no le interesa salir del hotel, pero mañana debemos ir a Rudná y pasado a Písek. *¿Tienes diarrea, Erroman?,* me ha dicho, *Yo sí, intermitente. ¿Soy un despojo, Erroman? ¿Qué hostias nos dan de comer aquí? ¿Estoy enfermo dos veces?*

Pedro Iturria ha publicado realmente poco. Rara vez repite, además: parece negarse a editar sus textos en la misma revista o el mismo periódico. Salta de un lado a otro y ha invadido ya varios países: Austria, Suiza, Dinamarca y Chequia hasta ahora. Siempre lo hace en lengua vernácula, en revistas literarias locales. Nos vuelve locos, y es que reunir todos sus textos se convierte en una verdadera odisea. Parece que él mismo viaja a esos países, encarga la traducción y publica allí.

Nuestro primer paso se centra en encontrar las revistas. Una vez localizado el paradero de Iturria, revisamos todas las revistas literarias de la zona. Es la hija de Soro quien se encarga, Leire Barturen. Nos envía después el texto a casa y habitualmente anexa una ficha: lugar de publicación, nombre de la revista, tendencias, tirada...

No recuerdo bien el nombre de la revista checa: *Květy no sé qué*... Nos han informado de que el nombre puede traducirse algo así como 'Flores de Chequia' o 'Flores de la literatura checa' o algo por el estilo, de publicación mensual. Hemos comprobado que editan allí todo tipo de creación literaria: aforismos, poemas y relatos principalmente; humo al fin y al cabo. Y ahí es donde ha publicado Pedro Iturria sus dos cuentos checos. Hemos podido leer hasta ahora uno de ellos, «No son nuestros»; el otro está traduciéndolo aún Joseba Azurza y promete que nos lo hará llegar en pocos días.

Pedro Iturria no habla checo, que nosotros sepamos, no puede conocer todas las lenguas de Europa. Escribe versiones de los textos, por tanto, en castellano, en inglés

quizá, se los entrega a alguien para que los traduzca y los envía a las revistas después. Leire cree que el sistema se concreta del siguiente modo: escribe en euskera (hipótesis), los traduce él mismo a una lengua más extendida –inglés, supone ella–, pide una traducción a la lengua de turno y los envía para que sean publicados.

En las revistas piensan que se trata de un escritor checo, austriaco, o incluso de la remota región de Silesia. Es posible que les parezca un loco, pero les da lo mismo: los relatos les parecen publicables, los editan, y Pedro Iturria jamás pide dinero. El nombre se les debe de hacer un poco extraño, eso sí, no acertarán a imaginar su origen, checo no, por supuesto, tampoco polaco, puede que sospechen que sea alemán o suizo. Aun así le publican los fantasmas y los monstruos.

Buscamos al editor de *Květy*, pero está muerto. Miloš Čapek murió hace algunos meses, joven aún; según la información de la que disponemos, le reventó la cabeza, una de las venas. Lo encontraron en un pequeño monte de rodillas contra un árbol.

Hemos insistido, sin embargo, y dimos con uno de los redactores, un tal Josef. Es un hombre joven todavía hoy, con lo que suponemos que debía de ser prácticamente un niño cuando Pedro Iturria les envió los cuentos. Por las fechas que manejamos, estamos seguros de que leyó y evaluó los textos junto con su editor, Miloš Čapek. Según hemos sabido, no había demasiados trabajadores en la redacción.

El hecho es que también hemos comprado al redactor Josef y que mañana nos reuniremos con él en su residencia, en Rudná, lugar absurdo a todas luces. Él se desplaza a Praga todas las mañanas, a su nuevo puesto de trabajo, pero Soro ha decidido que esta vez seamos nosotros quienes nos acerquemos a Rudná, aunque no tengamos ninguna necesidad de ir, simplemente por el placer de cambiar de ambiente, de salir de este hotel. Se trata, cómo no, de otra de sus ventoleras.

No conocemos el apellido de Josef, *¿No tiene apellido ese hombrecillo o qué?* Tampoco sabemos si tendrá algo que contarnos. Joseba Azurza traducirá la conversación.

Sabemos con seguridad, sin embargo, que Pedro Iturria envió por correo los textos de Písek a Praga, a la revista *Květy,* que no los entregó en mano, que ni siquiera viajó a la capital. Miloš Čapek no lo conoció, tampoco el redactor Josef. Sabemos incluso desde dónde los envió, porque encontraron los sellos, dicen que todo está registrado en la oficina de correos. La conclusión es que hemos conseguido la dirección de Pedro Iturria en Písek y que pensamos ir pasado mañana, después de hablar con Josef. Es una de las razones por las que hemos viajado a Chequia.

Soro Barturen quiere reunirse con Pedro Iturria. La verdad es que no entiendo para qué, nadie lo entiende, quizá ni él mismo lo sepa. Pero Soro no es un loco, aunque lo parezca, algo le rondará por la cabeza. Hace tiempo que andamos tras la pista de Iturria, hemos encontrado y leído varios cuentos ya: dos suizos, dos daneses, un austriaco... Estamos seguros de que vamos a alcanzarlo en algún momento, si no en Chequia, donde vuelva a publicar.

Hasta ahora no hemos podido encontrar a Pedro Iturria en los domicilios en los que ha vivido. Pueden ser unos pocos meses desde que se mudara, pero siempre llegamos a casas vacías. En algún lugar tendrá que vivir, pensamos, si no ha muerto.

Pedro Iturria tiene nuestra misma edad, 79 años. Yo no lo conozco, nunca lo he visto (aparte de alguna fotografía). Soro estudió con él, pero son ya más de cincuenta años desde que lo vio por última vez. Soro dice que era buen deportista *el cabrón* y suspira. *Hostia, hostia*, dice después dos veces seguidas, la segunda más despacio que la primera.

En resumen: pasado mañana nos acercaremos a Písek, a la casa de Iturria, pero antes, mañana, debemos viajar a Rudná, para que Soro hable con el redactor Josef. Es probable, con todo, que las dos salidas resulten inútiles. Aparentemente, el famoso Josef es un cero. Trabaja en una radio ahora, escribe las noticias y corrige textos. Diría que es un cero con los ojos llenos de pistas, con la nariz sudorosa; si nos atenemos a la fotografía que nos ha enviado Leire Barturen, un mono.

–Apellido también ya tendrás, Josef.

–Šrámek, Josef.

–Excelente. ¿Lo puedes repetir? Pídele que lo repita, Joseba.

–Šrámek.

–Magnífico. Eras editor en *Květy* entonces. Ayudante del editor quizá. ¿Cuál era tu trabajo en la revista?

–Adjunto. Ayudante. Ayudante de Čapek. Confiaba mucho conmigo.

–¿«Confiaba mucho *conmigo*»? ¿Se dice así, Joseba? ¿O «en mí»? ¿Estás traduciendo bien, Joseba? ¿Qué clase de euskera utilizáis en Gipuzkoa? Es igual, Joseba, continúa; ha dicho más que eso...

–Confiaba mucho en mí, me tenía muy en cuenta. Lo encontraron muerto en el monte. A veces íbamos juntos.

–Ahora trabajas en la radio, ¿verdad, Josef?

–En Praga. Noticias, política. Ahí también confían en mí, llevo mucho peso.

–¿«Llevo mucho peso»? ¿Qué es eso, Joseba? ¿Un refrán checo? Es igual. ¿Por qué dejaste la revista?

–No dejé la revista. Y nunca me han echado de ningún trabajo. Quiero decir que la revista no existe ya. No supieron resistir, cuando murió Čapek, no tuvieron cintura, dejaron morir la revista. Si me lo hubieran ofrecido a mí, si me hubieran nombrado editor, algo podría haber hecho. Pero no quisieron.

–¿Has estado en México, Josef?

–¿En México? No.

–En México conocí a una persona parecida a ti: cabeza pequeña, ideas enormes. También a Trotsky lo mataron en México. Mientras te escuchaba, me han venido esas dos imágenes a la mente. Es igual, no importa. ¿Durante cuánto tiempo trabajaste en la revista, Josef?

–Cinco años y unos meses.

–Y fue entonces cuando llegaron a la redacción los cuentos de Pedro Iturria. Cuentos, relatos, narraciones, ¿Cómo los llamáis vosotros? Es igual, no lo traduzcas, Joseba. Llegaron dos relatos a vuestra redacción entonces. Dos locuras, podríamos decir, dos fantasmagorías, firmadas por un desconocido, es posible que ni siquiera supierais de dónde era, suizo quizá o irlandés. Se llamaba Iturria, pero los textos estaban en checo. ¿Qué comentarios hicisteis? Me interesan las primeras palabras. ¿Recuerdas las palabras de Miloš Čapek? Las palabras de un muerto acerca de Iturria. ¿Crees que el día en que habló de Pedro Iturria, estaba ya muerto? ¿Que estaba muriéndose?

–No lo creo, murió mucho después. Aun así, debo corregir: primero llegó uno de los cuentos y meses después el segundo.

–Lo sé, lo sabemos. Pero, ¿qué dijo Čapek del primer cuento? ¿Dijo que era bueno? ¿Que era pasable? ¿Suficiente como para ser publicado? ¿Qué dijiste tú? ¿Te parece bueno el cuento?

–A mí sí. A Čapek también. Pero no recuerdo las palabras exactas.

–¿No recuerdas las palabras exactas? Me sorprende, Josef. Me has parecido un joven sobresaliente. No, no me lo ha parecido: tú mismo lo has dicho. ¿Eres un joven sobresaliente, Josef?

–No tan joven ya.

–Y el cuento de Iturria, ¿te parece bueno?

–Muy bueno.

–¿No dirías que Pedro Iturria está un poco podrido? ¿Un poco caduco? No sé cómo decirlo... Tradúcelo correctamente, por favor, Joseba; Josef debe entenderlo bien. ¿Te parece Iturria decrépito, Josef? Como escritor quiero decir, en esos textos. ¿Qué te parece, Josef? Te lo pregunto como joven sobresaliente que eres: ¿está Iturria podrido?

–No lo creo. Yo diría que no. Nadie en la revista lo pensó, tampoco Čapek. Incluso diría lo contrario, me parecen relatos avanzados, relatos vigorosos...

–¿«Relatos vigorosos»? ¿Eso ha dicho, Joseba? ¿Con ese mismo adjetivo, «vigoroso»? Qué cabrón Josef. Sigue traduciendo, Joseba, perdona, sigue.

–Čapek dijo que los relatos eran «muy checos», ambos. Yo no. Él veía rastros de literatura checa en todo lo que leía. Yo no. A veces era el único comentario de Čapek.

–Muy checos los cuentos de Iturria, sí señor, buen ojo el editor. Artista el señor Čapek. ¿O es que todos en la revista teníais el ojo como para hacer sopas?

–...

–¿Se vendía mucho la revista? Da lo mismo, tú eres un joven sobresaliente, Josef; si te hubieran nombrado editor, eh, Josef, ahora se vendería hasta en Inglaterra, ¿verdad? Eso es, Josef, eres un joven sobresaliente y bien peinado. ¿Te peinan en casa? ¿Qué son para ti los fantasmas del cuento de Iturria?

–¿Los fantasmas? Habría que tener en cuenta el salto cultural, debería conocer

mejor a Iturria. Se puede interpretar, claro, pero cuántas interpretaciones posibles... Los griegos, por ejemplo...

–¿Los griegos? ¿De verdad que está hablando de los griegos? ¿Adónde vuelas, Josef? ¿Los griegos? ¿Esparta o Atenas? ¿Te interesan sus guerras, Josef, atenienses, espartanos? A mí no. Las carlistas sí. Mi abuelo tenía 21 años en la última guerra carlista, si es que han acabado. ¿Y qué hizo? ¿Se alistó? ¿Se escondió en una sima? ¿En el monte? No tengo ni idea. Siempre me han atraído las guerras carlistas; yo habría desertado. ¿Has desertado alguna vez, Josef? No, claro, tú eres más un hombre de vanguardia. Perdona, me estoy perdiendo... Hablábamos de fantasmas. Resumiendo: ¿qué son los fantasmas de Iturria?

–Siempre me ha parecido que cada lector enfila una dirección y, según por dónde avance, lee los fantasmas de manera diferente, e interpreta de manera única. Y esas diferencias van posándose unas encima de otras, se estratifican, se estructuran con sus propios enlaces, hasta que acaban sin relación alguna con las demás interpretaciones.

–¡Admirable, Josef, excelente! Curso de Teoría Literaria, primer semestre. Joven sobresaliente y aplicado, siempre lo he dicho. Y cómodo, ¿verdad, Josef? No existe una interpretación canónica, todo *ad libitum*, barra libre: ¡Viva Zapata y su catarro!

–Pero...

–Josef, enséñame, por favor, tus calcetines. Muy bien, calcetines sobresalientes, antiestéticos y grises. Entonces, si he entendido bien, los fantasmas de Iturria encierran múltiples interpretaciones, «estratificadas» y airosas. Mira por dónde. ¿Y tu interpretación, Josef? ¿Serías tan amable?

–Tendría que pensarlo. No lo sé... Es posible que hable de asuntos turbios, en esas familias. No en la familia de la modista: en las demás. Viven en mansiones, más espacio para fantasmas. El dinero enturbia.

–Hostia, Josef. No es tan inútil como pensábamos. No traduzcas eso, Joseba. Traduce esto: bien, Josef, bien. *Te has ganado el membrillo de hoy. ¿Has oído, Erroman? Nuestro niño ha crecido, ya empieza a decir cositas.*

–También sexo quizá. Un sexo extraño, dentro de la familia.

–Mira por dónde, Josef... *Mira por dónde nos ha salido nuestro Josef, Erroman: cochinadas...* ¡Viva tú, Josef! ¿Sabes mucho sobre sexo entonces? Te habrás dado cuenta de que Iturria incluye sacerdotes: familias, sexo en las familias, familias sexuadas, todo en la misma taza. ¿Me sigues, Joseba? ¿Estás traduciendo bien? Cochinadas y curas. ¿Seguro que estás traduciendo bien? Curas desinhibidos, burros, conejos, viciosos... ¡Qué sería aquello! ¿Has pensado alguna vez qué serían aquellas casas? Alcohol, droga, sexo, sacerdotes, monstruos... El dinero no es tonto, Josef. *Más sexo que nosotros cualquiera, Erroman, ¿te das cuenta? Hasta los curas.* Así que tú también has visto el vicio de los sacerdotes en ese cuento, ¿verdad, Josef?

–Diría que sí. No es nuevo, no es la primera vez que lo leo. Claramente no, nunca. Pero los sacerdotes muchas veces...

–Eso es, Josef, eso mismo. *¿Qué decíamos, Erroman? ¿Que Josef era un cero? ¿Un*

mono? No eres tan mono, Josef, te estamos empezando a considerar: ahora eres nuestro mono. No, Joseba, ¿cómo vas a traducir eso? Debes aprender a distinguir, tampoco es tan difícil, las burradas no se traducen, pobre Josef. ¿No ves lo triste que es como persona? No voy a hacer yo leña del... No soy tan monstruo. ¿Te has fijado en que tiene una oreja más morada que la otra? *¿Te has fijado tú, Erroman?* ¿Desde cuándo no has limpiado las cortinas, Josef?

–No sé, yo...

–Una última pregunta, Josef: ¿por qué compra la casa el nieto de Margarita Maguregi? ¿Qué hay detrás? ¿Qué ves tú?

–No sé, muchas cosas. ¿Se burla del dinero quizá? ¿Intenta salvar a su abuela? ¿Del broche, de la herida, de la vergüenza? ¿Esnobismo? ¿Venganza? ¿Casualidad?

–¿Casualidad? ¡Casualidad! ¿Hablas en serio, Josef? ¿Acaso no has entendido absolutamente nada? *¿No ha entendido nada este cabrón, Erroman?*

–...

–¿Has visto dinero ahí, Josef? Es lo que has dicho antes, ¿verdad? Parece importante el dinero en este cuento.

–Sí, claro, el dinero...

–Eso es, Josef, Pedro Iturria se burla del dinero, vas por buen camino. Pero, ¿solamente del dinero viejo? Imagino que también del nuevo, pero sobre todo del viejo, del que ve en esas casas. Algo tiene Iturria contra el dinero, contra esas enormes casas. ¿De acuerdo, Josef?

–Por supuesto.

–Ahora voy a confesarte algo, Josef: también mi casa es enorme. Comprada, sobre todo, con dinero nuevo, pero no voy a negar que también hubo dinero viejo, en parte. ¿Me comprendes, Josef? ¿Tú, Joseba? Dinero viejo, dinero nuevo... ¿Veis la diferencia? No es tan difícil de entender, unos jóvenes brillantes como vosotros. La cosa es que también yo tengo una casa así, y es evidente que Iturria está contra ese tipo de casas. Contra el dinero y contra las casas: los fantasmas, los monstruos, excrementos de palomas, tronos... ¿Sobre qué habla Iturria entonces, Josef? ¿Sobre mí? Es algo que no se me va de la cabeza, Josef, que Iturria habla de mí. ¿Egocéntrico? ¿Se me puede llamar egocéntrico? No, no tengo edad ya. Eso son cosas vuestras, de niños, de niños repeinados como vosotros. Cosa de sibaritas. De personas tristes. Cierto, cierto: todos somos tristes, todos somos egocéntricos entonces, un poco es necesario, pero a partir de una edad no merece la pena. ¿Remas, Josef?

–No.

–Lo imaginaba, pareces torpe. Torpe peinándote, y egocéntrico, me da la impresión. Es igual. La cuestión es que mi casa es grande, y tengo dinero, y Pedro Iturria habla de mí. Es lo que he sentido al leer sus cuentos. Iturria sabe muy bien qué tengo, qué soy, y me ha imprimido ahí, también en otros textos, en varios. Pedro Iturria me escribe, me imprime, aunque no valga nada yo, aunque sea una verdadera piltrafa. Pero él me escribe una y otra vez. ¿Cómo lo ves, Josef?

–Eso no lo puedo yo... No lo conozco, señor.

–Es la impresión que me da, más que una simple impresión, me parece que Iturria me utiliza. Y una última duda, Josef, aunque ahora sé perfectamente que tampoco en esto vas a poder ayudarme. Te pierdes en la superficie, Josef; todos os perdéis en la superficie.

–Pero...

–Aparecen muertos al final, al final del relato, dos muertos en una de las camas, momificados o medio momificados. ¿Qué significan, Josef? No vuelvas a quedarte en la superficie, por favor. «Estos muertos no son nuestros» dice, es una frase que recordaré siempre: «no son nuestros». ¿Has leído a Rulfo, Josef? Juega con ese tipo de frases. ¿Has leído a Chéjov? ¿A Tavares? ¿Has leído a Jan Neruda? Si no has leído a Jan Neruda, no puedo seguir hablando contigo. ¿De quién eran los muertos, Josef? ¿De Iturria? ¿Míos? ¿Son míos esos muertos? ¿Nuestros? ¿De nuestra familia? Me va a volver loco el cabrón de Iturria. *Erroman, ¿sería de mala educación eructar delante de este hombrecillo? Se lo merece el cabrón.*

Hermoso Písek, histórico Písek, pero yo no aguanto la diarrea. Así hemos entrado en la ciudad, con esa frase de Soro Barturen. No hemos podido empezar mejor la búsqueda de la casa de Pedro Iturria. Y estaba claro que hablaba en serio, que las palabras le brotaban de las tripas. No nos ha quedado más remedio que detener el coche delante de una cafetería. Soro ha entrado directamente al baño, sin saludar, y en un momento dado ha pensado que iba a perder los intestinos y el hígado en una tubería checa.

El dueño lo ha visto tan pálido que le ha servido un café sin que se lo pidiéramos. Nos ha ofrecido después cuatro tipos de pasteles, uno de ellos cocinado por él mismo. También ha llamado a su mujer que, según ha entendido Joseba, trabajó de partera antes de casarse. La mujer ha servido alcohol, un líquido marrón, nos ha ofrecido pastas para hacer masa, e incluso ha acariciado el hombro del enfermo. Soro ha dejado 2.500 euros encima de la mesa antes de marcharnos.

Habíamos alquilado el coche unas horas antes delante del hotel. El conductor es oriundo de Praga y no conocía Písek, pero tampoco utilizaba GPS. Así que no hemos podido hacer otra cosa que detenernos en una de las calles principales, en cuanto hemos comprendido que no sabíamos hacia dónde girar. Hemos convencido por fin a una señora de cierta edad para que entrara al coche y nos indicara la calle en la que supuestamente vive Pedro Iturria. Se trataba de una maestra jubilada hace 28 años, soltera, que nos ha contado su vida en segundos. Ha entrado al coche sin pestañear, no ha sentido ninguna clase de peligro. Soro y yo estamos a punto de cumplir ochenta años, y Joseba no puede dar miedo aunque quiera, más bien tiene cara de mosca común.

Inmediatamente hemos comprendido que Soro Barturen se sentía a gusto con la maestra. Nada más arrancar el coche, ha comenzado a hacerle preguntas, sobre el

propio Písek, sobre Chequia y sobre la escuela en la que trabajó. La maestra explicaba todo con mucho sosiego, se podría afirmar que venía a ser el reverso de Soro.

La mujer nos ha obligado a dar más vueltas de las que imaginábamos en un principio, cuando la ciudad no nos parecía tan grande. Hemos empezado a ponernos nerviosos: ¿sería una loca? ¿En quién habíamos confiado? Quizá ni siquiera conocía las calles. Soro, en cambio, no ha soltado nada fuera de tono, ha mantenido la paciencia en todo momento, la confianza en ella. Ha seguido preguntando, sobre la gente de Silesia esta vez, y la maestra contestaba con comodidad, mientras iba señalando las calles. He notado que Soro estaba algo alterado; no por la maestra, todo lo contrario, sino porque pensaba que era posible que encontráramos hoy a Pedro Iturria, después de más de tres años de búsqueda.

Hay días en los que pienso que yo no me jubilé para esto, para ir dando tumbos de aquí para allá, buscando a alguien que no conozco, a un fantasma. Pero también es verdad que casi todos los de nuestra quinta están ya totalmente ablandados, entre mármoles algunos, rodeados de madera o de cerámica, y yo estoy en Praga, en Písek, con un amigo, con una maestra, y escribo estas cosas después en el hotel, por la noche, y me creo un poco Ryszard Kapuściński, Reinhold Messner, y Soro llega a todo con su dinero.

La maestra no paraba de mover sus minúsculos ojos y de pronto ha dicho «Aquí» sin dejar de moverlos. El conductor ha aparcado, y la maestra nos ha advertido de que todavía debíamos andar un poco hasta la calle, que no podríamos llegar de ninguna otra manera.

Soro ha pronunciado algo en inglés entonces, alguna salvajada seguro, «shit» o «bitch» o «fuck» o algo por el estilo, el clásico vocabulario de Soro Barturen. Nos hemos dado cuenta de que la maestra mudaba la cara por primera vez, que había entendido las palabras de Soro, que hablaba inglés perfectamente. Le ha reprendido entonces, con el ceño fruncido. Jamás he visto que nadie hablase a Soro así. Se ha quedado mudo, «I'm sorry», se ha disculpado. La maestra se ha dado por satisfecha, ha cambiado la expresión y ha continuado mostrándonos el camino.

Hemos llegado por fin a la entrada de la casa de Pedro Iturria. Soro ha comenzado a caminar más despacio, mirando directamente la puerta. Era la parte noble de la ciudad, como siempre, el número 14 de la calle. Sin embargo, Soro se ha detenido en seco a unos tres metros de la puerta, y he visto su cara más tensa de lo habitual. *Iturria no vive aquí*, ha dicho, sin asomo de duda, sin asomo de decepción. Ha dado un paso hacia atrás, colocándose a la altura de la maestra para agarrar su brazo. Ha susurrado algo cerca de su oído, y han comenzado a caminar en otra dirección.

Pensándolo ahora, me parece que he actuado bien, que los demás nos las hemos arreglado más o menos correctamente tras ese extraño movimiento de Soro. Me he visto obligado a pensar con rapidez: les he pedido a Joseba y al conductor que entren en la casa, que averigüen quién vive allí. Yo he seguido a Soro y a la maestra.

Han vagado de una calle a otra durante varios minutos. Les he seguido a unos diez metros, hasta que un perro ha empezado a ladrarme. Por fin han llegado a una estación de tren, agarrados del brazo durante todo el trayecto. No he querido gritarles, no les he dicho nada, cómo iba a hacerlo, a mis setenta y nueve años, después de haber ostentado cargos en varios barcos de gran tonelaje. He decidido no hacer el ridículo y no acercarme a menos de cinco metros. Únicamente he pensado en el motivo que los había llevado hasta allí: he supuesto que la maestra necesitaba tomar un tren.

Se han sentado en uno de los bancos, y los he vigilado a tres asientos de distancia. Han parado trenes, pero han partido sin ella. Ha tenido que llegar el mediodía para que la maestra se moviera y sacara comida del bolso. Me ha parecido ver que no se trataba de otra cosa que pan y fruta, que han repartido entre los dos. A eso de las cinco se me había pasado totalmente el hambre y no soportaba el frío de los pies.

Desde las cinco y cuarto hasta las siete, Soro y la maestra han permanecido en silencio. Por lo demás tampoco han hablado demasiado, no hacían otra cosa que mirar hacia delante, a los trenes en movimiento y a los pasajeros. A las nueve en punto se han levantado del banco, y he podido comprobar que la maestra no quería tomar ningún tren.

Han necesitado veinticinco minutos para volver a encontrar el coche que nos había traído desde Praga, en la que suponíamos la calle de Pedro Iturria. El coche seguía aparcado en el mismo lugar, el conductor se había refugiado en una cafetería, y hemos encontrado a Joseba sentado en las escaleras de uno de los portales. Se ha levantado de un salto al vernos.

Soro y la maestra se han despedido con pocas palabras y ni siquiera se han besado. La maestra nos ha dirigido un gesto a los demás para desaparecer en la siguiente calle. Soro no ha dado ni la más mínima explicación, por qué la estación y por qué la maestra. *Tendrás hambre*, me ha dicho a mí. Después ha hecho preguntar por el mejor restaurante de la zona.

Mientras cenábamos, Joseba nos ha contado que Soro tenía razón, Pedro Iturria no vive ya allí, en Písek, hace tiempo. El actual residente les ha dado el número de teléfono del propietario. Hemos decidido que tendremos que llamarle para saber algo más.

En el coche, de vuelta al hotel, Soro le ha comunicado a Joseba que permaneceremos cuatro días más en Praga. Después le ha preguntado si para entonces podrá tener traducido el segundo cuento que Iturria publicó en Chequia, que le pagará mil euros extra. Joseba le ha contestado que sí, cómo no. *¿De quién es este olor?*, ha fruncido el gesto Soro, *¿Qué has comido, Joseba?*

1. Todos los pasajes en cursiva responden al habla dialectal (vizcaíno) que Soro Barturen utiliza exclusivamente para dirigirse a su amigo Erroman. Los comentarios suelen venir acompañados de un tono marcadamente coloquial y, a menudo, soez.

SEGUNDO RELATO DE PRAGA

¿Quién se ocupa de la hierba?

Subo diez pasos, casi de puntillas, y me siento en la parte superior, en la hierba, al lado del tercer árbol. Soy yo quien digo que es el tercer árbol, pero no tiene por qué serlo, en un espacio donde hay cinco en total. A pesar de no hacer otra cosa que estar sentado en la hierba, nunca he traído el teléfono ni ningún aparato. Un día traje un libro, pero no me gustó la sensación. Cartas, eso sí, hago solitarios de seis de la tarde hasta prácticamente las ocho.

Desde aquí, desde este montículo, puedo ver la casa de mi tía, el segundo piso, una de las ventanas y el balcón. Y eso es, precisamente, lo que me trae aquí, la necesidad de mirar la casa de la tía Hana. Si fuese un cuarto o quinto piso, sería más complicado, pero el segundo, el piso de tía Hana, se encuentra exactamente enfrente del montículo, no muy cerca pero tampoco demasiado lejos, en uno de los laterales.

Debo decir que todas mis tías han muerto en poco más de mes y medio: tía Eva, tía Petra y tía Lucie. Para ser más exactos, 51 días de la primera a la tercera. Tía Hana es la única que sigue viva, en esa casa, en una de esas ventanas, por eso vengo a mirar el edificio. Se podría decir que vengo a cuidar a mi tía, no muy cerca pero tampoco demasiado lejos. Con todo, ni yo mismo podría explicar por qué lo hago así, por qué no subo a su casa.

Las cartas se mueven en la hierba, el dos de oros, los reyes, la sota. De vez en cuando miro hacia delante y trato de imaginar dónde estará la tía en ese momento; lo más probable, pienso, es que esté en la sala o en la cocina. Nunca imagino lo que estará pensando, me produce cierto temor, y es que tengo dos hijas que ya no me necesitan demasiado. Mi mujer sale a las ocho del trabajo, por eso la costumbre de venir de seis a ocho, a ocho y diez. Dejo todos los aparatos en casa y vengo hasta aquí, doy los diez pasos y me siento en la hierba, cerca de los árboles.

Por ejemplo la sopa. Es posible que hayan pasado ya más de cuarenta años desde que comí la última sopa de tía Hana, más quizá, pero da igual. Pronto será medio siglo desde la última sopa, y un rey me ha tapado el tres de oros. Levanto la vista hacia la casa un momento: en la ventana no se mueve nada, nunca he visto la puerta del balcón abierta, desde aquí. Cuando visitaba a mi tía sí, incluso solía salir al balcón, criaban jilgueros.

Una de las tías que acaba de morir, por ejemplo, tía Eva, llamaba a su madre «Ama, ama, ama» casi cada media hora, a sus 92 años, enferma terminal. Y veía drogadictos en su habitación de hospital, junto a las paredes, cerca de la ventana, en

silencio, pero siempre preparando alguna porquería, vendiendo droga, armando bulla. Tía Eva, por lo demás, no fue capaz de reconocer a sus hijas a partir de cierto momento y les llamaba prostitutas cuando salían del baño o cuando se quitaban el jersey.

Me han dicho que tía Eva intentó taparse la cara cuando murió, le daba vergüenza, pero no pudo, había perdido fuerza en los brazos, la mano se le quedó a medio camino, a la altura de la garganta. Yo no lo vi, no he visto morir a ninguna de mis tías. Pero tampoco voy a contar aquí todos mis muertos, no hay tiempo, debo centrarme en mirar las paredes de tía Hana, en las ventanas y el balcón.

También tía Hana está muriendo, ahí delante, a sus 89 años. Me han hablado de su cáncer, no he querido saber demasiado. Come lo mínimo, no puede, una de sus hijas me ha contado que está consumida, sin muslos, sin cara. Incluso en el hospital le han dado el alta para que venga a morir a casa. Creemos que es cosa de pocos días, por eso vengo a la hierba con las cartas. En una época jugué mucho a cartas con tía Hana; pensé que, si iba a venir aquí, a la hierba, cerca de los árboles, a mirar las ventanas de mi tía, debía traer cartas.

Por ejemplo tía Petra, otra muerta. Le nacían continuamente pelos de perro en la cara, las orejas, barbilla, duros, blancos, como lana con pegamento. Siempre entre lana tía Petra, miles de jerséis para los sobrinos, aunque nunca entendí qué pasaba con aquel tejido, picaba, los brazos, el cuello. No queríamos los jerséis, llegamos a odiar alguno, pero ahora los recordamos, cuarenta días después de que haya muerto tía Petra. No se casó, esa era su rabia, y con esa rabia cocinaba la carne en la sartén, apretaba los filetes hasta quemarlos. No llamaba prostituta a nadie, ni siquiera cuando estaba a punto de morir, pero quemaba la carne, los jerséis, las personas. Después se ablandó, murió blanda, hace unos cuarenta y tantos días hoy.

La última vez que hablé con tía Hana fue en diciembre, por teléfono. Parecía manejar bien la cabeza, era su cumpleaños, felicidades, qué tal tus hijas. Hablamos cómodos, como si estuviéramos patinando, no sentí la diferencia de cuarenta años; ella estaba muriendo ya entonces, igual que moría yo, ninguna diferencia. Cantamos al teléfono: qué tal las clases tus hijas, estarán grandes ya... Cómoda tía Hana, cómodo yo.

Fue entonces cuando se lo dije, estábamos tan a gusto, diría que fue una de las veces que más a gusto he hablado por teléfono. Y por eso se lo dije: iría a hacerle una visita, podríamos jugar a cartas incluso, en esa casa que ahora veo por fuera, en la sala. Cuando quieras, me dijo, pero me pareció que no lo creía, que no pensaba que fuese a ir. Pensaría que tengo demasiadas ocupaciones, el trabajo, la gerencia, mis hijas, pero así y todo dijo cuando quieras, para que me diese cuenta de que llevaba año y medio sin salir de casa, cuando quieras, cuando quieras.

Esas palabras me ocupan parte del oído ahora, sentado en la hierba, de la misma manera que me ocupa ambos ojos este siete de oros. Ven cuando quieras, dijo mi tía. Y tengo la impresión de que la hierba está más crecida aquí, en el lugar exacto en el que me siento. No sé quién se ocupará aquí de la hierba, si existirá alguien que se

ocupe, pero cada día me parece más molesta, mueve las cartas, las voltea incluso. He llegado a traer un pañuelo, porque la hierba está empezando a perder la vergüenza.

Por ejemplo tía Lucie y la sangre. Tía Lucie murió rodeada de sangre, pero en la familia nadie ha sido capaz de decirme si cayó al suelo y sangró después o cayó mareada al ver la sangre, sin fuerza, sin aliento. Es igual, la sangre formó círculos, elipses, en uno de los lados de la alfombra, llegó hasta la puerta de la cocina. Tía Lucie reía como una hiena, en la mejor definición de ese animal. También en el hospital perdió mucha sangre, no tuvo tiempo para reír, no demasiado, no vio drogadictos en ningún rincón, perdió el conocimiento una y otra vez, conocimiento, sangre, conocimiento, sangre. Murió esa misma noche.

Tía Lucie bebía anís antes de comer y aprendía los calendarios de memoria, también alguna carta mía, enviada desde Argentina, México, Letonia... Aquella de Riga, por ejemplo: cinco de febrero, tía, dos puntos, las ratas aquí son tan sucias como las nuestras. Le escribía ese tipo de tonterías, sabía que le gustaban, aprendía pasajes de memoria. Perdió el conocimiento, una y otra vez, hasta que no lo recuperó, veintiuno de abril, San Anselmo.

Noté que tía Hana no llevaba la dentadura en su sitio el día que llamé por teléfono. Hablamos, con todo, ya lo he dicho, muy a gusto, qué tal, tía, qué quieres que te diga, que estoy bien, pues no te lo voy a decir. Rio entonces, exactamente con la misma risa que yo.

Vi a tía Hana unos días después. Soñé a tía Hana debería decir, me apareció en un sueño. Soñé a mi tía como se sueña a los muertos: en un parque infantil, rodeada de pucheros, sentada en el borde de una bañera. Se alegró cuando llegué a mi sueño, es lo que me pareció, que se le alegraba la cara: qué tal las hijas, qué quieres que te diga, que estoy bien, pues no te lo voy a decir. Risa.

Se acercó más gente a la bañera del sueño, familiares la mayoría. Querían hablar con la tía, preguntarle cosas, cuidar de ella. No nos dejaban hablar, pero tía Hana me miraba a mí, quería hablar conmigo, estar conmigo, no le dejaban. Yo escuchaba su voz cada vez más apagada, no entendía qué quería decirme, hasta que pronunció la última frase. Lo dijo en un susurro, pero lo entendí mejor que nada antes: dijiste que ibas a venir a visitarme. Eso fue lo que dijo, esas fueron las palabras exactas, casi sin voz. Me pareció un sueño de muertos, creo haberlo dicho ya. Conté el sueño en casa, a mi mujer, a mis hijas; me da la impresión de que no lo entendieron.

Fue justo después del sueño cuando empecé a venir aquí, a la hierba, con las cartas, a mirar las paredes de casa de la tía. Su hija me dijo que estaba consumida, sin muslos, sin cara, pensamos que sería cosa de días; yo no he visto morir a ninguna de mis tías. Pero pasaron los días, las semanas, en la hierba, mirando las ventanas, y la tía resistía, ni siquiera perdía la cabeza, todo hueso pero viva. No volví a llamarle por teléfono, nunca salió a las ventanas ni al balcón. Cuatro meses ya, cada día a la hierba, de seis a ocho, a ocho y diez, la tía igual. En un momento dado me cansé, para qué tanto esfuerzo. Empecé a venir cada dos días, dejaba tres días antes de volver, cuatro, ocho cierta vez. El trabajo, la gerencia, me daba vergüenza,

no entendía muy bien por qué hacía nada de lo que estaba haciendo.

Tía Hana murió uno de los días en los que no vine, y eso era precisamente lo que quería evitar. Necesitaba estar aquí, en la hierba, mirando la casa, la ventana, el balcón, y no estuve. Desde su cumpleaños no volví a llamarle, pero soñé su voz, y quién dice que ella no me soñó a mí.

Por eso vuelvo a venir ahora a diario, y quiero pensar que detrás de una de las ventanas ronda tía Hana, aunque sé perfectamente que no vive nadie en la casa. También imagino dónde puede estar, en qué habitación, pero no quiero, por nada, imaginar qué está pensando, me da miedo, tengo dos hijas, en la universidad ya la mayor, y veo a las dos muertas. Un muerto no debería tener ese pelo, el de mis hijas, largo, limpio, lustroso.

No sé hasta cuándo seguiré viniendo, no lo he pensado, no quiero pensarlo. Ahora mismo vengo todos los días, como al principio, de seis a ocho. La hierba está más húmeda, en septiembre, siento humedad en los pantalones, los muslos, sensación de estar completamente mojado, y me parece, lo sé seguro, que la hierba está más crecida, mucho más alta, no sé quién se ocupará aquí de ella, si habrá alguien que se ocupe.

Hay veces que siento la hierba en los codos, cuando visto ropa más corta, también en la cintura, un poco más arriba, me esconde los zapatos. Hoy me ha parecido que la hierba salía de las suelas de mis botas, de dentro hacia fuera, como si naciese en las plantas de mis pies, en los dedos, en las uñas. También he visto hierba en mis brazos, entre el vello, como si no se diferenciasen uno y otro. Se me ha ocurrido que esa fina hierba nace en los mismos poros que el vello, aunque no los he tocado, no los he forzado.

Normalmente me levanto de un salto, pero hoy he necesitado tres intentos. Tras el primero le he echado la culpa a los dolores de siempre, las lumbares. Durante el segundo he pensado que algo me retenía, la propia hierba, no he profundizado demasiado. A la tercera me he dado mucho mayor impulso, y he conseguido ponerme en pie de hecho, pero he sentido que algo se rasgaba para que yo pudiera levantarme, algo pequeño, muchos algos pequeños, la hierba quizá. He sentido los muslos húmedos, más que habitualmente, he tosido, me picaban los codos.

Al bajar de la hierba a las baldosas, he vuelto a mirar la ventana de la tía, he imaginado jilgueros, me ha parecido ver que la cortina se movía, que alguien me observaba desde el otro lado. Me ha venido a la mente entonces la imagen de tía Hana riéndose, tía Hana sin dentadura, atenta a la radio, las mejillas hundidas. Pero enseguida he recordado a la tía entrando a las olas un día de frío y lluvia, y a mí quieto en la orilla, sin atreverme a entrar, sintiendo envidia de ella, orgullo, diciendo es mi tía, y he pensado que mañana volveré a la hierba, aunque llueva con viento, de seis a ocho.

Joseba Azurza nos trajo ayer el segundo cuento que Pedro Iturria publicó en Praga, traducido al euskera. Se trata de un relato corto, también publicado en la revista *Květy*, aunque nada tiene que ver con el primero; maneja un estilo diferente, otro tono, incluso el narrador es de otro nivel.

Le pedí a Joseba que no lo llevara al hotel en que nos encontramos la primera vez, le di la dirección del nuevo. De hecho, no nos ha quedado más remedio que mudarnos, gracias a otra de las ocurrencias del señor Barturen: quemó todas las sábanas de la habitación. Las metió en la bañera y me pidió que comprara alcohol. El problema era que había visto una gota de sangre en la punta de una de ellas. Es posible que ni siquiera fuera sangre, prácticamente no se veía, se intuía un tono marrón, pero Soro decidió que debían quemarse todas las sábanas.

El humo, cómo no, ocupó todo el espacio de inmediato, oscureció la habitación, nos cegó. Tuvimos que salir al pasillo: Soro en ropa interior, tal y como estaba, semidesnudo, con ropa muy holgada. Quiero decir que la ropa interior le quedaba inmensa, floja, había perdido hacía tiempo su medida original y difícilmente ocultaba ya todo lo que debía ocultar.

Hubo que pedir ayuda a los bomberos, que pudieron salvar alguna de nuestras maletas, aunque no todas. El hotel no sufrió demasiado pero, no podía ser de otra manera, nos invitaron a marcharnos. El propio Soro le confesó al director cómo había quemado las sábanas, por qué (no sabe mentir). Dejó en recepción diez mil euros más de lo necesario.

El humo se ha convertido en un tema recurrente entre Soro y yo, a pesar de que parezca irónico dicho ahora. Solemos coincidir en que el humo se nos aparece a cada momento, como ahora en Praga, en una habitación de hotel, pero también en televisión o en los cuentos de Iturria. A mí, particularmente, muchos de los cuentos de Pedro Iturria no me parecen más que humo. Soro, cuando tiene el día torcido, opina igual. Por eso salió una mañana del hotel, unos cuantos días antes de que quemara las sábanas, y entró en un estanco. Soro Barturen no fuma, jamás ha fumado, a pesar de estar muriéndose, pero decidió comprar una pipa, muy trabajada y estética, diría que cara. También compró un paquete de tabaco y pidió al estanquero que le ayudase a encender aquello, que le enseñase cómo se hacía. Consiguió, por fin, sacarle un poco de humo, y suspiró con la cabeza echada hacia atrás. Me dijo después: *¿Ves el humo, Erroman?*, le dije que sí, que claro, *Pues eso que has ganado*.

En Písek, el día en que buscamos la casa de Iturria, las cosas no salieron como

imaginamos: Soro pasó la tarde en una estación y estuvimos lejos de encontrar a Iturria. La casa estaba alquilada por una familia de origen alemán, venidos de Silesia, un padre y tres hijas. Joseba habló con ellos y consiguió el teléfono del propietario, pensando que él podría saber adónde se había mudado. Para ser sinceros, lo cierto es que Iturria siempre deja claro cuál será su próximo destino. En una palabra, parece querer facilitarnos el trabajo.

A eso se reduce nuestro sistema: preguntamos a los propietarios de las casas dónde podría estar ahora Iturria, a sus antiguos vecinos, y ellos no tienen reparo en decírnoslo, porque somos dos viejos decrépitos, unos desechos ya en este mundo, pronto inquilinos del otro.

Soro no pierde oportunidad de hablar así, llama «segundo mundo» a aquel que nos espera, y a pesar de no saber si habla en serio, con respeto, es cierto que conoce la Biblia de arriba abajo. Dice que en el segundo mundo los ríos son de leche y miel, y que nosotros no conoceremos el dolor allí (reumas, hernias, hiato, cojeras...). También imagina traineras en ese segundo mundo, nadie sabe por qué, no hay noticia de ellas en la Biblia, quizá esté buscando su propio paraíso. Pero después se ofusca, como si tuviera dieciocho años. Y dice: *Imagínate un remo en miel, qué desagradable*. Acto seguido comienza con sus cálculos particulares, cuánta fuerza necesitaría un remo en miel, cuántos newtons. Esos comentarios son típicos de Soro, hay que dejarle, no queda otra que reír con él. Y continúa hablando del segundo mundo, porque el viento siempre ha sido una de sus preocupaciones. Se pregunta por el tipo de viento del segundo mundo, me lo pregunta a mí: *¿se menciona el viento en las Santas Escrituras, Erroman? ¿Viento norte? ¿Racheado? Si es el paraíso, ¿el viento siempre de popa?* Ese es Soro Barturen; hay que dejarle.

Lo único que quiero decir con todo esto es que somos dos viejos secos, y que, por mucho que preguntemos y seamos indiscretos, la gente nos responde sin miedo, sin ninguna clase de reparo, porque no ven peligro, entienden que no podemos ser policías, menos aún gánsteres o sicarios, perciben sin lugar a duda que somos viejos podridos. Nos hablan tranquilamente de Pedro Iturria, nos dicen lo que les ha contado, adónde va, de dónde viene, en qué ciudad va a buscar su próxima casa. Nosotros le pasamos después la información a Leire Barturen, y ella busca las revistas del nuevo país, todo aquello que tenga algo que ver con la literatura, tanto en internet como en papel, para tratar de encontrar alguna posible publicación de Pedro Iturria. Siempre encuentra algo, por supuesto, lo compramos y hacemos que lo traduzcan. Acto seguido tenemos una charla con el propio traductor (Soro dice que «compramos» al traductor, pero a mí no me gusta esa manera de hablar, aunque es totalmente cierto).

Joseba Azurza llamó ayer al propietario de la casa de Písek. Así es como hemos sabido que Pedro Iturria está en Hungría ahora, o que ha estado recientemente, porque son ya meses desde que dejó Chequia, es posible que llegue a un año quizá. También hemos comprado el billete para Budapest, pero permaneceremos tres días más aquí, porque Soro está empeñado en hablar con Joseba sobre el segundo cuento

de Praga. Conmigo ya ha hablado, demasiado diría, pero ahora necesita hablar con Joseba. *Tú no tienes tías*, me ha dicho, *me gustaría hablar con Joseba, tiene cara de muchas tías*.

Un calvo se acaba de parar delante de la ventana en la que estoy escribiendo esto, en esta cafetería, y está mirándome. Ojalá fuera un cisne, un ciervo, qué belleza, qué poético... Pero no: es un calvo de ojos saltones, como los de algunos peces, y no deja de mirarme. Si esto fuera la bancada de la trainera, sacaría el remo y lo dejaría tieso en un segundo, de un solo golpe. Hoy cenaríamos pescado fresco, recién sacado de la mar, pero los calvos no se cenan.

–¡Hombre! He aquí Joseba, el archiduque de Praga. ¿Vive, acaso, vuesa merced? Antes de nada, Joseba: ¿cuántas tías tienes?

–¿Tías? Pero...

–Eso es, Joseba: tías. ¿Cuántas? Piénsalo bien, tómate tu tiempo. Nunca contamos nuestras tías, sabemos que son unas cuantas, que tropezamos con ellas por la calle, que se les acorta el pelo con la edad, pero nunca sabemos exactamente cuántas son. Piensa, Joseba, es importante. ¿Ya lo has pensado? ¿Sí? ¿Cuántas?

–Nueve.

–¡Nueve! *¿No te lo había dicho, Erroman?* Nueve, qué maravilla. Y, Joseba, ¿son gordas tus tías, como tú? ¿Pesadas? ¿Escandalosas? De todo, ¿verdad, Joseba? Pero estoy seguro de que ninguna lleva el pelo largo, ni pensarlo. Da lo mismo, déjalo. ¿Te llevas bien con tus tías? ¿Ha muerto alguna?

–Bien, con las tías bien. Dos han muerto. Con las tías siempre bien.

–¿Y? ¿Tus tías suelen ver drogadictos, Joseba? Quiero decir drogadictos en habitaciones de hospital, en el salón, en la cocina... ¿Utilizan tus tías la palabra «prostituta»? En el cuento de Iturria sí. ¿Qué significa, Joseba? ¿Por qué ven drogadictos las tías de los cuentos?

–...

–Aparte de eso: ¿no te parece que Iturria trata mal a sus tías? A alguna de sus tías...

–En algún momento quizá.

–La cosa es que el protagonista hace enormes sacrificios por la familia, por su tía. Se sienta a diario en la hierba, por ejemplo, a mirar las paredes de su casa. Pero me parece que después trata mal a algunas de sus otras tías, las descripciones son turbias, dice que viven renegadas, rabiosas, que llaman «prostitutas» a sus hijas. ¿Qué demonio de descripción es esa, Joseba?

–...

–¿Todavía se utiliza la palabra «descripción»? ¿Todavía se describen las cosas? Las ciudades, los monasterios, la naturaleza... ¿Todavía existen «auroras», «confines», «efímeras hojarascas», «cascadas hilvanadas en ebullición»? ¿Sueles ir al monte, Joseba, con todos tus kilos?

–Ahora no; aquí no.

–La naturaleza: ¡qué bella, qué deudora de Dios! Iturria coloca jilgueros en el balcón. ¿Por qué, Joseba? ¿Por qué es tan cursi, alguien que hasta ahora, en ninguno, en absolutamente ninguno de sus textos, ha sido cursi? ¿O no son cursis los jilgueros?

–No lo sé, yo...

–¿Por qué son cursis los jilgueros y no los cuervos, los buitres, las merluzas? ¿Puede ser, quizá, porque los jilgueros no se comen? Ningún animal que comamos tiene fama de cursi. ¿Es esa la diferencia? ¿Los cursis son los no comestibles? ¿Te comerías un chihuahua, Joseba? Es igual. Otra cosa: ¿Por qué lleva cartas a la hierba? ¿Eres jugador, Joseba?

–No mucho. Los juegos a mí... No.

–Se nota, no tienes cara. Cara de tener muchas tías sí; de jugar a cartas no. ¿No es eso también un poco cursi? Quiero decir que puede parecer un poco cursi llevar cartas a la hierba porque acostumbraba a jugar con su tía. ¿Es cursi? ¿O no tiene nada de cursi?

–Podría ser. Yo no lo he...

–¿Estoy inventando cosas, Joseba? ¿Veo fantasmas donde no los hay? ¿Qué soy, Joseba, un ultracorrector? Es posible que las cartas no signifiquen nada, que no sean símbolo de nada; pueden ser un dato, sin más. Igual que soy un dato yo, este hotel es un dato, tú eres un dato, un dato gordo, eso sí. No te enfades, Joseba, es una broma.

–...

–Aparte de todo eso, ¿te has dado cuenta de que todas las cartas que nombra Iturria son oros? Los oros, el oro, siempre presente. ¿Otra vez el dinero, Joseba? ¿Iturria siempre habla de dinero, incluso cuando no quiere, cuando su intención es hablar de sus tías?

–No lo creo. No me parece. Puede ser lo primero que le haya venido a la cabeza...

–¿Lo primero que le ha venido a la cabeza? ¿Es lo que has dicho? Lo primero que le ha venido... ¿Qué clase de lector eres tú, Joseba? ¿No has entendido nada, en este cuento, en el anterior? Puedo dejarte todos los demás, el texto de Austria o los de Suiza. Pero no merece la pena, con estos dos es suficiente. ¿Los has leído, Joseba, los has leído sobrio, quiero decir? ¿Te parece que Iturria escribe lo primero que le viene a la cabeza? ¿Cómo lees, Joseba? ¿Cómo traduces? ¿Crees que Iturria ha escrito esto en diez minutos? ¿Cuántas páginas son en total? Pocas. Diez minutos, veinte, no se necesita más. ¿Crees que Iturria lo ha hecho en ese tiempo?

–No sé. No creo. No lo sé...

–¿No lo sé? ¿No lo sé? ¿Lees este cuento y no ves horas? ¿Días, semanas? ¿No eres capaz? ¿Hablas en serio, Joseba?

–...

–Otro elemento, Joseba: la hierba. Hierba que estorba, hierba que crece en los zapatos, que es cada vez más alta, que no le deja levantarse. ¿Esa hierba, Joseba?

¿Tampoco esa hierba es nada? ¿Lo primero que le ha venido a la cabeza eso también? ¿Por qué la hierba? ¿Es una simple descripción? *Prados de seda verde... Verde carne, pelo verde... Campos de Bohemia...* etcétera, etcétera, etcétera. ¿Es esa la única razón por la que la hierba aparece tanto en este texto? ¿Un simple elogio a la naturaleza? ¿Qué clase de lector eres tú, Joseba? ¿Sinceramente ves hierba donde Iturria dice «hierba»?

–No sé qué tendría que ver...

–Hay otro punto al que sigo dándole vueltas, Joseba: el pelo. El pelo de sus hijas, largo y limpio, «un muerto no debería tener ese pelo, el de mis hijas, largo, limpio, lustroso». ¿Te has parado en esa oración, Joseba? Yo sí, ocho veces. Piensa en ella, Joseba; no ahora, léelo en casa, dos veces, tres.

–Lo pensaré. Lo leeré.

–Todavía hay algo más. A decir verdad, hay muchas más cosas, pero no podemos comentarlo todo, no te he pagado tanto. ¿O sí? ¿Te he pagado más de lo necesario, Joseba? ¿Has comprado ropa nueva, calcetines, un coche?

–No, yo...

–Es igual, Joseba, tranquilo, eres soberano. Otro punto importante: el sueño. Con todo, me parece que el sueño es una de las cosas a las que menos significados debemos buscarle. Muchos elementos dentro de él, eso sí, elementos como eructos: pucheros, parques infantiles, bañeras... Todos absurdos, pero absurdos sin más. Huecos de significado quiero decir, de explicación. Estaremos de acuerdo en que eso es un sueño, esa es la definición de sueño: el absurdo más volatinero... No puede uno *inventarse* un sueño, los sueños simplemente se cuentan.

–De acuerdo.

–Ha contado el sueño en casa, a su mujer y a sus hijas. No lo han comprendido, es imposible. ¿Te das cuenta, Joseba, de que cuando cuentas un sueño, necesitas cambiar las escenas, no puedes contarlo exactamente como lo has soñado? Es todo demasiado extraño como para contarlo en una narración natural. ¿Te das cuenta? ¿O estoy exagerando? ¿Es un problema exclusivamente mío? Es igual. ¿Qué te parece, Joseba?

–Estoy bastante de acuerdo. Yo también... Los sueños...

–En el sueño no veo otra cosa que una simple preocupación: le preocupa su tía y sueña con ella. También yo sueño preocupaciones. ¿Tú, Joseba? Es igual. ¿Te estás aburriendo, Joseba? ¿Te estoy aburriendo? ¿Estarías más a gusto en casa, en la universidad, en el baño?

–No, estoy bien.

–Bien, pero no a gusto.

–Estoy a gusto, de verdad: me resultan interesantes los sueños, los símbolos.

–No te apoques, Joseba, no te apoques. Te estás aburriendo, se nota, pero no te apoques, no te sometas, dentro de poco serás doctor, ¿qué dirán tus pacientes? Ríete un poco, hombre... Doctor Azurza, don Joseba, hidalgo de la muy noble provincia de Gipuzkoa. La risa está para usar, Joseba. Tranquilo, estamos acabando. *¿Qué hora*

tienes, Erroman? Ahí está. ¿Dejamos en paz al catedrático?

–Por mí no hay problema, lo digo en serio.

–Un último tema, Joseba: el teléfono. Ahí es donde traiciona a su tía, donde se compromete. Le promete que irá de visita y no va. Nadie le obliga a comprometerse, nadie se lo ordena, sale de él. Un compromiso sin fundamento, que sabe que no va a cumplir. ¿Por qué, Joseba? ¿Has hecho alguna vez algo así, aceptar un compromiso sin sustancia? Sin que nadie te obligue, sin necesidad...

–Creo que sí. Seguro que sí, no hay duda. Seguro.

–Pero aquí el problema es otro, es mi impresión: ¿por qué no va? No le falta tiempo, la tía vive, resiste, se acerca a ella todos los días, a la hierba, a observar la casa, las ventanas, el balcón. ¿Por qué no entra? ¿A qué espera? ¿Es un hombre apocado, Joseba? ¿Es apático, como tú, alguien a quien le cuesta arrancar? No creo, no lo parece. ¿Qué remango se necesita, además, para visitar a una tía? No es eso, hay algo más ahí... ¿Qué es, Joseba? ¿Por qué esa traición?

–Traición... Yo no diría tanto.

–¿Hay algo detrás del texto, Joseba? ¿Algo que no se cuenta? ¿Es eso lo que quieres decir? A mí también me lo parece. ¿Y quién debe adivinar lo que no se cuenta, Joseba? ¿Yo? ¿El lector? ¿Lo has adivinado tú, Joseba? ¿Por qué no lo cuenta? ¿Qué pasa ahí?

–No lo he pensado.

–Lo he hablado alguna vez con Erroman, ante otros textos. ¿Por qué se ocultan datos en los cuentos? ¿Por qué no se cuenta todo? Y lo explica bien Erroman, me parece, intuyo que está cerca de la razón. Dice que de lo contrario yo no los leería diez veces, quince, dieciocho, no le daría tantas vueltas, no los pensaría tanto.

–...

–Pero, Joseba: ¿el lector siempre debe pensar que falta algo? ¿Siempre debe pensar qué? ¿Es obligación del lector? ¿Siempre debe adivinar? ¿Dar una interpretación? ¿Única? ¿Plantear opciones? ¿O puede abandonarse un cuento sin haber reflexionado? Nunca lo he entendido: ¿para qué lo hacen? ¿Para qué lo hace Iturria?

–No lo sé; la literatura no es mi...

–La literatura no es de nadie, querido Watson. ¿Por qué esa forma de hablar? Estamos pensando, te he pedido que pienses, que pienses un poco, nada más.

–...

–No te apures, Joseba; no tengo paciencia, también me lo dice mi hija, es mi manera de ser, no eres tú. Dejemos aquí el cuento, Joseba. Lo llamamos «cuento», pero ¿de verdad lo es? Quiero decir que a mí más me parece un poema. ¿No dirías que es un poema en honor a sus tías, Joseba, una oda quizá, una elegía?

–¿Un poema?

–Tienes nueve tías; ¿no te parece, más que a nadie, un poema? ¿Cómo era aquella clasificación, la que nos hacían aprender en la escuela? «Poesía épica, poesía lírica, poesía dramática.» ¿Es épico este texto de Iturria, Joseba? No me parece. O

quizá sí, en su medida, su odisea, su Ítaca, su Telémaco. No me parece. Pero lírico...

–Es posible.

–Cuántas clasificaciones, ¿verdad, Joseba? En la escuela, en la universidad o en las empresas. También tú te habrás sentido obligado a construir algunas clasificaciones en tu tesis. Existen personas que todavía creen en las clasificaciones, todavía creen que sirven para algo. También nosotros podemos dedicarnos a hacer clasificaciones, Joseba, por qué no: listas, grupos, subgrupos (es gratis). ¿Colocamos esto en algún tipo de subgrupo lírico? ¿Cuál es la diferencia entre prosa y poesía, lo sabes, Joseba?

–Ahora, así, a bote pronto...

–Da lo mismo. Más clasificaciones, Joseba: ¿No te parece Polifemo el símbolo del anarquismo? El cíclope, quiero decir. ¿Lo ponemos en la lista de anarquistas? *Tienes razón, Erroman, tienes razón otra vez, vamos a dejar al chaval en paz, antes de que le explote la cabeza*. Hasta aquí, Joseba, hemos acabado. Un placer, gracias. Por todo, sobre todo por la traducción. Has hecho un buen trabajo, riguroso. Eres un gran hombre, Joseba. *¿Han llegado las morcillas de Mardaras, Erroman? Quiero decir las morcillas de los cerdos de Mardaras...*

El vuelo ha sido bueno, casi perfecto, sin turbulencias. El cielo continuaba siendo el mismo de otras veces, ni siquiera hemos cruzado ríos de miel. Soro incluso ha dormido en el avión, y hemos llegado a Budapest sin novedad. Aun así, el inicio del viaje ha resultado peculiar; el circo lo hemos montado en el aeropuerto de Praga, antes de salir hacia aquí.

Un policía le ha pedido a Soro que se quite el cinturón en el control de seguridad, cuando estábamos a punto de atravesar el arco. Soro le ha contestado que no, ni hablar, que le cuesta horrores volvérselo a colocar, que no tiene ya los dedos para ese quita y pon, le ha hablado del reuma, de sus eternos dolores, no le merecía la pena para un minuto. Le ha preguntado al policía si después se lo colocará él en su sitio. El policía le ha mirado con cara de pocos amigos, ha empezado a hablar en checo y ha gritado en inglés después, algo así como que él no es un sirviente, cero bromas con él. Es lo que creo haber entendido, pero no he podido prestarle demasiada atención, me he despistado, y es que, al hablar en checo, el agente ha soltado litros de saliva por las comisuras de los labios y un hilillo se le ha quedado colgando de la barbilla, meciéndose de un lado a otro. Creo haber percibido algo de mucosa mezclado con la saliva, parece difícil si no que fuese tan compacto, que permaneciese durante tanto tiempo suspendido, de un lado a otro, balanceándose.

Más tarde han aparecido otros tres trabajadores de la seguridad del aeropuerto, y Soro ha comprendido que debía actuar, que no iban a dejarle pasar con el cinturón. A pesar de todo, debía seguir siendo Soro, precisamente ahora que está muriendo. En pocos segundos ha decidido quitarse más de lo que le pedían: se ha bajado los pantalones después de desabrocharse el cinto. Intuyo últimamente una afición

desmesurada en él a despojarse de los pantalones en público, a enseñar su ropa interior. Los trabajadores de seguridad no han dicho nada, qué iban a decir. Han invitado a Soro a pasar por el arco de control, necesitaban acabar con aquello cuanto antes, retirar de su campo de visión aquel espectáculo, aquellos muslos blancos, escuálidos, por no hablar de los calzoncillos (holgados, quizá sucios).

La alarma de la máquina, aun así, ha vuelto a saltar, a pesar de la poca ropa de Soro. Únicamente llevaba encima la camisa, un jersey y los calcetines. Le han pedido que se aparte, que levante los brazos, igual que siempre, igual que obligan a decenas de pasajeros al día, pero yo he notado que Soro comenzaba a calentarse. No ha dicho nada, aunque lo he visto cada vez más negro, a punto de reventar. Le han pedido que volviese a pasar por el arco, que han de estar seguros, que es el procedimiento, y ha sido entonces cuando ha explotado, sin gritos, sin aspavientos: se ha quitado la poca ropa que todavía llevaba puesta antes de volver a pasar por la máquina. Ha dado unos pequeños saltos delante del arco, antes de cruzarlo, y ha puesto en movimiento partes del cuerpo que habitualmente permanecen inmóviles. Ha ejecutado después unas cuantas rotaciones de hombros, en ambas direcciones; parecía estar calentando, como cuando remábamos, antes de los entrenamientos o de las regatas.

Los demás pasajeros han empezado a fijarse en nosotros. Se palpaba el júbilo, las risas, han grabado vídeos, incluso muchos han aplaudido a Soro. Los trabajadores de seguridad han trajinado entre pasajeros sin saber muy bien qué hacer. Han hablado por teléfono, han tratado de ocultar a Soro detrás de sus cuerpos, pero no lo han conseguido, incluso lo han hecho más visible aún. Soro ha desfilado como un caballero medieval hacia el arco y ha saludado a los que lo jaleaban, repartiendo besos. Los aplausos iban en aumento, lo animaban en checo y en alemán. Se han acercado más agentes de policía, vestidos con una peculiar variedad de uniformes.

Soro Barturen ha pasado por fin bajo el arco, pero la máquina ha vuelto a sonar, a pesar de estar completamente desnudo, arrugado, un poco encorvado, con un hombro más bajo que el otro. Uno de los policías lo ha agarrado del brazo entonces, aun sabiendo que ese despojo de hombre, ese detrito, no podía guardar nada en semejante cuerpo.

Los demás pasajeros no le han dejado hacer al policía, han empezado a increparle, y él ha dudado, ha retrocedido varios centímetros. Los gritos contra los agentes resultaban cada vez más descarados, incluso han comenzado a lanzarles objetos: bolas de papel, plásticos, incluso un bolígrafo una mujer mayor. Los policías han cambiado de táctica entonces: han traído a Soro hasta mí, me han pedido que coja sus ropas y que lo convenciera para vestirse lo antes posible, que intentara llevármelo de allí.

Los aplausos han ido en aumento mientras Soro se vestía, y unos cuantos jóvenes han empezado a cantar, en checo o polaco, una especie de himno. Los trabajadores de seguridad entonces, se han dispersado inmediatamente, no han querido saber más. Dentro del avión más de un pasajero ha pedido estrechar la

mano de Soro, darle palmadas en la espalda, *¿pero qué he hecho yo, Erroman? ¿Estos no han visto nunca un cuerpo hercúleo?*

El vuelo ha sido bueno por lo demás, y hemos llegado cómodamente a Budapest. Leire Barturen ha llamado por teléfono para explicarnos que tiene localizados los dos cuentos húngaros de Iturria, pero que se publicaron en revistas diferentes. Ha conseguido uno de los relatos bastante fácilmente: apareció en uno de los números de la revista *Élet és Irodalom*. La otra revista, *Holmi*, desapareció hace unos meses, y dice que será más difícil de conseguir, pero que lo hará.

Leire es incombustible y se ha propuesto encontrar un traductor inmediatamente, pero no ha conseguido a nadie que pueda hacerlo directamente al euskera. Ha buscado, sobre todo, en entornos universitarios. Dice que seguramente existirá alguien, pero que no ha habido suerte. Ha contactado, sin embargo, con una alumna argentina que estudia varios idiomas europeos, de origen húngaro: Eszter Nagy. Eszter traducirá los textos al castellano y Leire se encargará de pasarlos al euskera. Sabe que su padre los prefiere en su lengua, que de lo contrario empezará con la cantinela de los carlistas, para qué sirvieron aquellas guerras, los muertos, si ha sido inútil que tanta gente quedase sin nacer... Lo mismo una y otra vez: Zumalakarregi, Santa Cruz, Carlos Séptimo, el sitio de Bilbao, y bla y bla y bla, la retahíla de su padre, a pesar de que lo podría leer perfectamente en castellano, traducido por una argentina, ni más ni menos. Leire pagará 2.500 euros a Eszter Nagy por traducir el primer relato y otro tanto cuando encuentren el segundo.

Todavía no sabemos dónde está la casa de Pedro Iturria en Budapest, si aún vivirá allí. También de eso se ocupa Leire, pero habitualmente resulta más complicado buscar el domicilio que encontrar los textos.

Soro está leyendo ahora una obra de Plauto, en edición bilingüe, inglés y latín, cuando son las ocho y veinte de la tarde. Avanza por momentos en los que ríe y otros en los que duerme.

PRIMER RELATO HÚNGARO

BUDAPEST

Nueve días

Hoy es el hijo quien saldrá a hacer las compras. El padre debe terminar un trabajo, la madre lee los artículos más recientes. Necesitan pan, fruta, algún medicamento, cereales. El hijo elige el coche pequeño; podría haber utilizado la moto, pero el viento es frío, amenaza lluvia. Es evidente que el tercer coche es el más apropiado para las compras pequeñas. Necesita prácticamente tres cuartos de hora: el pan, los cereales y la fruta los compra en el mismo sitio, pero debe desviarse cinco kilómetros para los medicamentos.

Es habitual que el coche se ensucie a la vuelta, cuesta arriba, por los charcos y el barro. El vehículo no está pensado para ese tipo de camino, lo dejará tirado algún día, en la segunda pendiente, por ejemplo, en la de mayor porcentaje. No será hoy, piensa el hijo. Siempre piensa lo mismo en ese tramo, No será hoy, cuarenta y tres minutos después de haber salido de casa.

Siente que se han formado más charcos que ayer en las estradas, agua estancada sobre todo, pero también algo de barro. El mantenimiento de los caminos es nulo, pero le parece normal, inútil. Al fin y al cabo, ¿cuántas familias pasan por aquí? Tres o cuatro en diez kilómetros. Tendríamos que hacernos cargo nosotros mismos, siempre lo ha pensado. El padre debería encargarse de la planificación, el coche los dejará tirados uno de estos días si no. No será hoy.

El hijo encuentra al padre en el gimnasio al entrar en casa. No tienen más que cuatro máquinas: bíceps, tríceps, barras de diferentes diámetros, pesas... Tampoco la estancia es demasiado grande, pero la utilizan los tres, aunque la madre menos últimamente. El padre está tumbado en una de las máquinas, boca arriba. La madre continúa leyendo artículos, toma notas, subraya, está utilizando el ordenador. El hijo deja las compras en la cocina, las boticas. Reservan uno de los armarios para medicamentos, hay sitio de sobra: diez armarios, ocho estanterías, diecisiete cajones, tres mesas, ocho sillas...

El hijo juega un partido por la tarde, por eso no acompaña al padre en el gimnasio. Desde que ha llegado a categoría sénior, los partidos se juegan por la tarde, no como en juveniles. Piensa que después del partido no saldrá con los amigos, regresará lo antes posible a casa. Debe hacer esquemas, estudiarlos, puede

que vea una película después, una serie. El tiempo es desagradable para la calle además, para ir de bar en bar, para volver después, por esa carretera, por las estradas, son veintidós kilómetros y medio. Calcula que podrá estar de vuelta para las seis, han programado pronto el partido, el equipo prefiere luz natural. Se nota en los resultados, el entrenador sacó la estadística.

Comen pronto hoy, el hijo debe presentarse en el polideportivo a las tres. La madre comienza a hablar sobre sangre en la comida, los demás están acostumbrados. No se imaginan la sangre en el cuerpo de una persona, manando de una herida, a borbotones; la conciben en recipientes de cristal, en bolsas de plástico, en probetas, gotas sueltas, análisis. La madre habla a diario sobre algo relacionado con la sangre, están acostumbrados, es interesante, pero no comprenden todo siempre. El hijo sube al segundo coche para ir al polideportivo, a la madre le parece bien, el padre asiente.

El partido ha ido sobre ruedas, han ganado por mucha diferencia, pero ha pasado más tiempo de lo que esperaba en los vestuarios, con el equipo. Llega a casa a las siete menos cuarto, muy por encima de sus previsiones. Encuentra al padre en el ordenador, la madre está leyendo, no sabe si por trabajo o no, no se lo ha preguntado.

El hijo entra primero en la habitación y baja después a la cocina, necesita algo de fruta. Llaman a la puerta. Deja la fruta en una de las encimeras y, sin poder pensar en nada más, sale a la sala. Sus padres están tan sorprendidos como él, nadie llama a la puerta de esa manera. Las visitas avisan por teléfono antes de venir, proponen horas concretas. No se ha oído ningún motor además, otro dato extraño: los coches se perciben desde lejos, cómo se acercan a la casa. Nadie ha venido a pie hasta el día de hoy.

El padre se levanta a abrir la puerta, el hijo le sigue de cerca, metro y medio detrás. La madre continúa en su sillón, como si no estuviera nerviosa, pero aparta un poco el libro que está leyendo. El padre abre la puerta de una manera que quiere parecer natural, no muy despacio, tampoco bruscamente. Ven a una mujer delante de la puerta, dos personas más detrás de ella: un anciano y una niña de unos ocho años. Los tres visten ropa vieja, desgastada, da la impresión de que están sucios, aunque no sea así. Es posible que la sensación de suciedad la provoque el pelo, empapado, pegado a la frente, a las sienes.

Antes de que nadie diga nada, el anciano se sienta en uno de los escalones, no le importa la superficie mojada. Sus movimientos son pesados, se nota la edad, alguna enfermedad quizá. La niña se acerca a los muslos de su madre, le coge la mano, tiembla de vez en cuando.

Es la mujer quien habla. El anciano mira al suelo, sentado en el escalón, parece que jadea, la boca muy abierta. La niña mira al padre dentro de la casa, al hijo metro y medio detrás, al espejo del recibidor, parece más sucia que los demás. La mujer

habla con acento extranjero, muy marcado: suaviza las erres, arrastra las eses. Habla con modestia, su postura y sus gestos son humildes, se nota que le cuesta, se le hace duro pedir, Algo de comer, leche, pan, No, no quieren dinero, Comida, algo que pueda comerse crudo, Sí, también, ropa también. Confunde los verbos, une las frases de un modo absurdo, pero en la casa entienden perfectamente qué necesitan. Mira por momentos al suelo, da la impresión de que no puede soportar la vergüenza.

Dentro de la casa comienzan a moverse. La madre ha escuchado la conversación desde la sala y entra ahora a la cocina. Reúne encima de una de las mesas, en bolsas de plástico, todo lo que les pueden ofrecer: fruta, huevos, verduras, latas, pasta... No piensa mucho en lo que hace, no se le ocurre que esa familia difícilmente podrá hervir agua, por ejemplo, para la pasta, para el arroz. Prepara, con todo, comida para una semana, quizá dos, el hijo y el padre sacan las bolsas a la puerta.

La madre termina en la cocina y se dedica ahora a la ropa: abrigos, jerséis, dos mantas, generosa también en esto. La mujer da las gracias continuamente, con ese extraño acento. La niña se anima a dar las gracias en un momento dado, eco de su madre, como si alguien se lo hubiese ordenado. El anciano no abre la boca, no hablará la lengua seguramente, mira al suelo.

Acaban de entregar la última bolsa, anochece. El anciano se pone en pie, con dificultad, da unos pasos torpes hacia fuera. La mujer se despide de los de la casa. La última en hablar es la niña, de unos ocho o nueve años. No se percibe en ella ni el más mínimo rastro del acento de su madre, su pronunciación es perfecta. Dice:

–La abuela llega en nueve días. Será entonces.

En la casa madrugan todos hoy. La madre es la primera en levantarse, el padre poco después, todos están en la cocina para las seis y cuarto. Se acostaron preocupados, tarde, se han levantado nerviosos.

Nueve días, solamente, es lo que repiten una y otra vez. Les parece demasiado poco tiempo, no pueden pensar en nada más. La madre es incapaz de leer, el padre va de una habitación a otra sin poder centrarse en nada concreto.

Por fin entra en su despacho a eso de las ocho, pero sale pocos minutos después y llama a la madre. Se reúnen los tres en el recibidor y miran a través de la ventana. Vuelven a ver allí delante a la familia de la víspera, a unos 100 o 120 metros de la casa. No se han marchado, no han pasado de largo: allí siguen la mujer, la niña, el anciano, en la zona donde crecen los primeros árboles al otro lado de la carretera. Han extendido una de las mantas de una rama baja a otra, de manera irregular, y la mujer y el anciano están sentados bajo ella. Ven a la niña a unos metros a la izquierda, de pie.

Habrán pasado la noche ahí, piensan en la casa, se estarán preparando para seguir el camino, imposible marchar de noche. Incluso han sentido algo de lástima, la humedad es desagradable, el viento, Apenas habrán dormido. En casa tienen sitio

de sobra, es lo que les ha pasado por la cabeza. Parece que el anciano tose. La niña salta a la comba como si tuviera una cuerda en las manos.

Dentro de la casa vuelven al trabajo, más tranquilos ahora. El hijo debe estudiar bastante de aquí a mayo, la madre repasa ciertos artículos. El padre sale del despacho en torno a las doce, dice que la familia continúa allí, a cien metros de la casa, que no se han marchado aún. Comenta que parece que la mujer está haciendo preparativos para ponerse en camino, que ha reunido todas las bolsas de plástico en una, pero que siguen en el mismo lugar, tosiendo el anciano. Esta información descoloca un poco a los demás, pero la madre aventura una explicación: no debe de ser fácil mover una familia de esas características, el anciano, la niña, las toses...

Durante la comida el mismo tema, por supuesto, esos nueve días; todos piensan que es poco tiempo, demasiado poco. Se nota al padre más nervioso que antes, la madre debe emplearse a fondo para tranquilizarlo.

La sobremesa se alarga más de lo habitual. Parece que les da miedo volver a mirar por la ventana, no tienen claro cómo actuar si la familia continúa delante de la casa, entre árboles, debajo de sus propias mantas. Quieren engañarse a sí mismos: parece que si no miran por la ventana, pueden pensar que la familia ya se ha marchado, que todo sigue igual. La madre habla de la esterilización del material quirúrgico, su importancia, vuelve a mencionar la sangre. Habla sobre su trabajo como si no fuese capaz de hablar de nada más, como si fuese vital para su familia, pero se detiene en medio de una frase, se levanta sin dar ninguna explicación y se acerca a una de las ventanas. El marido alarga el brazo para agarrar el de su mujer, para impedirle la ventana. La fuerza que emplea es mínima sin embargo, como si se le hubieran ablandado los dedos.

La mujer aparta la cortina, acerca los ojos al cristal y se vuelve inmediatamente hacia el padre y el hijo. Siguen ahí, dice. El hijo lanza la cuchara contra la mesa de mala manera. El padre baja los hombros, aprieta los dientes.

El día siguiente amanece como cualquier día laborable, como cualquier lunes. Los padres se levantan a las seis, el hijo a las siete y cuarto. Los tres tienen muchos kilómetros por delante, principalmente la madre. Se visten sin mirar por la ventana, desayunan, da la impresión de que no están nerviosos, un día como otro cualquiera.

Habitualmente hablan sin parar, no en este desayuno. El padre repasa unos papeles, los necesita para la primera reunión del día. No colocan las tazas y los cubiertos en el lavavajillas, algo que sorprende al hijo cuarenta minutos más tarde.

La madre es la primera en salir de la casa, como cada día, mientras el padre se cepilla los dientes. Entra en el primer coche, el más potente, el hospital es lo más lejano. Saca el vehículo del garaje y no le queda más remedio que pasar a unos veinte metros de donde acampan la mujer, la niña y el anciano.

Pasa despacio cerca de la familia acampada, disimula, no los mira directamente a pesar de que sabe que siguen ahí, a unos 100 metros de la casa, en los primeros

árboles, bajo su propia manta, despiertos, la mujer y el anciano al menos. Se esfuerza pero no puede evitar mirar de reojo, ver a la mujer de pie, alguna ropa en la mano, plegando, sacudiendo, no lo sabe con seguridad. La madre sigue avanzando con el cuello erguido, los ojos en la carretera, no puede perder la concentración en el coche, no puede reconocer que la familia continúa acampada en el mismo lugar y que, si el sábado faltaban nueve días, ahora faltan siete para la llegada de la abuela, ocho si no tienen en cuenta el propio sábado; en torno a una semana con todo.

La actitud del padre es totalmente diferente: saluda desde dentro del coche a la mujer del campamento nada más salir del garaje. Al acercarse a la familia, baja incluso la ventanilla y pregunta Todo bien. La mujer asiente. No ve a la niña, estará dormida probablemente, oculta entre las mantas. La mujer continúa preparando bolsas, como si la partida fuera inminente; el anciano se fija en el coche, en las ruedas.

Al regresar del trabajo, de la universidad, por la tarde, prácticamente de noche, todos traen una pequeña esperanza: necesitan pensar que la familia no está ya allí, que todo es como antes de que llegaran. Se desengañan inmediatamente: ven al anciano y a la niña entre los primeros árboles, pero la mujer no aparece por ningún lado. No habrá ido muy lejos, piensan, no puede dejarlos solos.

Dentro de la casa cada comida es más nerviosa que la anterior, más fría, comen cada vez menos, sienten el estómago encogido. Prácticamente no hablan y, cada vez que lo hacen, no salen de los siete u ocho días que faltan para la llegada de la abuela.

El martes por la mañana transcurre de manera similar: seis de la mañana, siete, coches, clases, hospital. Al regresar, aun así, el ambiente dentro de la casa parece más animado, a pesar de que la mujer, el anciano y la niña continúan acampados. En la casa comienzan a acostumbrarse, aún faltan siete días, han decidido que son siete, lo han acordado. No les parece para tanto, todavía pueden suceder muchas cosas. El padre mira por la ventana cada diez minutos, comenta los movimientos de la familia. El hijo trata de estudiar, pero se levanta cada poco para acercarse a una de las ventanas delanteras.

Padre e hijo se encuentran junto a una de las ventanas a las ocho y veinte, ha coincidido así. Se sobresaltan, llaman a la madre. Hay otra figura en el campamento, alguien que habla con la mujer, cerca del anciano. Parece otra mujer, pero no están seguros. Es una cuarta persona, eso lo pueden afirmar, le piden a la madre que mire. La madre ve lo mismo, otra persona, mujer sin duda. No creen que sea la abuela, no parece, ni por asomo, una mujer mayor. Esa impresión los tranquiliza, por un momento han pensado que se les acortaba el tiempo.

Discuten en la cena, quién puede ser la nueva. Es una mujer, es evidente; no parece ser la abuela, también en eso están todos de acuerdo. No saben, aun así, si pertenece a la familia o se trata de alguien que han encontrado en el camino, conocida, amiga, totalmente desconocida... Deciden que no merece la pena

preocuparse.

Es la madre la primera en ver por la mañana a la nueva de cerca, desde el coche: una chica joven, unos 18 o 20 años. Se mueve alrededor de la mujer, ayuda en lo que puede. Al padre le parece incluso más joven minutos después.

Al regresar de sus ocupaciones, nadie ve a la nueva. Esto les devuelve algo de esperanza, está claro que no se ha quedado, que no había venido para quedarse. Dejan de mirar por la ventana durante la siguiente hora y media.

En el momento en que más despreocupados están, a las nueve menos veinte de la noche, llaman a la puerta. El padre da un pequeño salto en la silla, la madre se levanta a abrir. El padre tenía razón, la chica es más joven de lo que le había parecido a la madre, unos 15 años. Lleva a su hermana al lado, más sucia que la primera vez; trae, además, a un niño de mantos en los brazos. Se maneja bien, se lo pasa de un brazo a otro con habilidad, pero no parece ser su madre.

Se expresa con mucha más seguridad que la mujer. Parece haber borrado todas las marcas de la lengua que utilizara de pequeña y habla mirando hacia delante, de forma directa, no baja la mirada ni un solo instante. Dice que se les ha acabado o perdido la fruta y que necesitarían un poco más, para los niños sobre todo. Señala a su hermana, guardan cierto parecido. La madre de la casa pide al hijo que traiga fruta, pero ella no se mueve de la puerta. Mira al niño en los brazos de la chica, no sabe qué hacer.

El hijo distribuye en bolsas más de la mitad de las piezas de fruta de la cocina y las lleva a la puerta. Al agacharse a agarrar las asas de las bolsas, a la chica se le suelta la goma del pelo y este cae hacia delante tapándole parte de la cara; lo tiene realmente sucio. Lo echa hacia atrás con un movimiento rápido, se yergue. Después dice mirando a la madre:

–La abuela llega en seis días, el martes, a mediodía.

Al cerrar la puerta, la madre siente una sensación de ahogo, incluso sentada parece mareada. El padre suspira, el hijo se desploma en uno de los sofás. Una vez más se acuestan a una hora ilógica.

Dentro de la casa llegan al fin de semana prácticamente a rastras. Han dormido poco durante la semana, nerviosos en todo momento, pero la tensión disminuye en un momento dado, es imposible que se mantenga en ese nivel durante tanto tiempo. Duermen como es debido la noche del viernes al sábado, profundamente, como hacía mucho que no podían.

El sábado transcurre de manera corriente, por fin, lo necesitaban. La madre debe preparar una serie de conferencias. El padre mira presupuestos, planos. Faltan tres días para la llegada de la abuela e intuyen que los dos siguientes serán importantes.

El hijo ha jugado el anteúltimo partido de liga, fuera, a una hora de autobús, y el viaje le ha sentado bien. Ha adelantado mucho en los apuntes de la universidad, durante la mañana principalmente, y llega a la noche cansado pero satisfecho. Segunda victoria consecutiva, ha conseguido varios tantos, duerme nueve horas y media.

Se levantan tarde el domingo, es evidente que la bajada de tensión no ha remitido aún. Durante la mañana continúan, por inercia, con la marcha del día anterior, cada cual en su mesa de trabajo, más o menos concentrados. La madre menciona algo sobre una punzada en la sien, toma una infusión a las doce y media.

Los nervios empiezan a percibirse al sentarse a la mesa a mediodía, la conversación es menos rica, más tensa. El padre derrama el agua sobre la mesa, moja las servilletas, la silla del hijo hace más ruido del habitual.

En un momento dado deciden que deben comenzar los preparativos, que únicamente restan dos días, menos incluso, hay mucho sobre lo que pensar. La chica mencionó el martes a mediodía. Acuerdan que todo debe estar preparado para el lunes por la tarde.

Se levantan de la mesa con esa decisión en mente, deben ponerse a ello esa misma tarde. Después de recoger la cocina, sin embargo, recuerdan otras obligaciones y van posponiendo la organización hasta el punto de que pasan la tarde de domingo sin llegar a nada claro. Durante la cena, es la madre quien toma las riendas, seria, fría: no hay tiempo ya para retrasarlo más, solamente les queda el lunes por la tarde, es posible que no les dé tiempo, son demasiados detalles.

El lunes por la mañana deciden hacer vida normal, trabajo, universidad. Perciben más movimiento en el campamento por la mañana, temprano: el anciano está en pie, se mueve, lleva algo en las manos, una cuerda, trapos, se maneja con agilidad ahora. Cuando regresan por la tarde, en cambio, todos en el campamento permanecen sentados, sin apenas actividad, esperando algo, en silencio. La familia de la casa no sabe cómo interpretarlo, no lo comentan entre ellos, no hay tiempo, deben empezar a prepararlo todo.

La tarde desaparece preparando hasta el último detalle, cenan comida ligera para poder continuar. El hijo acaba poco después de medianoche, los padres cerca de las dos de la mañana. Han pedido el día siguiente libre en el trabajo.

La madre pasa la mañana del martes sentada cerca de una ventana. Coloca una silla contra el cristal y no se levanta más de dos veces, al baño. Incluso desayuna allí, poco después de las seis de la mañana. El padre se encierra en su despacho, pero cuenta con una ventana frente a su mesa, cortinas totalmente retiradas, no necesita moverse para ver a los acampados. El hijo simula estudiar, pasea con el libro de la mesa a la ventana de su habitación.

La familia del campamento no actúa de manera especial, ningún preparativo, o es lo que suponen dentro de la casa: pasan la mayor parte del tiempo sentados. La

niña es quien más se ha levantado, para correr, imitar algún paso de baile, saltar a la comba sin cuerda. A la madre de la casa, desde la ventana, le parece que, en un momento dado, la última chica que ha llegado está amamantando al niño, pero inmediatamente reconoce que es imposible. Lo importante, con todo, es que la abuela está a punto de llegar y que en el campamento no se percibe ningún preparativo especial.

A falta de varios minutos para las doce, la madre siente que los nervios comienzan a disparársele, a pesar de que no sabe exactamente a qué se referían los acampados cuando hablaron de mediodía: las doce, la una, la hora de comer...

El camión llega a la una menos cuarto. La familia de la casa no lo ha visto antes, y eso los desconcierta: deberían conocerlo, controlan prácticamente todos los vehículos que circulan por ese camino, no son demasiados.

El camión sobrepasa el campamento y se detiene a unos cuarenta metros. La abuela baja de él con dificultad. En casa saben que se trata de la abuela sin necesidad de que nadie lo diga.

El recibimiento de la familia acampada no les parece excesivamente caluroso, también eso los sorprende. La mujer habla con la abuela a distancia, el anciano le ha dirigido unas pocas palabras, ella abre los brazos en un gesto amplio, como si quisiera abarcar todo el entorno, los árboles, el monte, la casa, el camino. En un momento dado, los miembros de la familia se ponen en pie y comienzan a acercarse a la casa, todos al mismo paso, la abuela delante, parece que en diferentes niveles.

Dentro de la casa, la madre recula a pequeños pasos, como si quisiera alejarse de la ventana. Con la cadera golpea la silla en la que estaba sentada, cae al suelo, no la recoge. El padre trae los abrigos de los tres colgados en su antebrazo, el hijo coloca los últimos paquetes en el maletero. Han decidido llevarse dos coches, el tercero lo dejarán en el garaje, lo dan por perdido. Los coches salen de la casa en el momento en que la abuela se encuentra a unos veinte metros de la puerta. Entran después en la curva que dibuja la carretera antes de los últimos árboles y se pierden tras la vegetación.

Los acampados encuentran la puerta de la casa abierta, entran con cautela. La abuela ordena a los demás que esperen en la sala de la planta baja. Sube sola al piso superior, examina las habitaciones, las cuatro, hace sus cálculos, no necesita mucho más de tres minutos. Baja de nuevo a la sala y les hace saber a los demás cuál será, a partir de hoy, la habitación de la abuela.

Segunda parte

LLEGA ESZTER

Aunque sea difícil de explicar por qué, últimamente se ha convertido en costumbre que Soro y yo hablemos sobre drogas. Él jamás ha probado, tampoco fuma, y bebe poco (un vino muy de vez en cuando). Es más, intuyo que está orgulloso de no beber, de pensar en otras cosas. Así y todo, no es habitual entre nosotros, nuestro entorno vibra con los excesos, alardea incluso de ellos. Se cuenta que alguien no dejó de beber hasta llegar a los cinco litros el sábado, a los siete, incluso que perdió el conocimiento; es la epopeya de muchos. Soro prefiere otro tipo de excesos: se desnuda en un aeropuerto por ejemplo, delante de la policía, delante del mundo.

Varios días atrás, sin embargo, Soro sospechó que necesitaba hablar sobre drogas y me pidió algo que no esperaba: quería probar. Me confesó que hace tiempo le ronda por la cabeza, pero que no le resulta tan fácil. No quiere ni oír hablar de agujas, no sabe fumar y la vía nasal le produce cierta dentera. Le comenté la posibilidad de la comida, y encargamos un pastel de marihuana en la cocina del hotel. No hubo problema, es lo que tiene el dinero, y es que pagamos prácticamente mil euros por una ridiculez de pastel. Les pedimos que no lo cargasen demasiado; Soro está muriéndose, pero no tan rápido.

Nos lo trajeron a la habitación, yo apenas lo probé y no noté demasiado la droga. Soro comió más de la mitad antes de salir a la calle. De hecho, ese era su plan: salir del hotel a mediodía, notar los efectos fuera. Entramos en un restaurante, en una de las calles centrales, comprobamos que el menú era caro y la apariencia digna. Nos sentamos en la mesa principal sin que nadie nos guiara, preparada para ocho personas. Se acercaron entonces dos camareros, modestamente, nos pidieron perdón de antemano, se excusaron y dijeron que la mesa estaba reservada. Nos ofrecieron otra, se deshicieron en reverencias, incluso se inclinaron hasta el dolor. Hablaban húngaro, pero les entendimos perfectamente, por la actitud, por sus gestos. *¿Qué dicen estos búlgaros?*, dijo Soro.

Nos condujeron a otra mesa, y comprobé que a Soro no se le notaba aún excesivamente la droga, daba la impresión de moverse noblemente. Los camareros nos separaron las sillas de la mesa, algo que creo que disgustó a Soro. Nos trajeron la carta y desaparecieron, como si siguieran avergonzados. Vimos los nombres de los platos traducidos al francés e inglés, y Soro insistió en una de sus más antiguas ideas: *Asco me dan los franceses*.

Poco después volvió a aparecer uno de los camareros, que parecía haber cronometrado el tiempo. Esta vez se dirigió a nosotros en inglés, preguntó qué íbamos a tomar. Soro no dudó: no tomaremos nada, no tenemos hambre. El hombre

se sorprendió, se preocupó después, acaso no nos había complacido la carta, dijo, insistió en que podía sugerirnos algo especial. A Soro se le espesó un poco más la lengua y decidió que no necesitábamos sugerencias a nuestra edad. Repitió que no íbamos a comer nada, no teníamos hambre. ¿Tan complicado de entender era? El camarero, humilde aún pero algo menos, nos preguntó qué deseábamos entonces. Soro no contestó, ni siquiera lo miró, continuó hablando conmigo como si no hubiera nadie más allí.

El camarero se alejó en busca del metre; eso dijo o eso fue lo que pudimos entenderle. Soro se desperezó, apoyó las manos en la mesa y le costó levantarse, pero nos encontrábamos fuera del restaurante antes de que nadie se nos volviera a acercar. *Raro acento inglés, ¿no te ha parecido?*, me dijo Soro ya en la calle, *el cabrón del búlgaro*.

No he llegado a descubrir si el siguiente paso de Soro lo traía pensado o improvisó en el momento. Entramos en una papelería y compró docenas de adhesivos, de esos que se utilizan para escribir el nombre del propietario de una carpeta o para saber qué hay dentro. También compramos bolígrafos. Pagué yo.

Después de acumular todo aquel material, me dijo que necesitaba entrar a alguna iglesia. Me volvió a sorprender: Soro jamás visita iglesias, catedrales o monasterios. Hemos viajado continuamente juntos y diría que lo habitual es que se emplee a fondo para evitar pisar suelo santo. Tampoco lo calificaría de ateo, ni mucho menos; los carlistas, sin ir más lejos, no eran ateos, Nicasio Landa era un católico convencido, y muchos de los modelos de Soro son católicos, pero algo siente contra las iglesias, o contra las iglesias extranjeras, o en contra de entrar en ellas. Aquel día, sin embargo, se empeñó en visitar una, y entramos a la primera que encontramos.

No vimos demasiados feligreses dentro: unos pocos en las bancadas, menos aún en los pasillos. Me pegué a él, por si acaso, por si intentaba algo fuera de lo normal. Incluso pensé que podía llegar a desnudarse, algo que se había convertido en su mayor tendencia en los últimos días.

De pronto se detuvo ante una imagen y la miró atentamente. Me pidió uno de los adhesivos y el bolígrafo. Escribió algo en él, minuciosamente, para pegarlo después al pie de la imagen. Cuando continúo adelante, me acerqué y leí el papel que acababa de escribir: «Virgen María, madre de Jesús, estrábica, pelo largo».

A partir de ahí se detuvo ante otras muchas imágenes, sin decir una palabra, y en prácticamente todas dejó un adhesivo. En la primera: «Iesus, Iesuschrist, pelo largo también (en los cuadros de Van Eyck), musculoso en algunas imágenes, o flaco, muy flaco, igual que Astérix». No eran pocas las imágenes de Jesús y en todas escribió algo: «Iesus, Iesuschrist, habilidades matemáticas», por ejemplo. También pasamos ante imágenes de santos, pero Soro no conocía a todos, inventaba: «San Mateo, evangelista, buena salud, miope», «San Saturno, cósmico», «San Matías, otro santo».

Salimos de la iglesia por la urgente necesidad de Soro de orinar. En el momento

en que llegábamos a la puerta, sentimos cierta actividad dentro; parece que alguien había descubierto las anotaciones.

Soro se desató el pantalón en plena acera y se desahogó hacia la carretera. Mojó cuatro o cinco coches, aunque los siguientes pudieron esquivarlo. La mayoría de la gente sonrió, y dentro de los coches boquearon. Saciadas sus necesidades, avanzó unos metros, se sentó al pie de un semáforo y se quedó dormido. Lo acomodé como pude en un taxi para que lo trajeran a la habitación. Aún no nos han echado de este hotel.

Está previsto que mañana llegue la traductora de los relatos de Iturria encontrados aquí, Eszter Nagy. Es argentina de padres húngaros. Dice Leire Barturen que al teléfono parece una persona despierta. Ahora mismo trabaja en el segundo cuento, que no ha tenido tiempo de terminar, pero Soro no puede esperar a que lo haga, necesita comentar el anterior con ella. Aunque no sea capaz de reconocerlo, Soro ha leído el texto en euskera y en castellano, la traducción de su hija y la de Eszter. Sospecho que la versión argentina le ha parecido brillante y que quiere conocer a la traductora. *¿Qué fruta comen en Argentina, Erroman? ¿Mandarinas? ¿Pequeñas y chinas?*

–Buenos días, Eszter; un verdadero placer.

–Buenos días, caballero. Bendita la familia Barturen entre todas las familias...

–Parece que Leire te ha pagado ya.

–Bendita Leire también entre todas las hijas.

–Pensaba que eras más joven.

–¿Más joven que quién?

–Los estudiantes siempre son... ¿Eres estudiante?

–¿Quién no?

–¿El segundo cuento? ¿Estás...?

–Estoy.

–¿Para cuándo?

–¿Para cuándo lo necesitás?

–Antes de morir.

–¿Y cuándo pensaste?

–Debería haberlo imaginado: una húngara en Argentina. No podía ser de otra manera.

–¿Qué es lo que debiste imaginar?

–Cómo serías, cómo contestarías. Me gusta. Te lo agradezco. Una pregunta, Eszter: ¿han aprendido castellano tus padres allí, en Argentina? Tendrán una edad ya. ¿Qué años tienes tú, Eszter? ¿30? ¿35?

–36.

–«A una dama no se le pregunta la edad.» ¿Siguen diciéndose semejantes majaderías? ¿También en húngaro? ¿En Argentina? Pero, ¿han aprendido tus padres

un castellano correcto? ¿Lleva barba tu padre? Es mi impresión desde que has entrado, Eszter: me sigue pareciendo que si fueses hombre, llevarías barba.

–...

–Déjalo. El cuento, estamos aquí por el cuento. Siempre empiezo por lo mismo, Eszter: el relato de Iturria, el que has traducido, ¿te parece bueno?

–Claro.

–¿Claro? ¿Sin ningún tipo de duda?

–Sin duda. Muy bueno.

–¿Conoces la historia? La de Iturria, me refiero. Cómo publica, cómo elige diferentes revistas, diferentes idiomas... Su trayectoria.

–No tanto. Algo me dijo Leire. Tampoco demasiado.

–Creemos que Iturria escribe los relatos en euskera, o en castellano, o en inglés tal vez, y que se los envía a alguien para que los traduzca. Es imposible que Iturria conozca todas las lenguas de Europa. La cosa es que ha publicado en Chequia, en Suiza, en Dinamarca, y que no puede haberlo hecho él solo. Pero deberías haber sabido todo esto, Eszter, ¿no es la primera obligación del traductor? ¿Conocer perfectamente al autor?

–Me los llevo.

–¿Qué?

–Los demás cuentos. Los checos, los suizos. Lo leeré todo.

–Los tenemos en euskera, Eszter. ¿Entiendes la lengua? Es posible que no sepas ni que existe. Le diré a Leire que los traduzca para ti. Son siete hasta ahora. Espera, los daneses no, los tenemos en castellano. No encontramos traductor, del danés al euskera quiero decir. Esos te los llevas hoy mismo. *Tráeme la carpeta, Erroman.*

–¿Me llevo el original entonces?

–No es el original. Nada es original ahora. Le diré a Leire que te traduzca los demás.

–¿Lo conocés?

–¿Cuál? ¿Mi idioma?

–No, a Pedro Iturria.

–Lo conocía.

–¿De joven? ¿De niño?

–En Inglaterra. Estudiamos juntos. Lo conocía; ahora ya no lo sé.

–¿Fueron estudiantes en Inglaterra? ¿De qué? ¿Dónde?

–Quién no es estudiante, Eszter, quién... No te rías. ¿Te comes las uñas? ¿No? Parece que sí. Guarda bien los cuentos de Iturria. Le diré a Leire que te traduzca los demás.

–No se pierden conmigo, los cuentos.

–¿Y el que acabas de traducir, Eszter? ¿Hablamos un poco de él? ¿Qué dice? ¿Quiénes son los que viven en la casa? Eso es, empezaremos por ahí. ¿Qué son los de la casa?

–¿Una familia normal?

–¿Normal?

–Más que normal incluso. Médico la madre, eso parece, o analista; habla sobre sangres, sobre el hospital. No lo dice, no lo dice claramente, se lo agradecí a Iturria.

–¿Se lo agradeces a Iturria? ¿No decir las cosas claramente? ¿Eso es lo que le agradeces?

–Y claro, sin duda, eso también. El padre parece arquitecto, o abogado, tampoco lo sabemos seguro. Tienen tres autos, una moto, y la casa no es pequeña. También tomaron todas las incomodidades de los ricos: deben hacer las compras lejos, viajan para practicar deporte... Montaron incluso un gimnasio dentro de la casa.

–Bien, Eszter, bien. Parece que has leído como debe ser. Lees parecido a mí, me parece. Es un cuento claro hasta ahí. Intuyo que Iturria quiere dejar claro que es una familia normal, adinerada pero normal. Hasta ahí. Pero tú misma lo has dicho: ¿por qué esa incomodidad? ¿Por qué vivir así? Les sobra el dinero. ¿Y qué hacen? ¿Es algún tipo de masoquismo? Pero se repite demasiado en el mundo para ser extraño. Es igual, no es algo importante, en el texto quiero decir. ¿O sí? Diría que no. ¿Y vosotros, Eszter, tu familia? ¿Sois de dinero allí, en Argentina?

–Beca.

–¿Conoces la pelota a mano, Eszter? Es igual, tú no podrías jugar. Naciste con manos mínimas. Yo tampoco. Son parecidas nuestras manos, en diferente escala claro. Pero volvamos al cuento: ¿es importante que el hijo sea deportista?

–No me lo parece. Es un dato más, como cualquier otro. No me parece...

–Los datos nunca son «un dato más», Eszter. Necesitas leer los demás cuentos de Iturria; ahí verás que en sus textos nada es «un dato más». Tampoco la sangre, cuando habla de la sangre. O de los baches del camino, o del barro. ¿Te has dado cuenta, Eszter? ¿Has leído el cuento como es debido?

–Cinco veces.

–Pocas.

–¿Pocas?

–Pocas. ¿Crees que debe traducirse igual «camino» o «estrada»? ¿Crees que se apoyan en el mismo referente, que nos trasladan a la misma atmósfera?

–...

–¿Cuántos tipos de barro existen, Eszter, lo sabes? Iturria no deja de mencionarlo. Ahora todo es hierba artificial, parece que hayan desaparecido los barrizales. Así y todo, Iturria sigue jugando en barro. ¿Está Iturria caduco, Eszter? Es una de mis preocupaciones.

–No me parece. Diría que no, ni mucho menos. ¿Qué edad tiene?

–79.

–Está fresco aún.

–Sí, como un verdel. No te rías, Eszter. Deja un verdel, una merluza, una lechuga fuera del frigorífico. ¿Cuánto necesitan para pudrirse?

–Poco; horas en verano.

–Entonces Iturria, Eszter, ¿está fuera del frigorífico? Es algo que no me quito de

la cabeza. ¿Está pudriéndose Iturria? ¿Estamos pudriéndonos Erroman y yo?

–...

–Otra opción: ¿es este Budapest el frigorífico de Iturria? También Praga o Zúrich. ¿Enfría Iturria su cabeza para no pudrirse? ¿Está tratando de congelarse, de criogenizarse? Olvídalo, estoy diciendo tonterías. ¿Estoy diciendo tonterías, Eszter?

–Puede que no. ¿Y vos?

–¿Yo? ¿Yo qué?

–¿Querés congelar algo vos? Es mi impresión.

–...

–...

–Vaya, Eszter...

–...

–Vaya, Eszter. Estás entendiendo muchas cosas; llevas poco tiempo aquí, pero estás empezando a entender. Eres argentina, es algo a tener en cuenta. Congelarse, quizá esa sea la cuestión. ¿Fumas en pipa, Eszter? Es posible que seas joven para eso. ¿Fumas algo, Eszter?

–¿Para qué?

–Cigarros, puros...

–¿Para qué?

–De acuerdo. Sigamos. El cuento, el que acabas de traducir: dos familias al fin y al cabo. Podríamos decir que el asunto se reduce a dos familias, ¿verdad? Dentro de la casa y fuera de ella. ¿Les podemos llamar así a partir de ahora? ¿La familia interior y la exterior? Eso es. Definir la interior resulta sencillo; acabamos de decidir que Iturria dibuja claramente esa familia: dinero, estudios, buenas profesiones, coches, es simple. ¿Podríamos decir que es nuestra familia, Eszter? ¿La tuya y la mía?

–Y sí. Diría que sí. Alguna diferencia hay, pero sí.

–Eso es, la interior es nuestra familia. ¿Conforme hasta aquí, Eszter? ¿Conforme?

–Como para no estar conforme con vos.

–Eso es. Pero ¿y los de fuera? ¿Quiénes son, Eszter?

–Los de fuera no son nosotros.

–Ahí estamos, no son nosotros: son exteriores, lejanos. ¿Te parecen lejanos, Eszter, con tus cinco lecturas? A mí sí.

–Obvio.

–Iturria deja señales, juega con ellas. ¿Has visto las señales, Eszter?

–Todo me pareció señal de algo.

–Están sucios, además, llegan sucios, la ropa y el pelo sobre todo. Por eso no son nosotros, tal y como has dicho. Me ha gustado: «no son nosotros». Las personas sucias no leen. ¿Te has dado cuenta, Eszter? ¿Has leído alguna vez un libro mientras sudabas, después de mancharte de barro? ¿Has cogido siquiera un libro en las manos estando sucia? ¿Te has dado cuenta de lo elitistas que son los escritores? ¿Se

podría decir, Eszter, que solamente escriben para gente limpia? ¿Por qué, qué significa? Déjalo, da lo mismo... Me estoy desviando. Perdona, Eszter: ¿por dónde íbamos? ¿Dónde estamos?

–Las señales.

–Eso es, las señales. La lengua, una de las más evidentes. ¿Te has dado cuenta de cómo gradúa Iturria a la familia exterior? El extraño acento de la madre... Espera... Aquí está: «suaviza las erres, arrastra las eses». El abuelo no conoce la lengua de la familia interior; no habla, no puede hablar. Las hijas sí, las hijas han aprendido a hablar correctamente, sin mácula, parecen haberse integrado. Pero, ¿se han integrado realmente? No, todavía son extranjeras, lejanas y sucias. ¿Es así, Eszter?

–Así es.

–¿Pero es criticable la familia interior, Eszter, por ver a los otros de esa manera? ¿Pueden criticarse desde aquí, desde este hotel?

–Diría que sí, debería decirlo, me lo pide el cuerpo. Pensalo, también mis padres, de Hungría a la Argentina...

–Claro, Eszter, según en qué grupo esté cada uno en cada momento: en el interior o en el exterior. También desde cuándo esté en el exterior, hasta cuándo, por qué. No es tan simple, ¿verdad, Eszter?

–No lo parece.

–Acampan en una especie de bosque además. No duermen en cualquier lugar, en una piscina pública, en una plaza, en unos soportales... Lo hacen en un bosque. Y esto parece acarrear una carga consigo, inmensa diría, en muchas culturas, en la mayoría quizá, en las europeas sin duda. Pero ojo: tampoco se internan en el bosque, permanecen en el lindero, en la frontera. La frontera. También esto querrá decir algo, ¿verdad, Eszter? ¿Te has dado cuenta?

–No. No completamente. Pero vos me lo mostrarás seguro.

–Pues no. Acabas de equivocarte. No te equivocas demasiado, hasta ahora casi no lo has hecho en nada, te lo digo desde la admiración, Eszter, pero acabas de fallar. Tampoco yo sé qué significa esa frontera, ese lindero, por qué lo subraya Iturria, pero algo sospecho ahí. Es posible que sea precisamente lo que busca Iturria, que el lector sospeche algo, a pesar de que no lo acabe de comprender. Me da la sensación de que Iturria necesita lectores que sospechen, que disfruten sospechando segundas y terceras lecturas. ¿Podemos decir que Iturria escribe para provocar la sospecha, Eszter? ¿Podemos inventar incluso, medio jugando, un término para definir la literatura de Iturria? ¿«Literatura de la sospecha» por ejemplo? ¿Lo podemos hacer, Eszter?

–¿Por qué no? Lo explicaste perfecto.

–Perfecto entonces. Podemos sospechar qué es la familia exterior, de dónde viene, por qué, a qué, pero no lo sabremos nunca con seguridad. Por eso leemos el cuento dos veces, tres, cinco tú, yo hasta doce. ¿No utilizas calcetines, Eszter? ¿Tampoco en esta época del año? *Erroman, tráele una leche caliente, un café, algo, tiene cara de frío.* Sí, es euskera, no hablamos otra cosa entre nosotros. Le he pedido

que traiga algo caliente para ti, un poco de leche, un café. ¿No quieres? ¿Segura? ¿Unos calcetines? Pide sin miedo. ¿No? Bueno, pero no estés a disgusto, me gustaría que volvieses algún otro día. ¿Nada de frío, en serio?

–Nada.

–Será el frío de los viejos entonces, nuestra sangre. Pero hemos llegado al final del relato, Eszter, aunque podríamos continuar *in aeternum*... A decir verdad, ¿hay algo que pueda no comentarse en este texto? Llevaría horas, pero no quiero aburrirte, querría que volvieras. ¿Vendrás, Eszter? ¿A ver a dos viejos secos? ¿Has estado a gusto?

–Lo estoy.

–Me alegro. Entonces: ¿qué significa el final del cuento, Eszter? O antes de eso: ¿qué significa la abuela?

–Muchas cosas. Eso parece.

–Muchas cosas. Estoy de acuerdo. Podría estar de acuerdo. ¿Pero cuántos minutos de la abuela cuenta Iturria? ¿13? ¿17? No muchos más de 20. Y así y todo, la abuela es muchas cosas. Qué capacidad la de Iturria ahí, qué mérito, si consigue transmitir tanto en menos de veinte minutos. El tiempo de lectura, además, es mucho menor, menos de minuto y medio. Lo he llegado a cronometrar: un minuto, 24 segundos y 7 centésimas. Es el tiempo que tenemos a la abuela delante de los ojos. Incluso puede leerse más deprisa. ¿Qué es eso, Eszter? Poco. Po-co. Si lo has leído cinco veces, has estado unos siete minutos con la abuela. Muy poco. Pero es la sensación que ha permanecido en ti, también en mí, sientes que la abuela significa infinidad de cosas, algunas que conocemos y otras que no. ¿Has cronometrado los tiempos de la abuela, Eszter?

–No. No lo pensé.

–Deberías haberlo hecho. El cronómetro es buen lector. Da lo mismo ahora. Entonces, ¿qué es la abuela? Me parece que no es muy distinta a los demás: no es más limpia, no está a otro nivel, es exterior, lejana... Pero, ojo, estoy volviendo a ponerme elitista. De hecho, estoy convencido de que soy elitista. No quiero serlo, pero lo soy. Quiero decir que la abuela llega necesitada de todo, ni siquiera trae maletas, igual que los demás. ¿No te parece, Eszter, que la abuela llega necesitada, que es igual que los demás?

–Sí. Alguna diferencia hay, pero sí.

–Hay diferencias, claro, sobre todo al final, pero me refiero a su llegada, a la primera vez que se nos aparece. No hay ninguna diferencia, ni la más mínima.

–El camión quizá...

–Correcto, el camión. Ahí quería llegar. Muy bien, Eszter, me alegro de que sigas conmigo. La abuela es igual que los demás, a primera vista, necesitada, indigente, pero llega en camión, a diferencia de los otros, le han hecho el favor, o lo ha pedido ella, a un conocido o a un desconocido, no lo sabemos. O, y aquí viene el salto, han ordenado a alguien que traiga a la abuela, o ha sido ella misma quien ha dado la orden. Qué situación tan simple y cuántas opciones, ¿verdad? Todas dispares, con

connotaciones diferentes, muy diferentes. Y a partir de aquí podemos empezar a interpretar: ¿han traído a la abuela? ¿Ha venido ella por su cuenta? ¿Los han traído a todos? ¿Órdenes? ¿Decretos? ¿De otros? ¿De la propia abuela? ¿La familia? ¿Qué ves tú ahí, Eszter?

–No lo sé, no me detuve demasiado en el camión. Pero visto lo visto, lo podés pensar, que han traído a la abuela, que a alguien le interesó traer a toda la familia.

–Así es: los demás llegaron a pie, pero traídos por alguien. Ahora la pregunta es: ¿quién maneja esa fuerza? La fuerza de poder expulsar a una familia de su casa, quiero decir. ¿La propia abuela? ¿Algún otro? ¿Qué te parece, Eszter?

–No creo que la abuela sola... Alguien habrá que...

–Me parece evidente: alguien hay detrás de la abuela, detrás de la familia, alguien, algo. ¿Qué crees, Eszter?

–No hay duda.

–La siguiente pregunta resulta sencilla entonces: ¿Quién? ¿Qué? ¿Podemos saber la respuesta? No creo que podamos, diría que es imposible. Pero, ¿es importante? ¿Es importante saber quién es, dar un nombre?

–No.

–Eso es, lo importante es que pasa. Que ha pasado y pasará. ¿Cuántas veces en la historia? Ese tipo de familias, enviadas a ocupar el sitio de otros, sus casas, sus trabajos, sustituyen lenguas, maneras. Todo planeado, pensado. Y no puede hacerse nada contra los enviados, nada demasiado evidente, porque son necesitados, indigentes, pobre gente, traen hambre, los utilizan, quién se atreve a hablar, los acusaríamos de falta de solidaridad, de egoísmo, de xenofobia. Quizá no lo debería decir, pero es lo que veo en el texto, en la abuela, en la familia exterior, avergonzados al principio, orgullosos después. Intuyo, además, que el orgullo de la familia irá en aumento conforme pasen los años, cuanto más tiempo vivan en la casa. Ha pasado decenas de veces, lo he visto, y estoy muriéndome, y quiero decirlo. Es posible que no fuera la intención de Iturria, pero yo lo he visto. Pensarás que es absurdo, ¿verdad, Eszter? El cuento, el final. No me lo parece; conociendo a Iturria, no lo creo. ¿No tienes nada que decir, Eszter?

–Me gustó.

–¿El cuento?

–Tu interpretación.

–También a mí. Ahora no olvides los demás textos, llévatelos a casa. Se publicaron en danés, hace dos años, son traducciones al castellano. Los demás están en euskera; le diré a Leire que te los traduzca. Me interesa comentarlos contigo. No te preocupes, te pagaré. Te pagaré bien. Calcula el precio, Eszter. No te rías... También debes traducir el otro relato de Budapest. No pierdas el tiempo, Eszter, estoy a punto de morir. *¿Acompañamos a Eszter, Erroman? Hay mucho chicharro a estas horas por la calle.*

PRIMER RELATO DANÉS

Lo estoy contando para vosotros, cerdos

Vuestra mierda de dinero, vuestra mierda de trabajo, vuestras bebidas de mierda... Todo para vosotros, no lo quiero, ¡coméroslo todo! No lo necesito. Mierda de boticario. Otro cerdo. ¿Qué crees? ¿Qué crees que eres? Una tripa. ¡Un escombro! Kilos de escombro. Y dinero. También tú. Todos. Todos cerdos, sin carne.

Vosotros no habéis visto los caballos, como mi hijo y yo. No los habéis visto. La misma noche. Cada cual en su sueño: mi hijo en el suyo y yo en el mío. Vosotros sois idiotas, y los idiotas no sueñan, o no cuentan los sueños. El boticario el más idiota.

Caballos. Los vi a montones una vez, de niño. Cientos, miles, no sé dónde, me llevó mi padre, lejos. No estoy seguro, no sé si fuimos a ver caballos, si esa fue la razón de ir tan lejos. Es posible que fuéramos a otra cosa, no lo sé. Pero los vimos. Ahora, cuando me paro a pensar, recuerdo que estuvimos muy cerca de ellos, pero es imposible que estuviéramos tan cerca como recuerdo. No sé dónde fue, pero recuerdo que también había otros animales, pero caballos sobre todo, y que no eran azules.

Tú me entenderás, mucho mejor que todos estos. No tienes hijos, pero es igual, vives allí, no muy lejos de nosotros, y entenderás lo que digo mejor que todos estos cerdos. Sabes lo que es un caballo, miles, un millón, cuesta abajo, a la carrera, la fuerza de las patas, de sus músculos. Podía ver el vapor, de sus cuerpos, como una niebla, un tren. Me sigues, ¿verdad? Vapor, vapor de sudor... Los caballos... Como humo de tren. Eso es, es lo que veíamos, el vapor, la carrera. Pero mi hijo decía que sus caballos eran azules. Está claro que eran otros caballos.

Vi los caballos de niño y los soñé después. Al principio soñaba todos los días con ellos, luego cada tanto, como ahora. ¿Soñáis vosotros? Qué vas a soñar tú, boticario, tú no eres capaz de hacer nada. ¿Qué haces tú? Vender boticas, y comer, y beber, y no sabéis ni sobre qué estoy hablando, porque sois bobos, idiotas, no sabéis ni de qué hablo.

Los caballos vienen hacia mí en el sueño, a galope, me muero de miedo, van a aplastarme, van a reventarme la cabeza, el cuerpo, se me corta la respiración. Pero cuando llegan a mí, no me pasan por encima, no me aplastan, los caballos, los pobres caballos, me atraviesan, pasan a través de mi cuerpo, o yo a través del suyo, como si fuéramos de humo, todos los caballos, miles, un millón. ¿No sabéis de qué hablo, verdad? Llegan los caballos, es imposible que no me aplasten, pero no lo

hacen. Parece que desaparecen al entrar en mi cuerpo. Se evaporan. ¡Boticario! ¡Boticario! ¿Lo entiendes? ¿Has entendido algo? Se evaporan, los caballos, miles. En mi vientre. Entierro caballos en mi vientre. También puedo enterrar cerdos. Cerdos como vosotros. ¡Boticario! ¿Has entendido algo? Qué vas a entender tú.

Y es precisamente lo que hay que entender, los caballos, también los vio mi hijo, el último día, en sueños. Pero no eran mis caballos. Eso sí lo entenderéis, incluso vosotros, es fácil. Vi los caballos de niño, mi hijo ni siquiera había nacido, no sabía cómo eran. Hay que tenerlo claro. ¿Lo tenéis claro, idiotas? Mi hijo soñó otros caballos, dijo que eran azules. Los míos no eran azules, ¿cómo iban a ser azules? Eran negros, pardos, grises... Los caballos de mi hijo eran azules y caían de arriba abajo, caían del cielo. Es lo que me contó el último día, su sueño: caballos azules, medio trotando por el aire, medio cayendo, del cielo hacia nosotros. Los míos siempre vienen por tierra, hacia mí, y me atraviesan, se evaporan en mi cuerpo; los de mi hijo no. Lo que quiero decir es que nuestros caballos son muy diferentes, pero que los dos soñamos la misma noche con ellos, la última que pasamos en casa.

Mi hijo me lo contó por el camino, el último día, lo hicimos todo a pie. Podíamos haber pedido dinero, para el tren, a algún vecino, a alguien en el pueblo, incluso a mi hermano, pero no lo hicimos; fuimos a pie, así lo quise yo, quería más tiempo para hablar. Por eso sé lo de los caballos, por el camino, por haberlo hecho a pie.

También los mapas; me lo contó el mismo día y yo lo entendí inmediatamente, no tuvo que explicármelo. Hasta entonces yo no había copiado ningún mapa, tú me entenderás, tú sí. Mi hijo pasaba horas, todas aquellas líneas, carpetas, fuera de la escuela también. Entendí lo que quería decir, creo, y pensé que si tuviera su edad, su tiempo, también yo copiaría mapas. Todo es tiempo, pero merece la pena. Allí siguen, los mapas de mi hijo, dos cajones enteros.

Mi hijo habló al principio sobre todo, durante los primeros kilómetros, después bastante menos. Me dijo que había dormido mal. Ya sabes qué era aquello, tú sí, días sin comer como es debido, semanas, difícil dormir así. El boticario no sabe lo que es, nunca ha tenido ese problema, no le entra en la cabeza, es de la tribu de los cerdos. ¿Dónde va, señor boticario? ¿Al escusado? Pensaba que no querías escuchar más, pero lo estoy contando para ti, también para vosotros, porque no tenéis ni idea, y lo tenéis que escuchar, para que no habléis sin saber, para que no hables sin saber, boticario.

Te digo que mi hijo estaba mal, débil, sin comer como es debido, sin dormir, se levantó de mala gana. Podía haberlo retrasado, el viaje, podía haber pedido dinero para ir en tren, pero hacía meses que estaba decidido, y tampoco el niño estaba tan mal, tenía los ojos un poco enrojecidos, llorosos, algo de fiebre, pero es un chico fuerte, delgado, muy delgado, pero fuerte.

Se portó como un valiente, habló mucho, al principio, de mapas, de caballos, pero se fue apagando. Siguió hablando, eso sí, aunque más suave, más débil, menos. Anduvo con la vista fijada en un punto, sin mover la cabeza. Dijo: «Los míos eran

azules». No me lo decía a mí, hablaba consigo mismo. Parecía que lo sabía, que lo sabía todo, a qué íbamos a la ciudad, que era el último día. No lo podía saber. Ni yo mismo lo sabía, tampoco mi mujer. No podía saberlo, mi hijo, no podía... Es posible que el boticario sí. Porque tú lo sabes todo, ¿verdad, boticario? Es posible que también supieras aquello, mejor que nosotros, desde tu botica. ¿Tomas drogas, boticario? No es normal si no, no podrías saberlo todo si no. Sabes qué sabemos nosotros y qué no, desde cuándo lo sabemos, cuándo empezamos a saberlo... Lo sabe todo el cerdo. También vosotros. Un poco menos que el boticario, pero casi todo. Todos habláis, sin tener ni idea. De oídas. Por eso lo cuento yo. Para vosotros, cerdos.

Por eso necesitamos más tiempo aquel día, el último, bastante más de lo normal, unas cuatro horas para llegar. Hablamos mucho, el niño se sentía mal a veces, débil, nos sentábamos en piedras, en troncos.

Vimos otras familias, más madres que padres, algunos caminaban incluso más despacio que nosotros. No éramos los únicos, boticario, no éramos los únicos. Era mucha gente, pero tú no los conoces; crees que conoces todo y no conoces casi nada. Conoces tu escombro, tu grasa, nada más. Nos conoces a nosotros, y crees que lo sabes todo, y hablas, y no entiendes nada. Y tengo que decírtelo yo, aquí, delante de todo el mundo: había muchas familias allí.

Hacía tiempo que sabíamos que había muchas familias, por eso lo hicimos nosotros también. Familias con tres hijos, cuatro, con más, había de todo. ¿Lo sabías, boticario? ¿Sabías que a una madre de cuatro hijas se le murieron tres antes de llegar? Ves cómo no lo sabes todo, cómo deberías callar más, en tu botica, con tus drogas. Vimos muchas familias; cuanto más nos acercábamos, más. Cuando digo «muchas» quiero decir siete, ocho. No te lo parecerá, pero es mucho, una familia es ya mucho, un niño...

Pero nos separamos, no queríamos ir con los demás, no queríamos entrar con ellos a la ciudad. Yo no quería. Mi hijo no decía nada, iba medio enfermo. Me pareció que iríamos mejor solos. Es posible que hiciera mal. Tendría que haberle preguntado al boticario también entonces, él lo sabe todo, no tiene familia, pero lo sabe todo. Yo... Yo no sabía muy bien qué hacer. Hicimos los últimos kilómetros solos, hasta las primeras calles.

Buscamos allí la estación, es lo que decían, había que buscar la estación, era el mejor sitio, los alrededores de la estación, o la propia estación. También insistían en que se tuviera cuidado con los trenes, se hablaba de accidentes. Allí es donde se apilaban las familias, en la estación, en los alrededores, la mayoría incluso entraban a los andenes. Conocéis la estación, lo enorme que es, cuánta gente puede entrar. Ahora también yo lo sé, incontable, boticario, todo exagerado.

Nosotros decidimos no entrar, pensamos que ganaríamos más quedándonos fuera. Es posible que volviera a hacerlo mal, ¿no, boticario? ¿Volví a hacerlo mal? ¿Deberíamos haber entrado a la estación? ¡No! ¡No! Lo hice bien. Lo hice bien... Salió mal, pero yo lo hice bien.

Conocéis aquello, sabéis lo que hay alrededor de la estación, tiendas, restaurantes, movimiento... Por eso nos quedamos fuera. La gente vestía bien, como nunca aquí, los niños, los zapatos, llenaban restaurantes, por eso no entramos a la estación.

«Un restaurante», es lo que pensé al principio, se ve dinero en los restaurantes. Pero no siempre, no en todos. Algunos no aguantan demasiados años además, los cierran, arruinan propietarios. Pensé mejor, o me pareció haber pensado mejor. «Una pastelería» decidí, había visto varias, todas antiguas. No se cierran pastelerías, son de toda la vida, para toda la vida. Es lo que pensé mirando a mi hijo; mal, es posible, pero esa era la idea.

Volvimos atrás, deshicimos el camino, nos alejamos de la estación. Había visto una buena pastelería unas calles antes, antigua, enorme el escaparate. Mi hijo no entendía por qué debíamos volver, estaba cansado, medio enfermo, no teníamos dinero para entrar en la pastelería.

Paramos delante del escaparate, miramos el interior, no solo los pasteles, el chocolate; le dije que se fijase en la dependienta. Una chica joven, hija de los propietarios seguramente, era lo que contaba para mi hijo entonces: aquella chica, de movimientos agradables, modesta, suave. Le dije que estuviera atento, que se fijara en todo lo que hacía, parecía buena mujer. Quería convencerlo, quería que estuviera cómodo delante de ella, que se acostumbrase a su cara, a sus gestos, a su peinado. Se podría haber hecho mejor, estoy seguro. Tú lo habrías hecho mejor, ¿verdad, boticario? Tú nunca le has hablado a un hijo, pero lo habrías hecho mejor seguro, le habrías hablado mejor a tu cochinillo; no existe, no lo tienes, por eso lo haces tan fácil.

Esa era la idea, pero ahora me doy cuenta de que mi hijo no lo entendió bien. Allí pensé que lo había entendido, a qué habíamos ido a la ciudad, a la pastelería. Ahora sé que no. Es posible que fuese mi culpa. También todo lo demás. Lo hice todo mal, pero lo sé ahora, no entonces. Se lo expliqué una y otra vez, tú sabes cómo soy. Le dije que entrase a la pastelería, que preguntase cualquier cosa a la chica, una calle, cualquiera, la estación, un camino, cualquier cosa. Después debía pedirle algo de comer. Me dijo que pediría algo para los dos, para él y para mí; le dije que no, que pidiese solo para él, yo no necesitaba nada.

Eso era, precisamente, lo que debía contarle a la dependienta, lo más importante: que estaba solo, que no tenía padres, que había llegado solo a la ciudad. Creí que lo entendió, no era fácil, me miró de una manera extraña. Le dije que si le daba algo de comer, lo comiese allí dentro, en la pastelería. Me dijo que sí, entró, nunca me llevaba la contraria, nunca llevaba la contraria a nadie, por eso pensé que lo había entendido.

Yo no sabía cómo hacerlo, cuándo hacerlo, sobre todo cuándo hacerlo. Lo hice entonces. Me doy cuenta ahora de que no sabía nada, de que estas cosas no se saben. Mi hijo empezó a hablar dentro de la pastelería, algo le dijo a la dependienta, lo vi claro. Di unos pasos hacia la derecha entonces, me escondí detrás de un saliente,

imposible verme desde dentro. Empecé a correr, sudé, muy desagradable. No paré hasta las últimas calles, el sudor enfrió inmediatamente. ¿Conocéis el frío después del sudor? ¿Lo conoces tú, boticario? Qué vas a conocer tú. Ahora me parece que no estoy tan borracho como antes, pero no recuerdo la vuelta, el camino. Me enfrié, eso sí, lo hice bastante más rápido, no comí nada.

Mi mujer lloró nada más verme, nada más entrar por la puerta. Es posible que hubiera estado llorando antes, pero volvió a empezar entonces, en una silla baja, recogida. También yo lloré, pero no me senté para hacerlo. ¿Habéis llorado alguna vez de pie, yendo de un sitio a otro? Enfermé, tuvieron que darme de comer.

Un mes y diez días, es lo que esperamos, no pudimos más, no pudimos, sobre todo mi mujer. Fuimos en tren esta vez, le pedí el dinero a mi hermano. No quería que también ella enfermase, necesitaba verlo todo: las calles, los restaurantes, la pastelería. ¿Traeríamos al chico de vuelta? No lo sabía. Mi mujer decía que sí, lo repetía. Yo no lo tenía tan claro, habría que ver dónde estaba, con quién. Es posible que estuviera mejor que nosotros. Mejor que nosotros seguro.

Me pareció que la pastelería estaba más cerca de la estación, mucho más cerca de lo que recordaba. Estuve atento a mi mujer, le hablaba. Parecía más tranquila, veía los restaurantes, la gente, ropa limpia, ropa cara... Me dio la impresión de que no podía enfermar allí. Tú estás más acostumbrado, te lo reconozco, boticario, estás acostumbrado a ver gente enferma, más que yo, sobre eso sí puedes hablar, sobre eso sí. Y sabes que no es agradable, cuando enferma alguien, alguien cercano, no es fácil. Yo no quería que mi mujer...

Le señalé la pastelería, Esa es, le dije, la pastelería, esa es. Me pareció que se tranquilizaba. Allí seguía la misma chica, ordenaba las estanterías. Vimos a una mujer de cierta edad con ella, sentada en una silla, su madre, una tía, dándole conversación. Entramos despacio, con educación, apurada mi mujer. Me dirigí a la dependienta: un niño, nueve años, hace poco más de un mes, solo, sin padres, pidió algo de comer...

No lo recordaba. Nada. Debía estar allí, con aquella familia, es lo que pensábamos, lo que habíamos tenido en mente durante todo el tiempo. Esa era la idea, para eso entró en aquella pastelería, pidió algo de comer, dejó claro que no tenía padres, esa era la intención. Debían haberlo acogido allí, un niño, nueve años, por favor, sin padres, por favor... ¿Qué son las personas ahora? Y la chica no recordaba nada, absolutamente nada, un niño, sin padres, aquella chica.

Empecé a golpearme las piernas, los muslos, grité, asusté a aquella gente. No lo recordaban, nuestro hijo, nada en absoluto. Fue mi mujer quien me sacó de allí, di un puñetazo a la pared, pero no rompí nada. Dicen que destrocé la pastelería; también eso es mentira.

¿Cuánto tiempo? No lo sé: mucho. Oscureció, no conocíamos las calles, la mayoría de veces no sabíamos dónde estábamos, pero había que buscar, es lo que debíamos hacer entonces, buscar. Pero lo vimos claro, lo comprendimos al final, era inútil, no había niño sin madre, sin familia, en el centro, en aquel centro, no merecía

la pena. Dormimos en la estación.

Seguimos buscando al día siguiente, varios días, semanas. Inútil. Volvimos a casa, enfermó mi mujer. No digáis que no buscamos, no sigáis diciéndolo. Vosotros, no sigáis diciéndolo; buscamos, claro que buscamos, por todos los lados, enfermó mi mujer. No sigáis diciéndolo, por favor.

Lo otro lo supe después, mucho después. También vosotros. Ahora parece que siempre se ha sabido, que siempre lo habéis sabido. Ahora os parece que todo el mundo lo sabía desde el principio. No es verdad. Entonces nadie lo sabía, tampoco tú, boticario. Nadie. Aquellos hombres, cómo recogían a los niños, a los niños sin padres, sin familia, sentados en las esquinas, cómo los llevaban a las estaciones. Hablan de cientos, como caballos, como cerdos, la estación, una cuadra.

El reparto no es tan claro, tampoco vosotros lo tenéis claro, no digáis que sí, no está claro, nunca lo ha estado. Dicen que los clasificaban en las estaciones, eso dicen, pero nadie lo sabe, nadie sabe cómo. Dicen que enviaban a los sanos a una granja, a unos hangares, a trabajar, puede que a fábricas. Eso los sanos, los duros, como nuestro hijo; los enviaban a fábricas, eso dicen, es lo que hemos escuchado todos, vosotros también. No sabemos si es cierto, tampoco vosotros.

¿Y los otros qué? También lo habréis oído, ¿verdad? No todos eran duros, algunos llegaban con el vientre hinchado, vientres enormes, alguno vi en el camino, muchos días sin comer, enfermos. No valdrían para trabajar, para las fábricas, enfermos, sin fuerza. Yo no me creo lo que dicen que hacían con ellos, no me lo creo, pero es lo que se oye, es lo que más repiten, pero no me lo puedo creer. ¿Qué sería el mundo entonces? ¿Cómo iban a dejarlos morir? ¿Cómo iban a meterlos así en trenes, hacerlos bajar en cualquier sitio? ¿En descampados? ¿Entre árboles? ¿Los dejaban allí sin agua, sin comida? No me lo creo, no lo puedo creer... ¿Os lo creéis vosotros? Yo no puedo.

No digáis que lo sabíais entonces, no lo sabíais, no lo sabíamos, lo sabemos ahora. Y tampoco estamos del todo seguros. Ahora empiezan a decir que tampoco hubo fábricas, granjas, que murieron todos, la mayoría, que los dejaron morir, no podían hacer otra cosa, no pudieron. ¿Cómo dar de comer a todos? ¿De dónde sacar tanta comida? No había, no podían. Tú siempre has tenido la mesa servida, boticario, no sabes qué es el hambre, pero no has parado de hablar. Me da igual. Ahora ya me da igual. Ahora ya no estoy tan renegado, no estoy tan borracho. Me da igual lo que digáis.

Ahora a veces copio mapas. Utilizo los de mi hijo. Alguna vez copio el original, pero normalmente aprovecho los de mi hijo. Hago copias de copias. Cada vez sueño menos con caballos. No suelen ser azules. Y a veces recuerdo que llevé a mi hijo medio enfermo, que le hice andar varias horas. Es lo que recuerdo ahora, desde que quedé solo, desde el entierro.

–¿Eso es lo que piensas, Eszter? ¿Estás segura?

–Segurísima.

–¿Tanto tiempo, Eszter? ¿Tantas vueltas a los caballos? Qué son, qué quieren decir... Se nota que has pasado mucho tiempo con ellos. ¿Por qué, Eszter, esa fijación con los caballos?

–Lo aprendí de vos.

–¿De mí?

–Vos leés así. Leí así los caballos para vos.

–Cierto. Es posible que lea así. Cierto. Pero yo veo los caballos de otra manera, creo interpretarlos de otra manera. De hecho, me resultan muy diferentes los caballos del hijo y los del padre, me parece que poco tienen que ver. Es el padre quien los une, caballos y sueños, pero diría que no tienen ni el más mínimo parecido. Me atrevo a decir más: es probable que padre e hijo ni siquiera los soñaran el mismo día, que sea otra vez el padre quien imagine los sueños el mismo día.

–¿Miente entonces?

–No diría tanto. Está borracho, lo cree, cree que los dos sueños aparecieron el mismo día, el último. Le suena bien, le encaja, pero no es verdad. Es lo que me parece ver; está borracho y enfadado. No lo sé...

–Pero los dos hablan de caballos.

–¿Y son realmente caballos? ¿También los del hijo? ¿Azules?

–Diría que sí.

–Conforme. Son caballos. Conforme hasta ahí. Pero es la única semejanza: los caballos. Por eso los une el padre. Por lo demás no tienen nada que ver. Es posible que el padre no quiera separarse de su hijo. Quiero decir que el padre lo ve lejos y no quiere que se aleje más. Necesita un vínculo, una cordada: los caballos.

–...

–Pero al padre se le «evaporan» los caballos, dentro del cuerpo, ni más ni menos. Dice que los «entierra en su vientre». Las palabras no se eligen al azar, no parece que Iturria elija nada al azar, y dice «enterrar». Caballos, hijo. Pero dentro de su cuerpo, en su vientre, no en cualquier sitio. ¿Ves la lógica, Eszter? Es simple, ¿lo ves?

–Sí. Creo que sí. Querés decir que lo que realmente se evapora es el hijo...

–Más incluso: lo evapora el padre. Y la madre. Y ahora lo tienen que soñar, atarlo en sueños, para que no siga evaporándose. De hecho, el padre no deja de contar sueños. ¿Cuentas sueños tú, Eszter?

–No siempre. Alguno que otro.

–Mucha gente los cuenta. Los idiotas no, es lo que dice Iturria. Los idiotas no cuentan sueños, pero tú sí, ahí se ve qué eres. Siempre se han contado los sueños. ¿O no? ¿O fue Freud el primero? ¿No se contaban antes? ¿No se interpretaban? ¿En el siglo XVII, en el XIII, en el siglo II de nuestra era? Incluso la Biblia contaría unos cuantos sueños, ¿no crees, Eszter? Más te voy a decir: ¿no es la Biblia un poco un sueño? ¿Un poco surrealista?

–Dicho así...

–Te he cansado, Eszter, hablo demasiado.

–No, está bien. Estoy bien. Seguí.

–Hay veces en que veo a Dalí en la Biblia. Incluso Maiakovski es un poco bíblico; no te lo parecerá, pero lo es. ¿No imaginas, por ejemplo, los bigotes del pintor en la cara de Pilatos? Dicen que Dalí se lavaba constantemente las manos, en euskera diríamos que tenía manos *blancas*, demasiado para un pintor. Me estoy perdiendo, perdona, Eszter, me estoy perdiendo, te aburro, perdona. ¿En qué estábamos?

–Caballos, sueños...

–Cierto: sueños, surrealismo. ¿Quién no ríe con los surrealismos? No con todos, son herméticos algunos. ¿Tú crees que necesita hermetismo, el surrealismo? No me parece. Es igual. Perdona, Eszter. Me he vuelto a desviar. Pero ¿qué más hay? ¿Qué más muestra este cuento?

–Mapas.

–Cierto: mapas. Los hace el hijo, los copia. ¿Qué son los mapas, Eszter? ¿Qué ves ahí?

–No lo sé. ¿Un camino quizá? ¿Un viaje? ¿El último camino, a la ciudad? Allá se pierde el hijo.

–¿Se pierde?

–¿Lo abandonan? El padre lo deja allá, no sé si lo abandona. No me parece. Piensa que lo van a recoger, lo cree. Cree que las personas siguen siendo personas y que alguien lo va a recoger; sin padres, perdido como está. Pero ahora, cuando lo cuenta, llama «cerdos» a las personas, al boticario y a los demás. Me parece que el padre piensa que los cerdos mataron a su hijo, se lo comieron.

–Bien, bien, Eszter. Puede ser. Entonces el hombre no es un lobo ya, Hobbes; es un cerdo. Pero, ¿muere el hijo? Lo acabas de decir...

–Sí.

–¿Sin duda?

–Sin duda.

–...

–...

–Yo lo veo de otra forma: para mí no son nada.

–¿Quiénes? ¿Las personas?

–No: los mapas.

–Cómo no van a ser...

–Quiero decir que no tienen un significado aquí. Me parece que el padre fanfarronea, nada más. Su hijo dibujaba mapas, era bueno en eso, buen alumno. Los cerdos no han matado a cualquiera, a un niño vulgar: han matado a un futuro ingeniero, arquitecto, médico, a alguien que sacaría adelante a toda una familia, incluso a una comunidad. Fanfarronería, Eszter, nada más.

–No es mala interpretación.

–Y los gustos: a Iturria le volvían loco los mapas. Lo recuerdo bien, esa afición de Iturria. Somos hedonistas, Eszter, no hay más. Cerdos y hedonistas.

–Pero es lo único que le queda al padre.

–¿Cuál? ¿El hedonismo?

–No, por favor: los mapas.

–Eso es, Eszter, los mapas no pueden evaporarse. Las personas sí, también los cerdos. ¿Somos cerdos, Eszter, tú y yo? ¿Hedonistas? ¿Eres hedonista, Eszter? Es igual. No respondas, es mi obsesión. Vuelvo a perderme. Me pierdo continuamente en los cuentos, en los textos, creo que merece la pena. Pero no quiero aburrirte más. ¿Has leído el segundo de Copenhague? El segundo cuento quiero decir, el que te pasamos con este. ¿Lo has leído?

–Querría leerlo otra vez. Otra más, otras dos. Esta noche quizá.

–Tranquila, no hay prisa. Habrá tiempo para comentarlo. Están traduciendo los otros para ti, el austriaco, los dos suizos. Leire está en ello. Serán traducciones de traducciones, pero sabrás leerlos, tú sí. Mañana comentaremos el otro. ¿Vendrás mañana, Eszter?

–¿Vos creés que en casa como tan bien como acá?

–¿A las dos? ¿Y cuarto?

–También antes.

–¿Para cuándo tendrás traducido el otro, Eszter, el segundo de Budapest? ¿Va bien? ¿Para cuándo? ¿Lo sabes, puedes calcularlo?

–¿La próxima semana? ¿Miércoles?

–Bien. Bien, Eszter. Aquí estaré, esperándote, exprimiendo mi hedonismo.

–...

–Suficiente por ahora. ¿Cuántas horas hemos pasado con este cuento? Caballos, niños, trenes, enfermedades... ¿Dos? ¿Dos y media? Te he secuestrado, Eszter, una tortura. Debo dejarte marchar ahora, también tú tendrás tus hedonismos particulares...

–Incluso algo de trabajo.

–Pero una última cosa, Eszter, una pequeñez...

–Decime...

SEGUNDO RELATO DANÉS

COPENHAGUE

Tortuga y jabalí

Gatos y perros en cada esquina; más gatos según los documentos oficiales, un quince por ciento. Ratones y ratas siempre con menos luz. Más inusuales los zorros, entre coches generalmente, las costillas pegadas a las ruedas. Dicen que algún testigo dijo ver lobos, pero es poco probable, nunca han llegado tan cerca de las calles. Jabalíes sí, casi a diario, destrozaron incluso algún banco, cristales, tan difíciles de contener.

Se llegó a decir que eran la principal causa de la prohibición, los jabalíes. Insistían en su peligro, podían llegar a matar. Axle no acababa de creérselo: los jabalíes comenzaron a llegar dos o tres semanas después de la prohibición, al mismo tiempo que los zorros. Estaba convencido de que el jabalí era consecuencia de la prohibición, no al contrario.

Axle, por su parte, olvidaba los matices, igual que la mayoría de la gente. Los datos lo confundían después de tanto tiempo sin salir de casa, sin hablar con nadie, sin vivir. Trataba de razonar de manera natural, solo, encerrado: los animales han llegado después de la prohibición, no antes, habría sido imposible. Estaba convencido de que no existía otra realidad, hasta que le asaltaba la duda, por la noche principalmente, en el momento en que las ratas correteaban por el botagua de la ventana, al ver ranas encima de los pretiles. A partir de ahí no estaba seguro de nada, imposible ordenar sus ideas, cuando despertaba demasiado temprano por ejemplo, y observaba cómo trepaban los lagartos por las tuberías. Era posible que fuera verdad, los jabalíes podían ser la verdadera causa de la prohibición, los lobos; estaría equivocado, él, el ingeniero Axle, el alto funcionario, tendría la mente nublada, después de tanto tiempo. No podía pensar con tanta claridad, a pesar de no hacer otra cosa; se le desequilibraba la razón, tan clara antes, tan lúcida.

Incluso los pájaros parecían bastante más abundantes, desde sus ventanas, pero no sabría concretar a partir de cuándo se habían multiplicado. Lo cierto era que los coches acababan llenándose de excrementos, podía apreciarse cada día, y algunos dueños –de esto estaba seguro– los veían desde sus casas, cómo se echaban a perder, cómo se les rompían los cristales, imposible hacer nada. Se les revolvían las entrañas, eran testigos de la degeneración de los vehículos, sin poder aprovecharlos,

sin ni siquiera moverlos de su sitio. Suponía que algunos se habrían arrepentido de no haber aparcado lejos de sus casas, fuera de su vista al menos, al inicio de la prohibición.

La víspera todo el mundo sabía que la prohibición comenzaría al día siguiente y pudieron hacerse algunos preparativos, no demasiados. Podrían haber dejado los coches más apartados, por ejemplo, pero la gente supuso que sería conveniente verlos desde casa. De hecho, las prohibiciones nunca se habían prolongado tanto. Las anteriores habían durado tan solo varias semanas, poco más de un mes quizá en alguna ocasión. La gente no recordaba todas las prohibiciones, eran ya demasiadas; se confundían las ideas, sobre todo al enredarse con la información de las noticias, radio, televisión, pero se creía que la peor prohibición hasta entonces había durado un mes y diez días. Nada que ver con la actual, a punto de cumplir el quinto mes cuando Axle pudo ver el primer milano.

En el mismo momento en que uno de tantos jabalíes atravesó trotando la academia de inglés, Axle acercó una de las banquetas de la cocina a la ventana de la sala, como otras muchas veces. Desde su casa podían verse edificios comerciales, una rotonda, aparcamientos, la acera y tres bancos encima de ella. Espacios públicos todos, abandonados ahora. A su izquierda, sin embargo, acababan de construir y habitar un edificio de viviendas, tres plantas. Desde las ventanas de Axle, únicamente veía la esquina del edificio, el extremo de una de las fachadas. Para alcanzar a ver una de sus ventanas, alguna de sus estancias, debía subirse a una banqueta junto al ventanal del balcón, en la sala. Subido allí, con el cuello estirado, podía llegar a contemplar una parte de una de las salas. Por eso la molestia, la banqueta, el ventanal, necesitaba ver a alguien, aburrido ya de los jabalíes, las ratas, más aburrido aún de perros y gatos. Las ranas eran más exóticas al principio, más atractivas; durante los últimos meses alfombraban la acera, hacía tiempo que no le daban alegrías. Colocaba la banqueta contra el ventanal entonces, estiraba los músculos y lograba ver una sala, una parte de ella.

Veía a los padres, con alguna hija quizá, preparando la mesa, sentados en el sofá. En ocasiones solamente alcanzaba a ver al hijo; Axle concluía que veía la televisión, es difícil que un joven de esa edad mantenga la mirada fija durante tanto tiempo si no, con el cuerpo en la misma posición. Era la manera de razonar de Axle, encima de una banqueta, mirando la vida de otros. Pasaba así unos cuarenta o cincuenta minutos; cierta vez llegó a permanecer dos horas sin bajar un solo minuto.

Solía subir allí después de cenar, prácticamente a diario. Apagaba todas las luces de casa, por supuesto, observaba la otra casa en ropa de dormir, padre e hijos. La madre menos, casi nunca. Era la hora que más gente reunía en la sala, cuando más hablaban. Axle miraba sus labios, sus movimientos. Necesitaba pensar que entendía algunas palabras, como si hablasen con él, como si hiciesen ese esfuerzo para transmitirle ideas, esfuerzo muscular, esfuerzo neuronal, sin más motivo que hacerle llegar esas palabras a él. Era su ilusión, subido a la banqueta; solo entonces sentía cierto alivio, siete meses después del inicio de la prohibición.

Únicamente bajaba de la banqueta cuando se acentuaba el picor, sobre todo al sentirlo en la espalda, entre los omoplatos. Al principio había tratado de aliviarlo subido allí, pero estuvo a punto de caer en varias ocasiones. Decidía entonces que podía ser fatal, darse un mal golpe en la cabeza, romper el cristal de la ventana, cortarse, perder el conocimiento, desangrarse... Nadie le ayudaría, nadie podría ayudarle, ni siquiera se enterarían del accidente, de la sangre, de la muerte. Decidió que era una manera ridícula de morir.

Bajaba por tanto a la alfombra, era un picor intenso, no quedaba otro remedio, no podía dejarlo pasar. Al cabo se dio cuenta, además, de que aumentaba encima de la banqueta, mientras miraba hacia la otra sala; cada vez debía bajar con mayor frecuencia.

Al principio fueron unas pequeñas llagas que calmaba con un poco de agua, en el pecho, en la espalda, en los muslos. Fueron amoratándose después, mientras crecía la intensidad del picor. Partiendo del pecho, fueron propagándose por los brazos y las muñecas. Axle entendió que no oreaba el cuerpo como era debido, que le faltaba sol, que no eran suficientes los rayos que recibía a través de las ventanas. Consecuencias del encierro, suponía, después de tantos meses. Con todo, esas inofensivas erupciones le parecían un mal menor comparadas con los verdaderos desastres médicos que imaginaba en otras casas.

En la cama, en el sillón, viendo la televisión, el picor dejaba que descansase, entreveía algo de sosiego, pero volvía a aumentar mientras miraba por el ventanal. Tuvo dos crisis durante el sexto mes: no le quedó más remedio que tenderse en la cama, recogerse, mesarse con fuerza el cabello de las sienes; imposible suavizar el picor, sentía los muslos en llamas, las ingles y el cuello sobre todo. Hacia el octavo mes, la piel de Axle se volvió totalmente seca en torno a los cardenales y empezaron a surgir las primeras grietas. Por lo demás, notaba cierto ahogo cada vez que subía y bajaba de la banqueta, algo que comenzó a sentir exactamente el día antes de cumplir treinta y nueve años.

La hermana de Axle pasó todo el día en la calle a partir del instante en que levantaron la prohibición, a mediados del noveno mes, imitando a la mayoría de sus vecinos. Llenaron restaurantes, bajaron a la playa, al monte, poco antes de mediodía no había ya ranas en las calles, gatos, jabalíes... La hermana de Axle vio un zorro reventado en la carretera, parte de sus tripas; no parecía atropellado. Muchos enfermaron ese primer día, no soportaron el cambio de temperatura. Durante los siguientes días disminuyó notablemente esa necesidad de salir, pero seguía viéndose gente. La hermana de Axle entró poco en casa, hasta que, al quinto día, reanudó el trabajo de oficina.

Una vez acomodada al ajetreo diario, comenzó a enviarle mensajes a su hermano, le llamó por teléfono. De hecho, la prohibición comunicativa se levantó pocas horas después. Esperó varios días, su hermano no contestaba, decidió ir a su

casa. Llamó repetidamente, Axle, Axle, llegó incluso a gritar su nombre cerca de la puerta. Su hermano era metódico, cenaba a las nueve, siempre en casa, y su hermana se percató de que eran cerca de las nueve y veinte cuando dejó de llamar. Abandonó la casa preocupada, volvió al día siguiente, tres, cuatro veces, a horas diferentes, ninguna respuesta.

Hacía tiempo que tenía llave de casa de su hermano, cómo no, pero sentía cierto reparo, no quería entrar sola. Pidió a su marido que le acompañase, entraron en la casa por la noche, algo después de las nueve. Fueron directamente del hall a la cocina, allí cenaba Axle, sin variación alguna. Vieron la luz apagada, la cocina vacía.

–¡Axle!

Gritó su hermana por tercera vez. No quería sorprender a su hermano en algún sitio poco decoroso, el baño, la ducha. Antes de entrar al dormitorio, volvieron a decir su nombre, pero también lo encontraron vacío, en penumbra. Encendieron todas las luces en la sala, las tres, a pesar de que sabían de antemano que no iban a encontrar a nadie. La hermana de Axle se acercó entonces a uno de los sillones: se sorprendió, no entendía... Presionó con el dedo índice uno de los brazos del sillón, y su marido pudo ver entonces el polvo que cubría prácticamente todo el asiento, la zona central baja y ambos brazos, uno más que otro.

La hermana conocía mejor que nadie las obsesiones de Axle, habían convivido veintisiete años: su hermano era ante todo limpio, ordenado hasta el absurdo. La casa lo demostraba, estaba perfecta, ninguna mancha, grieta, nada de polvo, aparte del sillón. Además de sorpresa por la suciedad acumulada allí, la hermana quedó admirada al ver cómo se imprimía perfectamente su huella dactilar en aquel polvo grisáceo, cada línea.

El matrimonio volvió a entrar en la casa a horas diferentes durante los siguientes días. El sábado, por ejemplo, lo dedicaron íntegramente a ello. Siempre encontraban la casa igual: cocina, cama y polvo en el sillón. Concluyeron, por tanto, que Axle no había aparecido por allí; no sería capaz de no limpiar, precisamente aquel sillón. Incluso comprobaron que su huella continuaba en el polvo. Decidieron que si Axle no aparecía antes del lunes, llamarían a los servicios. Llamaron el martes por la mañana.

Los servicios se presentaron en casa de Axle esa misma tarde. Eran dos hombres, tranquilos, de trato adecuado, muy bruscos en las miradas. Uno de ellos traía una maleta en la mano, el otro parecía manejar una especie de aparato electrónico. Preguntaron por la habitación del dueño, se dirigieron allí directamente. La hermana los seguía a todas partes, un poco fuera de lugar, no sabía muy bien qué hacer, los miraba actuar desde la puerta. Deshicieron la cama sin miramientos, desordenaron, golpearon el colchón, revisaron hasta el último recoveco, movieron la estructura. No hicieron después ni el más mínimo intento de devolver la cama a su estado original.

Se separaron al salir de la habitación: el portador de la maleta entró al baño y su compañero se dirigió a la sala. La hermana observó desde la puerta del servicio y

pudo comprobar cómo se agachaba el operario al lado de la bañera, cómo acercaba los ojos prácticamente hasta el desagüe, cómo pasaba los dedos por toda la superficie.

–Aquí.

Escucharon entonces desde la sala. No era un grito, no era apremiante, si hubiera habido un poco de ruido en la casa, ni siquiera lo habrían oído. El hombre del baño agarró la maleta y pasó con grandes zancadas a la sala. Vieron al otro agachado junto al sillón lleno de polvo: daba la impresión de que había tomado ya todas las medidas.

Abrieron la maleta entonces, extrajeron una especie de tubo y aspiraron el polvo. Lo hicieron muy atentamente, de manera minuciosa, hasta la ranura más insignificante. La hermana de Axle sintió una punzada al ver cómo desaparecía su huella junto con el polvo, en centésimas.

Acabaron el trabajo, guardaron el polvo en una caja hermética, la sellaron y cerraron la maleta. Pasaron después por las demás habitaciones: la cocina, el otro cuarto y el baño pequeño. Los revisaron sistemáticamente, pero sin demasiado fundamento, no como al principio. Puro trámite, pensó la hermana de Axle.

Pasó veinte minutos más en la casa después de que los servicios se hubieran marchado, sola, a oscuras. Se sentó en una de las banquetas de la cocina y recordó a su hermano. Recordó a un Axle de ocho años, saliendo de la escuela y corriendo hacia ella: tropezó y cayó en la acera. Recordó cómo se levantó llorando y sangrando por la boca, cómo le manchó la blusa y la falda, sangre y saliva, cómo nunca pudo sacar aquellas manchas. Recuerdo doloroso para ella, y agradable. Era doce años mayor que su hermano.

Volvió a hacer la cama y perfumó la zona del sillón. Llegó a casa a las nueve de la noche.

A falta de treinta y nueve días para que levantasen la prohibición, el picor se hizo insoportable para Axle. Las grietas de su piel resultaban cada día más evidentes, más profundas, se habían extendido a todo el cuerpo. Desprendían escamas de piel a cada momento, pero lo más angustioso era, sin duda, la dificultad respiratoria. Necesitaba mucho más tiempo para hacer la cama y la limpieza, tres veces más quizá. Se tomaba descansos cada vez más largos, pero aun así nunca dejó nada sin hacer.

De la misma manera que el picor, también la falta de aire era más patente subido a la banqueta, mientras miraba la casa de los vecinos. Sufría al subir y no lograba aminorar las pulsaciones durante todo el tiempo que permanecía arriba. En la casa de enfrente discutían ahora una y otra vez, su angustia aumentaba. Axle recordaba a su hermana entonces, sus pocas discusiones, prácticamente ninguna.

A veintidós días del levantamiento de la prohibición, Axle pasaba la mayor parte del día en el sillón, leía un libro tras otro. Nunca dejaba las lecturas cerca de donde

leía, las devolvía todos los días a las estanterías, hasta ahí llegaba su obsesión. Solamente se levantaba del sillón al baño y a las tres comidas diarias, a similares horas siempre. Se acostaba tarde, dormía sentado a veces. Necesitaba al principio cincuenta minutos para adecentar la cocina, más de tres horas durante las últimas jornadas. Se quedaba dormido en la taza del baño; intentaba ensuciar lo menos posible para no sentir la necesidad de limpiar.

Ocho días antes de que levantaran la prohibición, entendió que no podía soportar la ropa, que la tela le desgarraba la piel, que el mínimo roce lo dejaba horas dolorido. Cerró a duras penas persianas y cortinas, necesitaba andar desnudo. Comprobó que no dejaban de desprendérsele partículas de piel, que ensuciaba sistemáticamente el sillón. Lo limpió con un cepillo, hasta cuando pudo, se le agotaban las fuerzas, empezaron los problemas incluso para moverse, a falta de cuatro días para el final de la prohibición.

Recordó a su hermana entonces, cómo vio que lloraba cierto día, cómo se le acercó a preguntarle si necesitaba algo. Recordó que ella le dio una bofetada, que lo abrazó acto seguido, apartándolo de un empujón después. Recordó cómo el niño Axle no comprendía absolutamente nada... Un recuerdo doloroso para él, y agradable. También recordaba una de las faldas de su hermana, una mancha marrón. Ella decía que era sangre de su boca; él no lo recordaba. No tiró la falda, la familia de Axle nunca tiraba nada, hasta que por fin consiguió llegar al alto funcionariado, hasta el empleo de su hermana en la empresa de ingeniería.

Axle siguió recordando y recordó a sus padres, dos días antes de que acabara la prohibición. Los recordó enfermos, sudorosa su madre, aquel olor... Recordó de manera más detallada a su padre: saliva roja y amarillenta en la boca, ojos acartonados. En ese momento, sin embargo, Axle ya no discernía si se trataba de verdaderos recuerdos. De hecho, creía recordar un camello al pie de la cama de su padre, mientras moría, también una ruleta de casino y unos bailarines, sucios y descalzos.

Poco después se vio a sí mismo unos años antes, en el momento en que parió una tortuga. Recordó cómo el caparazón de la tortuga le producía un dolor insoportable en el vientre, pero sobre todo en la piel, y cómo, nada más nacer, la cabeza de la tortuga se asemejaba a la de un hombre anciano, o a la de un jabalí.

Soro nunca se disfraza, lo dice como si fuera un triunfo, pero hace varios días salió de la habitación con cuatro bufandas, y si eso no es disfrazarse, que venga Dios y lo vea. Volvió al hotel con el pelo pegado al cráneo, totalmente sudado; de hecho, una de las bufandas era peludísima, «obesa» dijo él mismo.

Últimamente acostumbro a interrogarle sobre Pedro Iturria. Soro se avergüenza un poco, y es que no recuerda demasiadas cosas, nada fuera de lo habitual: dice que era inteligente, muy inteligente, mejor que nadie en la universidad, destaca lo buen deportista que llegó a ser, su envergadura. Cuenta que solía dejarse barba, y parece que le crecía de una manera peculiar, curvada hacia uno de los lados. En ocasiones reconoce que no recuerda su aspecto al detalle, que inventa, que le confunden las fotografías. Ahora mismo creo que solamente conserva una en la que aparece Iturria, posando en una casa inglesa en compañía de otros amigos, vestidos de traje. Iturria y Soro no posan juntos, otros compañeros se intercalan entre ellos. Soro está empeñado en enseñarle la fotografía a Eszter, pero la dejó en casa cuando salimos de viaje y ahora ha escrito a Leire para que le envíe una copia.

Cuando le pregunto por Iturria, ya lo he dicho, se avergüenza, porque recuerda muy poco de él, cosas que cualquiera podría recordar. Parece darse cuenta, además, de no saber por qué estamos buscándolo. Después de tantos aviones y hoteles, siento que ambos estamos cansados, que no tenemos ya edad. Por lo demás, me da la impresión de que eso es lo que resume todo: la edad. Así lo entiendo yo, y es que me ronda la sensación de que no buscamos a Iturria, no parece que ese sea el propósito último de Soro, sino buscar otra edad, la edad de Inglaterra, la del estudiante, la del remero... Todos lo hemos hecho alguna vez, todos hemos buscado esa edad, pero Soro está obsesionado. Y le ha puesto nombre: Iturria. No soy capaz de entenderlo de otra manera.

Eszter vuelve hoy por la tarde, creo, pero desconozco la hora exacta. Soro está en el baño y no se lo puedo preguntar. Él recordará perfectamente la hora, está muy atento a Eszter, se inquieta cuando siente aproximarse la cita. Se ha duchado dos veces hoy, dice que necesita quitarse el «olor a barba». Lo ha dicho así, tal cual, no sé exactamente qué quiere decir.

Ella acaba de terminar de traducir el segundo cuento húngaro, publicado hace menos de un año aquí mismo, en Budapest. Se supone que lo traerá hoy, y es posible que sea lo que pone nervioso a Soro. Supongo que también estará dándole vueltas a lo que tiene que proponerle a Eszter. Ayer y hoy, extrañamente, ha hablado poco conmigo y me es difícil adivinar por qué está tan alterado.

Leire Barturen, por su parte, ha traducido al castellano otros relatos de Iturria para que pueda leerlos Eszter (los suizos y el austriaco). Imagino que se los ofreceremos hoy mismo.

Diría que Eszter se encuentra cómoda con nosotros. Lee atentamente los cuentos de Iturria y los comenta a gusto con Soro. Es la impresión que nos da, pero nunca se sabe; cuando hay dinero por medio, nunca se sabe. Por lo demás es una persona natural, no parece tener pelos en la lengua y habitualmente habla con desparpajo, con cierta brutalidad verbal incluso. No me parece tan falsa como para fingir comodidad.

Ahora volamos a Polonia. Ahora no, pasado mañana.

–Bendita tú, Eszter, entre todas las traductoras, y bendito el fruto de tu mente. Por fin. Después de tanto retraso. ¿Cómo es? El cuento quiero decir... ¿Bueno? No lo digas. No lo digas todavía. Quiero leerlo sin saber nada. ¿Y el estilo? ¿Coloquial? ¿Culto? ¿Te has dado cuenta de que los cuentos daneses son prácticamente opuestos? El segundo es más correcto, estilo prácticamente de libro de texto, de ensayo. ¿No te lo ha parecido? Qué diferencia con el primero, con aquellos caballos, aquellos borrachos... Qué diferencia. Parece que los hayan escrito personas diferentes. ¿No te parece, Eszter?

–Sí. No sé si tanto tampoco, pero sí.

–¿Cómo es este, Eszter, este de Budapest? ¿Es bueno? No lo digas. Aprecio mucho todo lo que dices, por eso no lo tienes que decir.

–...

–Toma. Han traducido estos tres para que puedas leerlos. Dos suizos y un austriaco. También esto se ha retrasado, pero aquí están. Lo de Austria no es tan habitual. Quiero decir que Iturria acostumbra a publicar dos en cada país y allí solamente publicó uno. Puede ser que sea más complicado publicar en aquellas editoriales, o que no le gustase el trato. O quién nos dice que el segundo no esté publicado en una revista minúscula, en alguna que no haya dado el salto a internet, o que no hayamos podido encontrarlo, sin más, que no hayamos sido capaces. Es igual, llévatelos a casa, los tres, son tuyos, los han traducido para ti, no tienen otra razón de ser. Los comentaremos otro día, como este de Budapest. Hoy toca el segundo danés. Cuántas cosas hemos retrasado, ¿verdad? ¿Qué ha sido, Eszter, gripe?

–Faringitis.

–Estás más pálida. Muy pálida. ¿Estás segura de que no has muerto? ¿Has muerto, verdad, Eszter?

–Por supuesto... Resucité para venir.

–Te agradezco el detalle. ¿Y esa tos? Sigues muerta, es tos de muerta. ¿Agua, Eszter?

–No, gracias. Estoy bien.

–Yo suelo olvidar que estoy a punto de morir. ¿Tú, Eszter? Es lo mismo. Tenemos prisa, hay que comentar el texto de hoy. ¿Qué es este cuento? Ese hombre, Axle, encerrado en casa, la prohibición de salir, los animales por la calle: zorros, ranas, jabalíes pasando al lado de academias de inglés. Nunca relacionaría un jabalí con una academia de inglés, nunca los escribiría en la misma frase, pero ese es el genio de Iturria. Los zorros se frotan contra las ruedas de los coches, los lagartos trepan por las cañerías, las ranas... Cuántas veces he llegado a leer esos pasajes, qué nítidamente he visto todos esos animales, las calles vacías, sin humo, frías, los cristales rotos. ¿Has visto cristales rotos en el cuento, Eszter?

–Cómo no.

–¿Y los has relacionado con Alemania, con judíos?

–Hasta ahora no.

–Yo un poco. Tampoco mucho. Antes creía que era absurdo ver demasiado en un texto; ahora me parece que es necesario ver incluso más, más de lo que hay. Por eso veo judíos en este. Sé que no están, pero yo los veo. Las calles de Varsovia, de Lodz, alguna en Vilnius. Es igual. No es importante. ¿Has estado en Varsovia, Eszter?

–No.

–Tampoco yo. Aquellos judíos, aquellos polacos... Pero, ¿qué es un polaco? ¿Y un coreano? ¿Eres tú húngara? ¿Debería decir magiar? ¿Argentina? Es igual. Nos estamos despistando, vamos a perdernos. ¿Qué más ves en el cuento? Cosas de peso quiero decir...

–La prohibición.

–La prohibición. Eso es. ¿Un cuento político entonces?

–Podría ser.

–¿Social?

–También.

–¿Solamente se trata de no salir a la calle? ¿Nada más? ¿No hay más?

–También la comunicación. No pueden hablar entre ellos, ni mensajes ni llamadas.

–¿Nada más?

–No creo. No lo recuerdo.

–¿Y el picor? ¿La respiración? ¿Cuándo empieza a fallarle todo? Ya te lo digo yo: encima de la banqueta, mientras mira a sus vecinos. ¿Qué quiere decirnos? ¿Son naturales? Ese picor, ese ahogo, asfixia, ¿con treinta y ocho años? ¿Dónde están los médicos? ¿Quién lleva la comida a Axle? ¿Qué le lleva? ¿Has pensado en todo eso, Eszter? Parece que no. Es posible que esté volviendo a ver más de lo que hay en el texto, pero también existe el peligro de ver demasiado poco, de quedarse en la pirotecnia. No te quedes en la pirotecnia, Eszter. Por lo demás es un relato simple, simplísimo. ¿Es simple este relato, Eszter?

–Sí. Diría que sí. Frío incluso.

–¿Y por qué lo hace? ¿Para qué? ¿Porque es una persona simple? ¿Te parece

Pedro Iturria una persona simple?

–Jamás lo diría. Lo leí poco, pero no lo diría jamás. Más me parece todo lo contrario.

–¿Por qué escribe cuentos simples entonces? ¿O no son tan simples? Pedro Iturria nunca ha sido una persona simple; no lo era con veintitantos años, no lo va a ser ahora. ¿Por qué escribe así entonces, tan simple, con tan poca pirotecnia?

–Podría ser que...

–Ya te lo digo yo: porque no necesita demostrar nada. No necesita hacer exhibiciones, alardes. Sabe muy bien lo que hay en los relatos, qué carga, no necesita añadirles nada, no necesita pirotecnia, en el estilo, el tono, no disfraza los cuentos. Pedro Iturria es ingeniero y tiene la cabeza a punto de estallar.

–No entendí eso último...

–Tampoco yo. Es igual. Seguimos, debemos seguir con el texto. ¿Qué es esa manera de morir, Eszter, el final del cuento? ¿Estamos de acuerdo en eso, verdad, Eszter? Axle muere, debemos estar de acuerdo en eso. ¿O mejor decimos que se «deshace»? ¿O que se «incinera»? ¿O que «lo incineran»? La cosa es que pasa de vivir a no vivir. Y cómo... Una manera hermosa, ¿verdad, Eszter? Hermosa para ser leída quiero decir; a mí no me gustaría morir así. Pero es una hermosa muerte narrativa, como la de Miloš Harma. ¿Sabes quién fue Miloš Harma, Eszter?

–No.

–Normal. Otro aspecto del cuento, importante, posiblemente uno de los más importantes: ¿te has dado cuenta de que Axle recuerda a su familia en el momento de su muerte, cuando está a punto de deshacerse? Los padres, la hermana...

–Obvio.

–Los moribundos ven pasar su vida ante los ojos, es lo que se dice, lo dice la «sabiduría popular». Es hermoso. Poético. Incluso lógico, por qué no. El ciclo, se completa. ¿Lo crees así, Eszter?

–Por qué no.

–Pues yo no. ¿Todas las personas piensan lo mismo en similares situaciones? ¿Al morir, al nacer, al enfermar, durante el sexo, en sueños? Algunos sueños se repiten, cierto, pero no siempre, no todas las personas. ¿Por qué tenemos que morir de la misma manera entonces? ¿Por qué tenemos que pensar las mismas cosas al morir? ¿También le pasa a alguien que muera enfermo de Alzheimer? ¿Recuerda igual? No lo creo. Es hermoso, pero no me lo creo. Yo podría ver un remo cuando esté a punto de morir, o una litografía de Carlos Séptimo. ¿Sabes qué son los fueros, Eszter?

–...

–Es igual. Me da la impresión de que Iturria se burla de todo eso: un moribundo, la vida ante sus ojos... ¿No ves algo de parodia ahí?

–Puede ser.

–Axle recuerda a su hermana, pero llorando, enfadada, dolida; se puede decir que recuerda a su hermana fuera de sus casillas. Ella lo aparta de sí con un empujón cuando Axle le ofrece ayuda, él no lo entiende, ni siquiera ahora que está muriendo.

¿Es este el resumen de su vida? ¿El momento más importante que ha vivido con su hermana?

–Podría ser. También yo recuerdo cosas así.

–También recuerda la falda, la falda de su hermana. ¿Qué es? ¿Un símbolo? No es la primera vez, es el segundo texto en el que Iturria menciona una falda manchada de sangre. Te lo traduciremos, Eszter. ¿Estás aburriéndote? ¿Crees algo de lo que digo?

–Hasta ahora sí.

–Vuelvo a querer decir que Iturria busca la parodia ahí. Al recordar a su padre, Axle ve un camello a los pies de la cama, una ruleta y bailarines. ¿Qué significa, Eszter? ¿No está más cerca de lo onírico? Un delirio quizá. Las neuronas de Axle fallan, se deshacen, resbalan. Eso sí, eso se me hace más fácil de creer de alguien a punto de morir. ¿A ti, Eszter?

–Parece lógico.

–¿Y la tortuga? Axle trae una tortuga al mundo. ¿Eso, Eszter?

–¿Otro sueño? ¿Una pesadilla?

–No lo sé. Parece hablar del dolor. ¿No te ha pasado? ¿No te pasa que al sentir algún tipo de dolor, intenso, no puedes pensar en otra cosa que no sea ese dolor? Parece imposible salir de ahí. La tortuga es el dolor de Axle, dolor de vientre, dolor en la piel...

–Tal cual.

–Es posible que esté viendo demasiado otra vez en esa tortuga. Lo prefiero así, no querría quedarme corto.

–Estoy de acuerdo. También ahí.

–Pero la tortuga nace con rostro de anciano. Iturria lo decía mucho, allí, en Inglaterra, lo he recordado leyendo esto: decía que se sentía anciano, con veinte años, imagínalo, un niño. Era otra de sus obsesiones.

–¿Anciano con veinte años? ¿Viejo? No lo entiendo. No lo escuché jamás.

–Es lo que decía, lo repetía. Pero lo cierto es que los dolores sí, los dolores sí me parecen antiguos, siempre han existido, en todos los cuerpos, en todas las cabezas. Tú pensarás que sientes dolores diferentes, nuevos, Eszter, pero es mentira, tu madre sintió los mismos, su madre igual, siempre; siempre hemos sentido tortugas dentro... Los dibujos del caparazón de una tortuga, lo he oído, lo he leído, suelen ser geométricos. ¿Lo son, Eszter? No estoy seguro. Los dibujos pueden ser simples, la geometría es simple, pero las tortugas no. Los dolores pueden ser simples, pero el cerebro que los siente no. ¿Me estoy perdiendo, Eszter? Eso creo...

–A mí no me lo parece. Un buen tema, el dolor.

–Es posible. Hablábamos sobre la tortuga que ha dado a luz Axle, pero no mencionamos que su rostro no es siempre el mismo, cambia, se transforma, no es siempre el de un anciano: de pronto parece el de un jabalí. ¿Un jabalí? ¿Por qué un jabalí? ¿Te has drogado alguna vez, Eszter? También yo. Una vez. Hace poco. ¿Y has mirado diferente a los jabalíes? Yo sí. En mi caso no eran jabalíes, eran semáforos,

pero es lo mismo. Semáforos, jabalíes, camellos... Quiero decir que se le ha confundido la mente, a Axle, la manera de pensar, de razonar, y es lo último que ha visto, el jabalí, o una tortuga con cabeza de jabalí, que viene a ser lo mismo. No ha visto pasar su vida por delante de los ojos, como dicen, los momentos más importantes, el ciclo, los fotogramas o las fotografías. Ha visto la cabeza de un jabalí, colgando del caparazón de una tortuga, es posible que gruñendo. Y me parece más probable que lo otro. Axle está deshaciéndose, se está pudriendo. ¿Visiones idílicas en su mente? ¿El paraíso? ¿Ríos de miel? No: un jabalí mugriento. ¿Has olido alguna vez un jabalí, Eszter? ¿No? Es igual. Me da la impresión de que Axle huele algo parecido, mientras se deshace, mientras se pudre, por fuera, pero también por dentro, olor a jabalí. ¿Has estado en Polonia, Eszter?

–Una vez.

–Vamos allí ahora, a Varsovia. Es lo que debía decirte hoy, es lo más importante de entre todo lo que haya podido decir hasta ahora. Acaban de aparecer allí los últimos textos de Iturria, los más nuevos. Otros dos. Otras dos revistas. Se publicaron hace tres y cuatro meses, los más frescos que hemos encontrado hasta ahora. Nunca hemos estado tan cerca. Y otra cosa, Eszter: ¿hablas polaco?

–Poco. Algo entiendo...

–Es igual. Es lo que quería decirte: ¿vendrías con nosotros? A Polonia, me refiero. ¿Vendrías, Eszter?

–Pero... No sé. Dicho así, tan de... ¿Y mi trabajo? ¿Los proyectos? ¿Para qué además? No lo entiendo...

–Es igual. Hazme caso. Ya tendrás tiempo de trabajar, de proyectos. Gana un poco de dinero ahora conmigo, ya tendrás tiempo después de morirte de hambre. Esto es ahora, y no va a volver a ser. ¿Vendrás, Eszter?

–Pero, ¿para qué? ¿Qué tendría que hacer? ¿Qué...?

–Leer los textos, hablar, comentarlos. Escuchar, sobre todo escuchar, entender. Ya sabes lo que es estar con nosotros, somos viejos conocidos. Leire no suele poder venir, serás un poco ella.

–...

–*Erroman, escúchame una cosita: ¿comen verdel en Polonia?*

SEGUNDO RELATO DE BUDAPEST

Bruma

No sé quién eres, pero hueles mal. No sé a qué, a cuero, a ropa mojada, no sé, algo.

¿Rosa? ¿Es lo que has dicho? ¿Pero cuál? No sé cuál. No sé si te he visto nunca. No creo. ¿Mi hermana? ¿Tú mi hermana? No lo creo. ¿Y cómo es que no te he visto nunca entonces? ¿No te habrás confundido de habitación? Yo no conozco a ninguna Rosa, ni Rosario, la de la mercería la única, Rosario creo que se llamaba.

Ha venido un hombre antes, impertinente. Todos los hombres me parecen impertinentes. Mucho pelo en la cara, legañas, amarillo. Me ha parecido desagradable. Muchos hombres son desagradables de ver.

Tengo tres hermanas y un hermano: Mon. Tres hermanas: Garbiñe, Eli y Rosa. A ti no te conozco y tampoco tienes buen olor. ¿Rosa? ¿Has estado limpiando pescado, Rosa? No es raro el mal olor aquí; intentan limpiar, parece limpio, pero es imposible quitar el olor.

También pasan enfermeras por la habitación, siempre diferentes. «No quiero» les contesto siempre. Ni escucho lo que me dicen, pero siempre les contesto que no. El termómetro, la sopa, esto, lo otro, siempre que no yo. ¿Quién has dicho que eres?

También vienen niños de vez en cuando, niños feos, muy feos. Yo no les digo nada, a las madres, a los padres, pero son feos sus niños. No sé de quién son, por qué vienen, estarán perdidos seguramente; esto es grande, las enfermeras siempre son diferentes, también los niños. Pero feos siempre. No pueden ser de nuestra familia, no somos tan feos en la familia.

Tres hermanas tengo: Garbiñe, Eli y Rosa. Y un hermano soltero, como yo. No creo que seamos una familia grande, aunque también hay sobrinos, hijos de sobrinos. No somos demasiados, no lo creo. ¿Tú? Tú no eres tan fea como los niños que vienen; vieja sí, muy vieja. Pero no sé quién eres, ya me perdonarás. Puedo llamar a una enfermera para que te ayude. Siempre son diferentes, pero agradables algunas.

Desde que estoy aquí, me acuerdo mucho del padre. La madre no suele venir al hospital. Me acuerdo del padre en el camino de la playa, muy pequeñas nosotras. ¿Te acuerdas de eso, Rosa? Igual eras demasiado pequeña tú. Te llevaría Garbiñe en el coche, o Mon, o te dejarían en casa. ¿Sí? ¿Te acuerdas? Cómo nos llevaba el padre, Eli en un brazo, yo en el otro... ¿Eso no? ¿Qué recuerdas entonces? ¿La playa? No

creo que puedas recordar nada. ¿El restaurante? No comimos nunca allí, qué íbamos a comer. Buenos padres los nuestros. Qué madre tuvimos, Rosa... No le digas que estoy aquí, no se lo digas. Va a sufrir. No le digas nada.

Ha venido un hombre antes, con papeles. Creo que eran facturas. No le he entendido. Hablaba mucho, mal, no podía ser de la familia. Creo que quería cobrar algo, no le he entendido bien. También tú querrás cobrar algo. ¿Cómo has dicho tu nombre? ¿Rosa? Bonito nombre. Una hermana tengo yo Rosa. Hace tiempo que no le veo. Tendrá años ya aquella también. Es más joven que yo, pero ochenta y tantos seguro. ¿Tú? ¿Entonces no has venido con facturas? ¿Y quién era el hombre que ha venido contigo entonces, el de las facturas? Perdona, oigo peor por este oído. No sé, cantidad de papeles... No sé qué eran, no te puedo decir.

Una cosa te tengo que decir, Rosa, importante, escúchame: no se lo dije yo. Tú me tienes que creer, Rosa, no fui yo quien les dijo dónde estaba el padre. Díselo a la madre, Rosa, que no fui yo. A ti te voy a decir la verdad, Rosa, siempre lo he hecho. Quiero decir que yo no les dije mucho, no les dije todo. Algo sí, pero no todo. Decir un sitio no es decir mucho, eso me parece. ¿Qué quieres con aquella edad? ¿Qué podía saber yo? ¿Qué tendría, ocho años, nueve? Enferma además. No enferma: muy enferma. Te acordarás, aquella tos, la fiebre, fue aquel mismo año, eso no me lo va a quitar nadie de la cabeza. La cosa es que yo no les dije dónde estaba el padre, o no les dije todo; un sitio, ¿qué es eso? ¿Es pecado eso? Todo el mundo sabía dónde estaba el almacén del padre. Si no lo hubiera dicho yo, alguien lo habría hecho. No les dije más: dónde estaba el almacén, algo que sabía todo el mundo.

Ayer un niño me dijo que me veía guapa, uno de los niños que suelen venir, que estaba guapa, yo. No son solo niños feos entonces: feos y mentirosos, las dos cosas. Estoy hecha una porquería aquí. ¿Has visto este pelo? No me peino, no me lavo. Mugre. Mal olor. ¿Qué entonces? ¿A qué viene un niño feo a decirme mentiras aquí? No sé de dónde viene este olor... Cada día estoy más mermada, pero nunca he sido fea, tampoco mis hermanas. Mon un poco. Tampoco tú serías fea de joven. ¿Estás casada? En paz descanse. También tendría una edad.

El tío se libró por poco, dicen que tuvo más suerte que el padre. No sé por qué no se llevaron al tío, era lo que buscaban, se llevaron a muchos como él. Tampoco él sabía por qué no se lo habían llevado, por qué no lo fusilaron a él también. Yo no me creo que no lo supiera. ¿Puedes abrir la ventana, Rosa?

Rosa siente un pinchazo en la rodilla al levantarse. Ve el sol desde la ventana, pero comprueba que el cielo parece sucio. A pesar de no haber nubes, da la impresión de que el azul se esconde detrás de una especie de velo de suciedad. Ve después que le sangra una de las uñas de la mano con la que acaba de abrir la ventana. Al volver a la cama toca la rodilla de su hermana, con cuidado de no manchar la sábana de sangre. Su hermana aparta la pierna.

Ahora te voy a decir el tiempo que estuve enferma, no se me olvida: cuatro meses y cinco días. No se me olvida, Rosa. Sin salir de casa todo ese tiempo. Semanas en cama, sin fuerza, con mucha fiebre, no se me iba la tos. Semanas así.

Cómo se me va a olvidar, Rosa. El padre subía de la tienda a visitarme. No venía a nada más, a visitarme a mí. Y me llevaba a la ventana, en brazos, desde la cama, para que viera un poco la calle, la gente, algún coche con suerte, los carros, los niños... Eso sí que no se me olvida, Rosa, el momento en que me llevaba a la ventana, a ver la calle, me seguiré acordando cuando tenga setenta años. Me sentaba encima de él, ya sabes que se afeitaba todos los días, aquel olor. Puede que se lo dijera por eso mismo. No les tenía que haber dicho dónde estaba, eso lo sé ahora, pero tampoco les dije mucho. Lo habrían escuchado en algún otro sitio esa misma mañana, aunque yo no se lo hubiera dicho. Explícale todo esto a la madre; no viene mucho aquí, no se lo puedo decir yo.

Rosa ve el rostro de su hermana y la ventana al mismo tiempo, sin demasiado esfuerzo. Ahora entiende por qué le ha parecido sucio el cielo: entra bruma desde la mar, los primeros flecos llegan ya al hospital, al aparcamiento, a la explanada delante de la ventana. La hermana de Rosa no se ha dado cuenta, mira hacia delante y continúa hablando. Observa disimuladamente a su hermana de vez en cuando, como si quisiera adivinar quién es, o a qué es debido su olor.

Las enfermeras siempre son diferentes aquí, en este hospital, pocas veces se repiten, como ayer. La de ayer ya había venido alguna otra vez, me acordaba bien, y me alegró, es guapa, joven, se nota que lleva todas las carnes en su sitio. No pienses mal, no le dije nada, aquí no hago esas cosas, ni pensar, aquí no. Te lo cuento a ti porque no te conozco, porque no me conoces; a la familia no se lo contaría, puede que a alguna hermana, pero no a cualquiera.

Los hombres vienen sobre todo a limpiar y suelen ser desagradables, de ver y de tratar. Parece que está refrescando, pero no cierres la ventana.

Rosa nota ahora que todo el aparcamiento es bruma ya. Intuye aún algún atisbo de coche, principalmente los colores vivos, los rojos y algún amarillo. El sol está totalmente debilitado, y la bruma comienza a entrar en la habitación; percibe la temperatura al principio, la tonalidad blanca después.

¿Se lo han dicho ya a la madre? ¿Le han dicho por fin dónde tienen al padre? Sé que ha ido a preguntar. Y que sigue yendo, pero no sé si le han dicho algo. Aquí no viene. No sé por qué, no sé si está enfadada conmigo. Ha pasado muchos años sola, también eso es verdad. Sola y con nosotros. Yo nueve años, tú seis. También eso hay que entenderlo. ¿Por eso no viene? Tendrá que cuidar a los niños, a mis hermanas, a Mon. ¿Ochenta y ocho tú? Yo esta mano tengo que no puedo mover como quiero.

Ayer murió una mujer ahí, en esa cama. Ayer o anteayer. Muy vieja aquella también, qué gritos a veces... Más de setenta seguro, más vieja que yo. A veces no sabía muy bien qué hacía, gritar o cantar. Empezaba con una melodía, ey, ey, lenta, suave, casi no se oía. Cada vez más fuerte, a gritos. Qué era aquello, también por la noche. Llamaba a su madre, una y otra vez, y dónde estaría su madre, muerta hace cuarenta años igual. Yo creo que el mal olor venía de ella, todo encima se hacía. Y lo ha dejado aquí. Locos andan los limpiadores ahora, no saben cómo... ¿No serás tú de su familia, verdad? Aquí estoy echando pestes contra ella, y no me doy cuenta de

que podrías ser perfectamente de su familia.

Cuando me duermen, a veces, me parece escuchar aquello que solía cantar. También del padre: todavía recuerdo una o dos de sus canciones.

Rosa piensa en cerrar la ventana, la bruma ha entrado a la habitación más de lo que hubiera podido imaginar en un primer momento. No ve la cama de la que habla su hermana, tampoco la mesa para las comidas. Los primeros avances de la bruma rozan sus labios mientras habla.

¿Te acuerdas de aquella canción del padre, Rosa? «Bide bat, bide bi, begi bat, hiru begi...»

Rosa querría levantarse a cerrar la ventana, pero siente que no puede, en la blancura de la habitación. Continúa sentada.

Medicinas, no me dan otra cosa aquí, pero yo sigo diciéndoles que no a todo. Nunca vi al padre tomar una pastilla.

La habitación es completamente blanca ahora, la bruma lo inunda todo. Rosa apenas distingue los labios de su hermana, los ojos, cerrándose y abriéndose, intuye las cejas, todo entre bruma, como si flotaran.

Rosa mira hacia la ventana abierta y es entonces cuando ve el primero: un pez, nadando en la bruma, dentro de la habitación, un pez naranja... Parece tranquilo, en paz, no parece querer molestar a nadie.

El padre y la madre por la avenida, hacia la iglesia, nosotros detrás, o por delante, también eso recuerdo a veces. No me acuerdo de la iglesia, que sigue siendo la misma, pero sí el camino, y qué alto el padre, y cómo se afeitaba todos los días.

Rosa mira hacia donde debería estar la puerta de la habitación y ve otros dos peces, naranjas también, nadando en la bruma. Da la sensación de que llevan electricidad dentro, una especie de luz; mueven las aletas y nadan en paz.

La madre soñaba con el padre, siempre lo decía, pasó años soñando con él. Todavía soñará seguramente. ¿Te lo ha contado a ti? ¿Te ha contado que sueña con el padre? Cosas de cuando éramos pequeñas, también de antes de nacer nosotras, según decía.

El frío es evidente ahora, pero Rosa cree que no debe cerrar la ventana, no sabe por qué, no puede levantarse.

Tápame los pies, por favor. ¿Están tapados? ¿Ves mis pies? ¿Y están tapados?

Rosa se da cuenta de que los peces deambulan ahora por toda la habitación, todos naranjas, despreocupados. Se acercan demasiado a ellas incluso, le parece que siente las escamas de uno de ellos rozándole el hombro izquierdo.

Rosa comienza a agobiarse: todas sus hermanas han perdido la cabeza en un momento dado, más, menos, también su madre. ¿Es ella la única que ve peces? ¿Bruma? ¿También ella está enferma? ¿Pero qué clase de enfermedad es esta? ¿Qué hay en su cabeza? Los peces siguen reproduciéndose, diría que ahora ve más de quince en la habitación.

La madre dice que se llevaron al padre del almacén; el tío dice que no, que estaba en la calle, o en la puerta de la tienda. La madre siempre dice que entraron al

almacén, el almacén, el almacén... Yo no se lo dije, yo no les dije todo. ¿Se lo dirás tú? Aquí no viene...

Rosa se esfuerza en no mirar a los peces, cada vez más apurada, no puede perder la cabeza. Fija su atención en los labios de su hermana, se concentra en lo que dice, no quiere mirar cómo nadan, ver su naranja.

Aun así, dos peces consiguen pasar entre los labios de Rosa y su hermana, un tercero. Rosa los ve pasar a pocos centímetros de sus ojos, no puede hacer nada, no puede apartar la mirada. La tensión le supera, le resulta imposible respirar de manera natural.

Es lo que siempre dice la madre, lo del almacén, lo repite todos los días... ¿Qué son estos peces, Rosa? ¿Por dónde han entrado?

Tercera parte

LLEGA LA BRUMA

Aterrizamos en Varsovia ayer mismo y, salvo dos o tres tandas de turbulencias menores, no vivimos novedad alguna en el viaje. Soro no se desnudó en el aeropuerto, por muchas ganas que tuviera (me lo confesó después, en la cena). Me da la impresión de que no lo hizo por Eszter, aunque podría asegurar que tampoco ella se habría escandalizado por ver a Soro desnudo; se habría reído quizá, incluso le habría aplaudido. Empezamos a conocer un poco a Eszter, y nos parece más una persona con tendencia a reír que a escandalizarse.

En Budapest pensamos que iba a echarse atrás, que no se decidiría a venir a Polonia con nosotros, pero aquí estamos ahora los tres, en el hotel Sheraton de Varsovia, en la misma habitación. Soro pretendía reservar dos, una para nosotros y otra para ella, pero no se lo consintió. Dijo que está acostumbrada, que vive con cuatro hermanos en Rosario, con un primo, que no va a empezar a amedrentarse ahora con nosotros. Creo que quiso decir que somos dos setas secas, un poco podridas ya. Nos pidió que no gastásemos más por ella, por mucho que Soro disponga de dinero para alquilar el Sheraton al completo dos veces.

Por lo demás, la habitación es enorme, con tres camas, varios sofás y una pequeña salita. El lujo es ridículo siempre y no huele de manera neutra. Es un olor, además, que produce cierto curioso efecto en el aparato digestivo: incita a utilizar inmediatamente el baño (aguas mayores). Intuyo, con todo, que nada se deja al azar, y es que todo aquel que utiliza el baño antes de los primeros diez minutos en un hotel, no querrá ya otro alojamiento, otro baño. Y explico todo esto porque los tres hicimos uso de él en la primera media hora, también Eszter, el mismo trono. En casa lo llamamos «librar en caliente».

Tenemos a Pedro Iturria más cerca que nunca, Soro dice que podemos olerlo. Publicó el primer relato polaco hace cuatro meses y cinco días, y el segundo hace tres meses escasos. No creemos que haya publicado nunca dos textos en tan poco tiempo. Es posible que sienta prisa, que también él esté muriendo, deshaciéndose, convirtiéndose en polvo, como en su cuento. La cosa es que lo tenemos más cerca que nunca y que a su edad no está ya para esprints, para cambiar de casa de un día para otro, mucho menos para volar de país en país. Va a tener que dejar que lo atrapemos, aunque no sea más que por cansancio.

Soro por fin tendrá a mano aquella época, la *era Iturria* podríamos decir (la universidad, Inglaterra y el remo). No sé qué hará con él, de qué hablarán cuando se encuentren, si mencionarán los cuentos. De hecho, ¿son importantes los cuentos? ¿O no son más que meros rastros, pistas para encontrar a Iturria, excusas? No lo

creo. Soro los lee con mucha atención, demasiada, una y otra vez. Algo buscará.

Son las cuatro y cuarto de la tarde. Eszter lee un artículo de Roland P. Cohen y Soro se ha quedado dormido encima de una litografía de un comandante carlista. Poco antes de que se le cerrasen los ojos, ha dicho: *La siesta es cosa de personas tristes.* Ahora mismo puedo comprobar que comienza a mojar la chaqueta del comandante carlista de saliva espumosa.

–Antes de empezar, Eszter, una pregunta importante: ¿Cuántos olores pueden comprarse? ¿Todos? ¿Todos los olores que existen? ¿Pueden comprarse? ¿Lo has pensado alguna vez, Eszter?

–Tampoco me interesan. Todos...

–Pero algunos sí, pueden comprarse. Esa es la cuestión: algunos sí y otros no. Pero, ¿cuál es el porcentaje? ¿Lo has calculado alguna vez? El porcentaje de los que pueden comprarse en tiendas, en perfumerías o droguerías. ¿Has calculado semejante cosa alguna vez?

–Ni me pasó por la imaginación.

–Entre el 22 y el 25 por ciento, es lo que he podido calcular yo, los olores que pueden comprarse. Es poco, muy poco diría, son demasiados los que no podemos comprar. Pero atención al relato de hoy: también ahí están obsesionados con los olores, con los malos olores más bien. *Hatsa, kiratsa, sunda*... Existen varias palabras en euskera, por algo será. Es posible que Iturria utilizase todas en el original; tu traducción es bastante más limitada: «buen olor, mal olor». Pero no importa, se entiende. ¿Te ha gustado el tono que le ha dado Leire a tu texto? Hace que las mujeres hablen como nosotros, nuestro castellano, que es lo que creemos que toca, por eso tantos cambios. Espero que no te haya molestado...

–Por favor.

–Me alegro. Pero sigamos con el olor. Me parece que en el texto, en el de Iturria, en tu traducción, llega a «verse» el olor en el hospital. ¿Dirías que huele mal, Eszter, el cuento?

–Podría decirse. Iturria lo repite y lo repite...

–Decir puede decirse todo, pero ¿lo hueles? ¿Hueles el cuento? ¿Te ha revuelto el estómago? ¿De dónde viene ese mal olor? ¿De los muertos? ¿De intestinos podridos? ¿Has olido algún muerto, Eszter? Podrido quiero decir, cuando empieza a pudrirse... Tampoco yo. Lo he leído, dicen que la gente no puede soportarlo, que es el peor olor que existe.

–Erroman: decile a este señor que estoy a punto de vomitar en sus pantalones.

–En el relato abren ventanas, Eszter, pero el olor no se va. Alguien está pudriéndose. O es la propia habitación la que se pudre. O todos los que están en ella. No sirven las ventanas ahí. O sí: entra la bruma. ¿Qué significa, Eszter, qué hace la bruma? ¿Refresca? ¿Refresca lo podrido? ¿Lo revive? ¿Lo congela? ¿Lo remata?

–¿Hace que se olvide?

–La bruma no tiene memoria, Eszter, nada que ver con el olvido.

–Me entendiste.

–Cómo no voy a entenderte.

–...

–También ensucia el sol. La bruma. Los niños son feos, los hombres desagradables. ¿Por qué, Eszter, toda esa desarmonía? ¿Puede un niño ser feo? ¿A partir de cuántos años empieza una persona a ser fea? ¿Qué es esa rabia? Parece que es la mayor cruz de los enfermos: la rabia. Rabia contra todo, hasta contra los niños. Puede que incluso yo hable mal de los fueros cuando enferme, cuando enferme para morir, igual que ahora pero en cama. ¿Sabes lo que son los fueros, Eszter?

–No.

–Es igual. Te lo explicaré en la cena, es normal que no lo sepas. Pero ahora la cuestión es la rabia de la mujer. Los hombres: desagradables todos, desagradables «de ver» y «de tratar». ¿Por qué, Eszter, qué significa?

–Me parece evidente. Lo más evidente en todo el texto quizá.

–Cierto, cierto. Solo mira a las enfermeras, a las mujeres. Solo quiere tratar con mujeres: «aquí no hago esas cosas, ni pensar, aquí no». Parece evidente, dices bien. Es posible que no tenga relación con la rabia; son sus fueros, los fueros de la mujer enferma. Olvídalo. Después te explico qué fueron los fueros.

–Los misterios de don Soro.

–Eszter, Eszter... También tú tendrás tus fueros particulares. Me parece que eres una persona de muchos fueros. Yo mismo tengo bastantes.

–...

–Es igual, sigamos con el texto. ¿Te das cuenta de que incluso el propio cuento está enfermo? La mujer lo está, en el hospital; habla además de su enfermedad infantil, la fiebre y la tos. ¿Un protagonista enfermo no enferma toda la narración, Eszter? ¿No resulta lógico?

–No me lo parece, pero...

–¿Todavía se utiliza la palabra «protagonista»? ¿O pasó a la historia? ¿Cómo se dice ahora entonces? ¿Personaje principal, actor principal? ¿Lo alquilan del inglés? *Main character, hero*... Seguro que el inglés inventa algo, algo que copiamos después. ¿Sabes qué significa «protos» en griego? Es igual. La cosa es que la mujer estuvo enferma de niña, durante bastante tiempo, habla de meses. Era el padre quien le ofrecía algo de alivio, el único, dejándole ver la calle. Pero otra cosa antes de nada: ¿es ella la verdadera protagonista del cuento? ¿*Main character*, personaje principal, *hero*? ¿Qué es Rosa entonces, la hermana de la enferma? ¿Debe haber un único protagonista siempre? ¿Estamos seguros? ¿Qué significa esa exclusividad? Ya te lo digo yo: egoísmo. Leemos desde el egoísmo: mientras leo, soy yo el protagonista, el *hero*, y, al ser yo único, también el protagonista debe ser único, es decir, yo soy el único héroe. ¡Mentira! Men-ti-ra. ¿Qué es eso, Eszter?

–Men-ti-ra.

–No te burles de un viejo seco, Eszter. O sí: búrlate a tus anchas, me lo merezco.

He vuelto a perderme, por eso me lo merezco. Porque he vuelto a aburrirte. ¿Dónde me he perdido, Eszter?

–La mujer, la enfermedad.

–Eso es. Gracias, Eszter, a pesar de que te hayas burlado de mí. *Ego te absolvo*, *miss* Nagy, olvido tus calumnias, pero has de saber que acabarás en el infierno, con Céline, con Borges. ¿Lo sabes, verdad?

–Lo sé, siempre lo supe.

–El cuento: la mujer del hospital cuenta, antes que nada, su enfermedad de niña. Se supone, además, que se llevaron a su padre durante el mismo año, posiblemente a la cárcel, o lo fusilaron directamente, no lo sabemos. No volvió, y su madre vivió sola después con cinco hijos. Pero, ¿por qué recuerda la enfermedad? ¿Porque fue larga y dura? Fue larga sí, cuatro meses, sobre todo para un niño; incluso cuatro horas son muchas para un niño. ¿Pero por qué lo recuerda ahora, en el hospital, delante de su hermana, cuando está a punto de morir, a punto de pudrirse? ¿Por qué ahora? ¿Qué está haciendo, Eszter? ¿Qué quiere?

–¿Recordar a su padre? ¿Hacerlo aparecer?

–«Hacer aparecer» a su padre, eso es, Eszter, me ha gustado: parece que quiere hacerlo aparecer. Vinieron a por él, lo fusilaron seguramente, pero ella no les dijo «nada», no les dijo «mucho». Es lo que repite. Y lo que nosotros entendemos es que les dijo «todo», «absolutamente todo». No se dio cuenta entonces, era una niña, pero lo dijo: cuál era la tienda, dónde estaba el almacén... Lo menciona una y otra vez, el almacén, allí fue donde lo arrestaron. Esa es su verdadera enfermedad, una enfermedad que dura ochenta años ya. Por eso insisto en que todo está enfermo, el cuento y todo lo demás.

–...

–Se acerca al padre ahora, está a punto de colocarse al mismo nivel; ahora lo puede contar, lo debe contar. ¿Lo estoy complicando, Eszter? ¿Estoy enfermando también yo? ¿Has estado alguna vez enferma durante ochenta años, Eszter?

–A diario.

–Ay, Eszter, Eszter... Enfermos, fusilados... ¿Una sociedad enferma, Eszter?

–Seguramente.

–Aun así, todo es normal hasta ahora: el hospital y la enfermedad, incluso el olor. La enferma no reconoce a su hermana, no sabe quién es, no siempre. También eso es habitual, en casi todos los hospitales del mundo, en miles de casas. Se desorientan. Nos lo decía nuestra madre, cuando enfermó mi padre, está desorientado, decía, no nos reconocía. Algo similar pasa aquí: lleva enferma ochenta años, es normal que no reconozca a su hermana. Todo es normal en el cuento hasta aquí. Pero, ¿y los peces? ¿Nadando en la bruma? ¿Qué es eso, Eszter?

–Eso es el cuento, ahí empieza. Es lo que me pareció.

–¿Ahí empieza el cuento? ¿Empieza prácticamente al final entonces, según tú? ¿Y lo anterior? ¿Las enfermedades, las enfermeras...?

–Preparativos. Las enfermedades siempre son preparativos de algo. Así decimos

en casa.

–Las enfermedades siempre son preparativos de algo... No está mal, tendré que pensar en ello. ¿Pero los peces, Eszter? ¿Qué son? ¿Qué es ese color naranja, en la bruma, ese nado sosegado?

–No lo sé. No estoy segura. Lo pensé, pero no terminé de entenderlo.

–Creo que yo tengo algo, una ocurrencia probablemente, nada con sentido. Miedo. Es lo que me parecen los peces. El miedo de Rosa, de su hermana. Ha sido Rosa quien los ha visto primero, ella es la protagonista ahora. Te lo he dicho antes, no es tan evidente quién de las dos es la protagonista. ¿Sabes qué significa «deuteragonista»? ¿No? Es igual, olvídalo. Vuelvo a perderme...

–...

–Hablábamos de los peces, de su color naranja. Parecen llevar luz dentro, es lo que dice el cuento; por lo demás son animales tranquilos. Pero si nos paramos a pensar, pueden traernos varios significados: cristianismo, sexo, olor –malo–, memoria, pequeños recuerdos, siempre pequeños, naranjas, con luz propia. Pero todo ello no quita para que puedan seguir siendo el miedo, el miedo a los recuerdos y a uno mismo. El cerebro puede pudrirse, secarse, bien lo sabe Rosa, bien lo sabemos nosotros.

–¿Miedo a perder la cabeza entonces?

–Podría ser. Pero podrían ser tantas cosas los peces... Es posible que jamás entendamos qué son. Podemos hablar, pero jamás... ¿Merece la pena? ¿Seguimos?

–Vos mandás.

–No, no merece la pena, lo dejamos aquí. Piensa lo que quieras, lo mismo haré yo. Ahí queda el texto, los peces naranjas, todos los peces el pez... Suficiente. *¿Cómo era aquello, Erroman? Asko da berbarik!* Perdona, Eszter; tonterías nuestras. ¿Has leído los cuentos de Suiza, Eszter? ¿El de Austria?

–Diez veces cada uno, y uno de ellos doce. Los suizos mejor.

–Bien. Mañana comentamos el primer suizo. Mañana no, pasado. Mañana libre. Te lo mereces. Vamos a quemarte si no; quemar no, cocer. Por la noche te explico los fueros, de eso sí que no te libras. Para estar conmigo no queda más remedio que saber qué son los fueros. *Erroman, saca las anchoas polacas.*

PRIMER RELATO SUIZO

ZÚRICH

Nosotros no ahorcamos a nadie

Los hermanos jamás han ido a ver a los ahorcados. Saben perfectamente que atraen a mucha gente, que acaban convirtiéndose en un espectáculo, decenas de comerciantes y dinero. Han llegado en alguna ocasión a ver la propia horca, el cadalso, días después. No se permite que los ahorcados cuelguen más allá de unas horas, hasta la mañana siguiente quizá, pero la propia estructura, madera y soga, continúa días.

Hoy ahorcan a alguien a quien conocen, es la razón por la que han decidido ir por primera vez. La hermana no estaba convencida, pero el hermano ha insistido, ambos lo conocían bien. Vivían en casas cercanas, hace años, de niños, pasaban horas juntos, compartían juegos, cuidado de los animales. Su familia dejó la casa después; el hombre que ahorcan hoy no habría cumplido aún los catorce años. Eso fue lo que más sorprendió a la hermana, la insistencia de su hermano, no veían a aquel hombre hacía años, imposible saber qué era ahora, lo iban a ahorcar, por Dios. Con todo, la hermana se dejó convencer, irán a pie desde el caserío, no más de quince kilómetros. Nunca han hecho una distancia tan larga juntos.

El primer tramo, cerca de cuatro kilómetros, lo harán por la costa, dirección este, pero, en un momento dado, deberán dirigirse hacia los montes. La hermana lleva un pequeño zurrón con ropa y algo de comida; el hermano solamente ha visto la necesidad de otro calzado, por la lluvia, colgado alrededor del cuello. De hecho, el cielo amenaza desde la mañana. A pesar de no haber sentido ni una sola gota, los hermanos caminan mirando hacia arriba, y la hermana continúa reparando en el viento, en la humedad; es algo que incluso se nota en la piel del ganado. El trayecto es demasiado largo para hacerlo bajo la lluvia.

La primera parte del camino les resulta conocida, la han recorrido una y otra vez, con ganado, con su padre, dirección al pueblo. Conocen cada piedra, cada árbol. Incluso han caminado solos por allí desde los dieciséis años, siempre se necesita algo de la villa, del médico, son años ya.

Poco antes de llegar al pueblo, el hermano confiesa haber visto más veces al hombre que van a ahorcar hoy, ha coincidido con él mucho después de que la familia dejase la casa, tres o cuatro veces. Le había llegado a contar en qué andaba metido, incluso había reconocido que sabía que algún día lo iban a ahorcar. Estaba convencido de que caían prácticamente todos, antes o después, sabía que nadie

resiste muchos años y que él mismo acabaría colgado. Esa era la razón por la que el hermano había insistido, quería ver al hombre vivo por última vez, cómo lo iban a ahorcar, con qué tipo de soga, le interesaban los detalles.

A lo lejos ven a tres hombres por el camino, se acercan en sentido contrario. Lejos aún, los hermanos perciben algo extraño en su manera de vestir, no parecen de los alrededores, resalta el cabello demasiado oscuro. A medida que se aproximan, comprueban que incluso la piel parece bastante más morena que la suya. La hermana siente una punzada en el estómago, no llega a miedo, confía en su hermano.

Al llegar a su altura, los hombres se detienen con naturalidad. Los saludan engolando la voz, la hermana incluso diría que amablemente, y uno de ellos explica que van camino de Galicia, en un romance muy peculiar, a visitar la tumba del santo.

–Hombre, mujer, serían tan amables: ¿es el camino correcto?

–Sí.

Contesta el hermano quizá mostrando más prisa de la necesaria. Imagina Galicia muy lejos a pie, pero no cabe duda de que es la dirección, oeste. Mira directamente al hombre, intuye que necesita preguntar algo más, todavía no ha reconocido su acento. La hermana también lo mira, más tranquila ahora: aquellos hombres no tienen edad de hacer daño, tampoco cuerpo, al lado de su hermano no son nada. El hombre vuelve a hablar:

–¿Son de los alrededores?

–Sí. ¿Ustedes?

–Armenios.

Los hermanos se miran, no acertarían a situar Armenia, qué es, cómo es, se les nota en los ojos. La hermana no conoce a ningún armenio, ha escuchado el nombre alguna vez, poco. Surge en ella ahora la curiosidad, desaparece completamente el miedo.

–¿Y vienen desde allí?

–No: Chipre.

Otro nombre desconocido, lejano también, suponen. La hermana querría continuar preguntando, charlar con ellos, pero no sabe qué decir, por qué interesarse. Los extranjeros comienzan a moverse además, sobre todo los dos que no han hablado, por el margen del camino, como si intuyesen que ya es momento de marchar. La hermana se sorprende cuando el hombre vuelve a preguntar:

–Y ustedes, hombre, mujer, ¿hacia dónde van?

–A ver a los ahorcados.

Contesta el hermano tan acelerado como antes. Son los extranjeros quienes se sorprenden ahora, se miran, uno de los que no ha hablado aún se lleva la mano al vientre, simula dolor.

–¿Ahorcan ustedes a gente aquí entonces?

–Nosotros no ahorcamos a nadie.

La hermana diría que la brusquedad de la respuesta hace retroceder al hombre. Este inclina levemente la cabeza, ensaya una especie de despedida, hombre, mujer, en su extraña lengua, y traza la señal de la cruz en el aire. Agradece después las indicaciones y pide perdón, siente que ha podido molestarlos. El hermano mueve mínimamente la mano derecha y la hermana les desea suerte, no quiere dejar una mala impresión en los hombres.

El hermano continúa mirando a los extranjeros hasta que desaparecen detrás de unos árboles, parece no fiarse. Ha visto algo en los ojos de un armenio, uno de los que no han hablado. Se lo explica a su hermana, ella no está de acuerdo.

Sienten alguna gota en la frente, pero escampa en pocos minutos, ni siquiera llega a humedecerles el pelo. Respiran tranquilos.

Llega el momento de dejar la costa, doblan hacia el primer monte. Los metros iniciales son los peores, pero la respiración se habitúa pronto, las piernas se amoldan. El ambiente parece cargado de lluvia, aunque también sienten un punto de bochorno en las zonas en las que las zarzas detienen el viento, sudan.

A unos cien metros entrevén un claro, cerca del camino, y sentados allí, un grupo de hombres; la hermana diría que no son más de cinco. Parece que comen.

Los hermanos se dan cuenta de la hora y coinciden en que también ellos deberían haber parado a comer. Habrían preferido comer solos, un poco más adelante, en otro claro, otros árboles, si uno de los hombres no los hubiese saludado con especial energía, prácticamente obligándolos a sentarse con ellos. Le ofrece un trozo de queso al hermano, comienza a cortar otro para la hermana. No pueden negarse, comprueban que no falta comida. La hermana, algo avergonzada, saca de su bolsa un pedazo de pan, lo coloca encima de la capa extendida sobre la hierba y varios en el grupo mueven la cabeza en señal de agradecimiento. El único que ha hablado hasta ahora les parece demasiado locuaz, no creen que sea de los alrededores; el modo de hablar, sin embargo, tampoco les resulta ajeno.

–¿Marido y mujer? ¿Hijos?

–Hermanos.

–¿Sois de aquí?

–Sí.

El hombre calla durante un instante. Mira a los hermanos directamente, como si quisiera sopesar algo. Da la impresión de que le interesa calcular exactamente de dónde pueden ser. Parece bastante mayor que ellos, es posible que conozca a sus padres.

–Va a llover. Deberíais saber que va a llover.

–Lo sabemos.

–¿Vais muy lejos? ¿Necesitáis ir muy lejos?

–A los ahorcados.

–También nosotros dos –señala al hombre que tiene al lado–. Ellos no sabemos.

Los hermanos miran a los otros tres hombres y empiezan a comprender: el hombre que habla y su amigo pueden ser de los alrededores, pero los otros tres

difícilmente. Se fijan mejor ahora, la ropa, las caras, los gestos, incluso su manera de comer es peculiar; ni siquiera parece que comprendan su lengua.

–Judíos.

Aclara el hombre que no ha dejado de hablar, adivinando quizá la duda de los hermanos. Explica que ellos mismos acaban de decirles que son judíos, medio en alemán, medio en francés, es lo poco que han entendido. También han tratado de explicar hacia dónde van, pero no les ha quedado claro. Prácticamente toda la comida que ven encima de la capa pertenece a los judíos, excepto las nueces.

Los hermanos deciden comer lo más rápido posible y separarse del grupo. La hermana sobre todo no soporta la idea de tener que hacer todo el camino con aquellos dos hombres. Dan las gracias a la vez y, sin necesidad de ponerse de acuerdo, se levantan. La hermana ha dejado el pan encima de la capa, no lo ha devuelto al zurrón.

Los judíos no ocultan su asombro al ver que la pareja se levanta habiendo comido tan poco. Se miran, dejan de masticar. Hacen un gesto a los hermanos, les invitan a seguir con ellos.

–¿Marcháis? No habéis comido prácticamente nada... –dice el hombre traduciendo a los judíos–. ¿Creéis que debéis marcharos?

–Sí.

Contesta el hermano tan deprisa como de costumbre. La hermana intenta una especie de explicación, pero deja la frase a medias. Uno de los judíos entonces, de pie y hablando una lengua diferente, les ofrece un queso completo.

–Para el camino.

Traduce el hombre sin entender una palabra. Los hermanos se avergüenzan, no saben qué decir, agradecen en el poco francés que conocen. Da la impresión de que los judíos entienden. La hermana coloca el queso junto con sus ropas; no es demasiado grande, pero siente un enorme peso en la espalda. Continúan monte arriba.

Tres kilómetros después empieza la lluvia que esperaban desde la mañana. Gotas gruesas, les empapan la ropa y el pelo a los pocos segundos, el mero hecho de caminar se les hace incómodo desde el principio. El hermano conoce una gruta cerca, un poco apartada del camino, una especie de cueva pequeña, algo que ni siquiera puede llamarse cueva. La hermana no podría decir dónde están, menos aún desde que ha empezado a llover, siente nublados los sentidos, por la lluvia, por la incomodidad. No ha recorrido demasiado estos parajes por lo demás, no tanto como su hermano desde luego.

Se dirigen a la cueva, los caminos comienzan a embarrarse, les resulta penoso avanzar en ciertos tramos. La vegetación es más espesa ahora, como si hubiera crecido gracias a esta última lluvia. La cueva está más lejos de lo que recordaba el hermano, parece que también a él lo ha confundido la lluvia. En cuanto la encuentran, sin embargo, se dan cuenta de que es el lugar perfecto para escampar, no deja filtrar una gota.

Comentan que al menos no hace frío, que el final del verano se está portando, y sienten que la ropa, aunque despacio, empieza a secárseles. Intuyen que si deja de llover durante unas cuantas horas, llegarán secos a las horcas. El hermano se ha cambiado el calzado allí mismo; la hermana no cree que deba cambiarse de ropa hasta que deje de llover completamente. En algún momento parece que la tromba no es tan cerrada, pero les da la impresión de que aún queda mucho para que claree.

Al amparo de la cueva, los hermanos no hablan demasiado, pero en un momento dado se dan cuenta de que si permanecen durante mucho más tiempo allí, no llegarán a ver a los ahorcados. De uno de los bolsillos interiores de la chaqueta, la hermana saca un pequeño ordenador y consulta el horario de trenes. Si consiguen llegar en veinticinco minutos a la estación, podrían tomar el de las cuatro y cuarto. Salen de la cueva.

Llegan con el tiempo justo; agradecen que el tren venga con retraso. Comprenden que ahora, sentados cómodamente, llegarán a las horcas mucho antes de lo previsto.

El interior del vagón acumula más calor del habitual, los hermanos no sienten allí tanto la humedad de la ropa. Es evidente que la mayoría de los viajeros van a ver a los ahorcados, es posible que prácticamente todos los que entran al tren se dirijan allí; los sábados, a esta hora, nunca han visto tanta gente. Solamente unos cuantos viajan con rostro neutro, y la hermana diría que el ambiente es, en general, festivo.

Los hermanos bajan del tren y saben que todavía les queda un buen trecho hasta la horca; agradecen que no llueva ahora. Los primeros puestos de venta aparecen bastante lejos del lugar de la ejecución, puestos de comida principalmente. A medida que se aproximan a las horcas, se multiplican los vendedores. El hermano ha comprado un reloj barato, la hermana no quiere ni cruzar la mirada con ellos.

En un momento dado ven las horcas a lo lejos, al otro lado de la plaza. A la hermana le causa mayor impresión que en otras ocasiones, la madera, las escaleras, todo le parece más grande, más nuevo. En todas las entradas a la plaza hay controles, escáneres, arcos de seguridad, policías... Deben descalzarse, esperar con los pies en el suelo mojado, pasar las chaquetas y los bultos por el escáner, vaciarse los bolsillos. Les confiscan el ordenador, les indican que podrán recuperarlo después en el punto principal de seguridad, en cuanto finalice la actividad.

Se dan cuenta ahora de que han llegado demasiado pronto, faltan unos cincuenta minutos. La hermana siente por momentos el vientre descompuesto, comienza a arrepentirse. Allí mismo, incluso cerca de las horcas, ven puestos, vendedores, comida sobre todo; a la hermana le parecen fuera de lugar. Aun así, pide una infusión, trata de controlar su cuerpo.

Las primeras filas están totalmente ocupadas a pesar de la hora, da la impresión de que esa gente lleva días allí. La hermana se alegra, quería evitar la proximidad, el olor, pero conoce a su hermano, no habría dudado, cuanto más cerca mejor. La infusión está ardiendo, le quema el labio.

Son cinco las horcas, cinco nudos. La hermana no sabe si los ahorcarán uno por

uno o todos a la vez, no lo ha visto nunca, nadie se lo ha contado. Preferiría que fuesen los cinco a la vez, en un solo segundo, todo acabado en un minuto, irse de allí. Siente a cada momento una mayor necesidad de alejarse de la plaza, una necesidad casi física. Siempre le ha costado vomitar, lo ha hecho muy pocas veces en su vida, pero siente ahora queso líquido en la garganta, justo debajo del paladar. Su hermano parece tranquilo.

Suben por fin a los condenados por la escalera lateral, solamente son dos. La hermana no entiende: ni uno por uno ni todos a la vez... ¿De dos en dos entonces? ¿El último solo? ¿Primero dos y después tres? Empieza a marearse, da lo mismo, da lo mismo cuántos, cómo, quiere que acabe, irse. Se acerca a su hermano, toca su axila con el hombro. Decide mirar después los zapatos de los que les preceden.

Uno de los que acaban de subir es su antiguo vecino. La hermana lo reconoce en el acto, a pesar de la falta de pelo, la barba. No notan en su rostro ningún gesto inusual, parece que ha previsto la situación una y otra vez. En el gesto del otro se percibe más la angustia; nadie diría que han sido compañeros, que han sido parte de lo mismo.

Todo resulta bastante más sencillo de lo que había supuesto la hermana, no existe ninguna clase de ceremonia. Nadie dice absolutamente nada, ni el verdugo ni los ahorcados, ni siquiera las autoridades. No les interesan los mensajes verbales, suficiente con los propios ahorcados. No hace falta más que segundos por tanto, incluso el balanceo acaba antes de lo que imaginaba, todo queda inmóvil inmediatamente.

La hermana sospecha que el público no sabe qué hacer, qué viene a continuación. No traen más presos, nadie parece saber para quién son las otras tres sogas, todo permanece inmóvil. La gente mira a los ahorcados, a las otras tres sogas, enderezan el cuello, atentos al verdugo, a los guardias, nadie se mueve. La hermana se pregunta si habrá acabado.

Al principio no se dan cuenta de que ahora el movimiento comienza entre el público, de que varios policías, en grupos de tres, avanzan a través de las filas, con respeto pero a pequeños empujones. Varias personas entonces, al darse cuenta de lo que ocurre, corren hacia las salidas de la plaza. Los policías de los controles detienen a la mayoría, pero algunos consiguen escapar, no hay suficientes agentes.

La hermana no sabe cómo actuar, qué está ocurriendo, si es normal. No ha participado nunca, nadie se lo ha contado. Mira hacia la izquierda y hacia atrás. Ve a un hombre justo detrás de su hermano moviendo la mano, sacude un pañuelo negro en el aire. Unas cuantas filas más allá agitan otro pañuelo, negro también; no comprende.

Llega a su altura uno de los grupos de policías. Un agente se coloca entre ellos dos y agarra al hermano por la axila derecha. La hermana imagina que el policía que se ha situado en el otro extremo tiene agarrado el brazo izquierdo de su hermano. El tercer agente abre camino para poder avanzar con el nuevo detenido. Ella mira angustiada a su hermano, lo ve tranquilo. «En casa ya lo saben», dice.

Colocan al hermano al lado de una de las sogas. Poco después suben a otro que no deja de dar patadas al aire, en todas direcciones, hasta que acaban atándole las piernas y dejándolo a rastras junto a su nudo. La hermana escucha a alguien decir que debía haber un tercero que ha podido escapar.

Los ahorcan como a los anteriores, rápidamente, sin ceremonias, sin aspavientos. La gente, ahora sí, empieza a abandonar la plaza, saben perfectamente que ha acabado, que no habrá nada después de aquello, que no puede haber nada.

La hermana no sale de la plaza, se apoya contra uno de los pilares de piedra, se arrodilla, ojos completamente abiertos, mira al suelo. En esa postura siente claramente la llegada del período, nueve días antes de lo que esperaba.

Desde que Eszter se aloja con nosotros, no podemos pasar tanto tiempo en el hotel; nos hace salir prácticamente a diario, pasear, vagar, pero a Soro no le interesa Varsovia. Dice: ¿qué es esto? ¿Qué es Varsovia? Una pared, otra, otra, una pared detrás de otra... Dice que ya ha visto demasiadas paredes en su vida, habla de ochenta años de paredes.

Eszter nos ha llevado a un parque entonces, ha desafiado a Soro: le ha preguntado si es capaz de encontrar paredes allí. Pero Soro tiene respuesta para todo y ha contraatacado, le ha preguntado cómo sabe ella que estamos realmente en Polonia, que esto no es cualquier otro lugar, cómo sabe ella que el avión nos trajo a lo que históricamente se conoce como Polonia o que, aun siendo así, cómo puede saberse si el taxista del aeropuerto condujo hasta Varsovia y no hasta Poznan, por ejemplo. Eszter se ha reído, con esa risa suya, rítmica pero escandalosa, y le ha dado la razón, ha reconocido que lo más probable es que hayan urdido un complot telúrico, internacional, contra sir Soro Barturen. Soro se ha sentado en el suelo del parque entonces y no se ha movido hasta que nos hemos retirado al hotel.

Están ahora traduciendo los dos cuentos encontrados aquí. Leire Barturen ha encontrado un traductor, cerca de Donostia, capaz además de traducir directamente al euskera. Parece que trabaja en diferentes proyectos en estos momentos, un guion de cine entre otros, y nos ha avisado de que tardará más de lo habitual, por si queremos buscar otro. Esa actitud ha gustado a Soro y le ha ofrecido 4.000 euros más.

Soro incluso lo ha invitado a venir a Varsovia, podrían así comentar los cuentos entre los tres, pero él ha contestado que no, a pesar del dineral. Dice tener tres hijas, mujer, buen trabajo, buena calidad de vida; insiste en que no está como para moverse ahora mismo. Soro ha subido la oferta de mil en mil a cada mensaje, le ha llegado a ofrecer una cantidad como para perder el conocimiento, pero el traductor no ha aceptado, ha vuelto a mencionar a sus hijas, a su mujer. *Me gusta este polaco cabrón*, ha dicho Soro.

Leire Barturen no ha encontrado aún la dirección de Pedro Iturria en Polonia. Normalmente lo hace enseguida: nos envía la calle, tomamos un taxi y, en resumen, nunca lo encontramos allí. Ahora, sin embargo, todo nos parece un poco diferente, y es que Iturria ha publicado en polaco hace tres y cuatro meses, por lo que no ha podido ir demasiado lejos, es posible que todavía esté aquí. Tenemos la sensación de que es el momento, porque Iturria no puede moverse tan deprisa, aunque sepa que hay gente tras él. Por mucho que quiera escapar, le costará cada movimiento, cada

cambio, también él estará a punto de cumplir los ochenta. Tampoco dejo de dar vueltas a otra cuestión importante para mí: ¿seguirá escribiendo? ¿Estará redactando algún cuento en este mismo momento, o los tendrá todos preparados hace tiempo?

Es la habitación de hotel la que nos da ahora más quebraderos de cabeza. Eszter es una persona de costumbres peculiares, o quizá son peculiares para nosotros, para nuestra edad. Al entrar al baño, por ejemplo, no cierra la puerta, la deja muy abierta incluso alguna vez, y escuchamos todos sus sonidos. Nos miramos, nos avergonzamos, *Esas cataratas,* ha dicho Soro alguna vez.

Anteayer, otro ejemplo, entró a la ducha y se olvidó la ropa limpia para después. Al salir, para aparecer delante de nosotros, en la habitación, utilizó los libros que lee Soro en el baño. Se tapó el pecho con *Padres e hijos*, de Ivan Turgueniev y colocó una Biblia apócrifa delante de la unión de las dos piernas. Turgueniev no le tapaba, evidentemente, los dos pechos al completo y no vio necesidad o manera de esconder el trasero, le faltaban manos.

Soro salió inmediatamente al pasillo del hotel, a trompicones, nervioso, y yo fingí estar interesadísimo por lo que leía en aquel momento: «La noche era oscura, estrellada, el camino ennegreció entre la blanca nieve». Un culo pasó a centímetros de mí, entre nieve, en la noche estrellada... Intenté no mirar: miré.

Soro pasó más de media hora en el pasillo y seguía nervioso cuando entró. Lo comentamos ayer, los dos coincidimos en la misma idea: la próxima vez que Eszter olvide la ropa, ni siquiera utilizará los libros, no hará ni el más el mínimo esfuerzo por taparse.

Cuanto más conoce a Eszter, más le gusta a Soro. *Leire tiene que conocer semejante galerna de mujer*, dijo. Después comentó que parece hija de Iturria, sobrina, nieta... *Esta puta Varsovia también*, dijo más tarde, *una pared detrás de otra*.

–El suizo hoy, ¿verdad, Eszter? El cuento suizo...

–Correcto: Zúrich.

–El segundo entonces, el de Berna, mañana. ¿Has leído el cuento de Berna, Eszter?

–Obvio. ¿Qué querés que haga si no en este hotel? Porque a sir Soro Barturen, a su majestad, no le interesa Varsovia, no necesita salir. ¿Cuántas horas llevamos en esta habitación? Leí incluso el austriaco más de diez veces.

–Cierto, el austriaco... ¿Qué es eso? ¿Qué es realmente? ¿Es realmente un cuento? ¿Un ensayo? ¿Una miscelánea? *¿Silva de varia lección?* ¿Qué busca Iturria? ¿Qué te ha parecido, Eszter?

–Escaso. Muy escaso. No sé por qué lo hizo. En comparación con los demás, no es nada, no dice nada. No parece suyo.

–Eso es, de acuerdo, eso es. No llego a entender qué le pasó a Iturria en Austria. ¿Una mala racha? ¿Estuvo enfermo? ¿Insomnio? ¿Descomposición? No se me

ocurre. Otro dato: solamente publicó un texto en Austria, no dos como otras veces, como siempre. Ese texto triste además... No me explico cómo se lo aceptaron en la revista, andarían escasos de material. Nada que ver con lo demás.

–No siempre se puede navegar en altura. Siempre y en cualquier sitio.

–Cierto. También es cierto. Abre Tolstoi, abre Proust, abre Conrad... No todo es pesca de altura, dices bien. Todas las páginas quiero decir. También Iturria merece ese privilegio, escribir páginas escasas, estar enfermo, dormir mal, poca claridad mental...

–Amén.

–No lo comentamos entonces, el de Austria.

–Yo no tengo nada que decir. ¿Vos?

–Tampoco yo. El primer suizo ahora entonces: los ahorcados. Los hermanos van a ver ahorcados. ¿También a ti te ha engañado, Eszter?

–¿Engañar?

–Engañar, sí: judíos, armenios, ahorcados... Todo parece de otra época. También tú lo pensarías al principio, que se trataba de otra época, la Edad Media quizá, antes incluso. ¿No lo pensaste, Eszter? No me lo creo.

–Obvio, lo pensé, cómo no lo iba a pensar. Todo está dirigido a eso.

–Un elemento antiguo detrás de otro... Pero cuidado: ¿por qué antiguo? ¿No hay judíos ahora? ¿Armenios? Existen lugares en los que continúan ahorcando, ejecutan a la gente de maneras incluso más asquerosas. La horca es limpia en comparación con algún otro sistema. ¿Nos vamos a escandalizar ahora porque ahorquen a cuatro?

–Vengo de la Argentina, sir Soro.

–Eso es, ¿qué son cuatro personas, diez, cien? Iturria envejece el cuento, pero todo es fresco. ¿Por qué ese toque antiguo entonces? ¿Por qué te parece?

–No lo sé. ¿Un truco? ¿Quiere darnos una sorpresa después? Yo me sorprendí cuando la hermana sacó la computadora. ¿Un pequeño truco?

–¿Un truco? Un truco... ¿No conoces a Iturria todavía? Podrías ser su sobrina, su hija, ¿y todavía no lo conoces?

–...

–Me da la impresión de que para Iturria no existen ya cosas nuevas o antiguas, no hay diferencia. Todo es lo mismo para él, Eszter, lo antiguo, lo nuevo, todo igual. El ordenador de la hermana es tan antiguo como sus vacas. El ganado adivina el tiempo, el ordenador adivina los horarios de tren. Todo es uno para Iturria. Es posible que todavía no lo entiendas, a tu edad, pero ya lo entenderás. Todo es lo mismo.

–Empiezo a entenderlo.

–¿Y los armenios, Eszter? ¿Por qué armenios, judíos? ¿Es casualidad? ¿Los nombra por nombrar, sin pensarlo? ¿Podría mencionar otros pueblos? ¿Sirios? ¿Turcos?

–Dudo ya de que Iturria haga nada sin pensar. Lo aprendí con vos. Pero turcos no.

–¿Por qué turcos no?

–Porque juega con los pequeños: armenios y judíos. Los judíos son pequeños y grandes al mismo tiempo, es más complicado en su caso. Pero turcos no. Podrían ser kurdos, pero nunca turcos.

–«Los judíos son pequeños y grandes al mismo tiempo.» Me ha gustado la frase. Debo darte la razón prácticamente siempre, Eszter Nagy.

–Gracias, señor Barturen.

–Pero además ahorcan a gente en ese lugar, donde judíos y armenios son extranjeros. No sabemos a quién ahorcan, pequeños o grandes, pero normalmente son los pequeños los ahorcados. ¿Por eso utiliza a judíos y a armenios quizá? ¿Por ese sufrimiento? Porque los crucifican, los fusilan, los gasean, los llevan a desiertos para que mueran de sed y de hambre. ¿Puede ser, Eszter? ¿Puede estar ahí la explicación?

–Podría ser. No lo pensé hasta ahora.

–Tampoco yo. Pero para eso estamos aquí, para eso todos estos comentarios, estas veladas. Quizá entre los dos lleguemos a entender un tercio del cuento. Los ahorcados por ejemplo. ¿A quién ahorcan? ¿Quién ahorca? ¿Quién es, Eszter, quién te parece?

–¿La autoridad? La autoridad.

–Siempre se necesita un poco de autoridad para ahorcar, para fusilar, para condenar. Aquí se entrevé algo más que un poco. Lo dice el hermano, en algún momento: todos caen. No puede hacerse nada contra ellos, poco, resistir durante un tiempo y caer. No cambia. También ahorcan al hermano, y todo el mundo sabe que lo van a hacer, pero su hermana no. Parece que la hermana no sabe nada, ¿verdad, Eszter?

–Cierto.

–¿Y por qué quería él ir a ver a los ahorcados entonces, por qué esa insistencia? ¿Decide ir a que lo maten? ¿A entregarse? ¿Sabía que lo iban a ahorcar ese mismo día? ¿Está cansado? ¿Aburrido? No parece. ¿A qué va entonces?

–Puede que no mienta a su hermana, que realmente vaya a ver a su amigo.

–Eso también, no ha mentido a su hermana, seguro. ¿Pero solo a ver a su amigo? Da la impresión de que va a algo más; me parece, me lo parece desde el principio, que va a ver su propia muerte: quiere ver cómo lo van a matar, cómo le van a colocar la soga. Todos lo hacemos en un momento dado. ¿No lo haces tú, Eszter?

–¿Cómo?

–Ir a ver tu muerte. Todos lo hacemos, cuando vamos al hospital a ver a una tía por ejemplo, a nuestra propia madre, a algún primo, a amigos... Miramos su manera de morir, nos interesamos, queremos saber cómo moriremos nosotros, queremos entenderlo, tener en cuenta cada detalle. Y hablamos de enfermedades, y son las nuestras, las que nos van a matar, las que nos van a ahorcar. ¿Tenéis costumbre de hablar de enfermedades en casa, Eszter?

–No demasiado.

–Ahí se ve que eres joven. O inconsciente. O inmortal. No tengo ni la más mínima duda: dentro de algunos años la gente no morirá. O mejor dicho: no morirá el que no quiera. Siempre habrá alguien que quiera morir. O es posible que sea la élite la que no muera, como siempre, hasta que se rebelen los demás, los últimos. Se igualarán entonces, se harán parecidos al menos. Y los inmortales leerán a Camus y se burlarán. Suficiente, ya me callo, suficiente... Vuelvo a perderme, estoy totalmente perdido. ¿De qué hablábamos, Eszter? ¿Qué...?

–No sabemos por qué fueron los hermanos a ver a los ahorcados.

–Cierto, eso es. Todo el mundo sabe que van a ahorcarlo; todos menos su hermana. ¿Qué relación hay entre ellos? ¿Por qué le ha pedido que lo acompañe? ¿Quiere enseñarle su muerte? ¿Quiere morir en familia? ¿Necesita compañía? ¿O es una especie de tortura? ¿Existe, quizá, otro tipo de relación entre ellos? ¿Ves algo más en esa relación, Eszter?

–No querría verlo.

–Yo algo percibo, no sé, puede que vuelva a ver demasiado, no sería la primera vez. Se acerca a su hermano cuando siente miedo, nadie es tan seguro como él. Aquí: «Se acerca a su hermano, toca su axila con el hombro». Se protege contra él, se esconde. ¿Qué ha pasado ahí? ¿Veo algo que no hay, Eszter? Es igual, no me hagas caso. ¿Y los puestos, los vendedores camino de la horca? Ahí sí, ahí seguro que has visto algo.

–Espectáculo, sir Soro.

–¿Espectáculo?

–Lo de siempre: horcas, torturas, lapidaciones... ¿Vamos a empezar ahora a ser seres inocentes, míster Barturen? La horca siempre trajo espectáculo, el espectáculo gente, la gente hambre, el hambre dinero. Y siempre habrá alguien para ganarlo. Ahí no innovó Iturria, me parece que no aporta nada al cuento, que es de las pocas cosas que no aportan. Diría que lo único que hacen los vendedores es ambientar la narración.

–Puede ser. Así y todo dice mucho sobre las personas...

–Claro: muchas cosas y vulgares.

–¿Es vulgar vender? ¿Es el dinero vulgar?

–Muy vulgar.

–Puede ser. Una última cosa, Eszter: el periodo. Matan a su hermano y ella siente la sangre inmediatamente, nueve días antes de lo que esperaba. Es ahí donde me ha parecido ver una relación diferente entre ellos; antes no lo he dicho, pero es ahí donde lo he visto más claro. Pero yo no sé demasiado sobre esas cosas, quizá tú...

–¿Yo? ¿Qué soy yo, ginecóloga, don Soro?

–Pero la...

–Todas son diferentes.

–Y listo...

–Y listo.

–Da para muchas interpretaciones.

–Libres.
–Simples y complicadas.
–Libres.
–...
–...
–¿Y listo?
–Y listo.

SEGUNDO RELATO SUIZO

BERNA

Sobre el vinagre

Debemos robar una puerta, le digo, ven con nosotros, necesitamos ir al hayedo después. Parece que no entiende, se roban casas, dice, coches, bicicletas, se roba oro, pero no se roban puertas. Es su lógica, su manera de razonar. Yo solamente le repito lo que me dijo Axel, debemos ir cuatro a robar la puerta, pídeselo a tu amigo, seremos cuatro con él. Yo siempre he pensado que podría hacerse con dos personas, que Axel y Merdja se las arreglarían solos, robar la puerta, acercarse al hayedo.

Sorteamos la valla de la casa con facilidad, Axel y Merdja entran por delante, como siempre, nosotros dos después. No hagas ruido, le digo. ¿Para qué?, me vuelve a preguntar. Trata de preguntar para qué robamos la puerta, esa puerta. No le contesto, no comprende los usos de nuestra familia, le parecen extraños. Llegará a comprenderlo en algún momento, quizá necesite años aún.

No es solo nuestra familia, existen docenas con la misma costumbre, pero a él sigue pareciéndole extraño, y vuelve a preguntarme, parece imbécil. Le digo que se calle, al otro lado de la valla, cerca de la portalada, pueden oírle en la casa, puede despertarlos, hacer que salgan al patio. Sería un desastre ahora, sobre todo ahora, cuando nuestro padre espera en el hayedo.

Axel y Merdja se acercan a la puerta, solos, nosotros dos permanecemos un poco apartados. Son ellos quienes controlan estos trabajos, los detalles, le explico. Sobre todo hay que actuar en silencio, empezando por la cerradura. Es como en los robos ordinarios, le digo, esa parte. Se utilizan ganzúas, pequeños martillos, creo. Aprendí algo cuando Axel se lo explicó a Merdja, pero tampoco todo, no es sencillo. Vista la postura de Axel hoy, da la impresión de que será Merdja quien se ocupe. Lo hace bien, la puerta cede enseguida y sin ruido, de manera natural.

No entramos dentro, no tenemos por qué entrar, le explico. Es necesario abrir mucho la puerta, eso sí, quicios, bisagras, goznes, todo debe verse perfectamente; utilizan una pequeña linterna. Yo conozco las palabras, goznes, quicios, lo he escuchado cientos de veces en casa, pero no sé qué son, cuál es su función. Es fundamental retirar los tornillos, es lo poco que sé; creo que son bastantes, y que hay que hacerlo rápidamente, sin despertar a nadie en la casa, porque nuestro padre lleva desde las cuatro de la tarde en el hayedo. Son ahora las tres de la madrugada, ha sido un día de calor, ha pasado once horas allí. Merdja no puede soportarlo, no puede ver a nuestro padre así. Ha discutido con nuestra madre, han gritado; dice

nuestra madre que no podía tolerar que el padre siguiese en casa un minuto más.

Axel y Merdja empujan hacia arriba y sacan la puerta de los quicios. Se escucha un pequeño chirrido, no lo suficiente como para despertar a nadie dentro de la casa. Nos piden ayuda, colocamos la puerta en horizontal y nos dirigimos al hayedo.

Caminamos trotando, lo más rápido de lo que somos capaces, nos preocupa que todo el mundo esté reunido ya, en torno a nuestro padre, a nuestra madre. Es necesario tratar bien a la gente, sobre todo a esa gente, porque tampoco es la mejor hora, no es lo habitual. Axel nos recuerda además que el maestro ha llegado antes de las dos al hayedo, que lleva más de una hora esperando. Dice que nos hace un favor, un favor enorme, viniendo a esta hora, no podemos tenerlo así. Siempre he pensado que Axel llegará algún día a ser maestro de enterramientos.

Hay más gente de la que pensábamos en el hayedo. Incluso nos avergonzamos cuando un grupo se separa para hacernos una especie de pasillo hasta nuestro padre. Al llegar a él, vemos a nuestra madre a su lado, al maestro de enterramientos, un tío, tres tías.

Dejamos la puerta en el suelo, cerca de él. Habíamos olvidado el olor, o es posible que se haya intensificado mientras traíamos la puerta. Algunos sostienen un pañuelo apretado contra la boca y la nariz, sobre todo en las primeras filas. Lo veo como una falta de respeto, pero lo más probable es que yo hiciera lo mismo si no fuera mi padre. Merdja es la única que no cambia el gesto.

Los mismos cuatro que hemos traído la puerta colocamos a nuestro padre encima de ella. Una de las tías se agacha para ayudarnos, se arrodilla, pero apenas hace fuerza. Da la impresión de que quiere hacer destacar su presencia, poco más. Nos cuesta levantar el cuerpo, y es que engordó mucho a partir del primer retiro, aunque perdió varios kilos durante la enfermedad. Lo colocamos encima de la puerta como marca la tradición: la cabeza cuatro dedos más baja que el marco superior. Nos apartamos, debe hablar el maestro.

El maestro de enterramientos demuestra que conocía perfectamente a nuestro padre, no se trata de la típica cháchara, incluso menciona algún aspecto que ni siquiera nosotros sabíamos. Lo agradecemos, somos conscientes de que hay ocasiones en las que se elige pésimamente al maestro. Ha evitado, además, un tono excesivamente metafísico en lo que se conoce como «Exordio de la puerta», cada vez más habitual, algo que también agradecemos, Axel y yo al menos; Merdja continúa con el mismo gesto. Tras las últimas palabras del maestro, se intuye un conato de aplauso, que se suspende al momento, al sospechar lo extraordinario de esta familia, quiero pensar.

Las dificultades comienzan ahora, lo más delicado de la ceremonia. Introducimos con cierta facilidad puerta y cuerpo en la fosa, no en vano ensanchamos ayer el hoyo más de dos metros. Siempre se cava con amplitud, le explico, las puertas son grandes, la nuestra más de lo habitual. Los amigos de Axel se acercan a ayudar, nosotros cuatro solos no habríamos podido, sobre todo la retirada de la puerta. Se necesita más fuerza de la que pueden aportar cuatro personas para

retirar la puerta de debajo del cuerpo una vez dentro de la fosa. La cintura se resiente, las manos sufren entre la tierra y la madera, uno de los ayudantes debe colocarse prácticamente debajo de la puerta, como si él mismo estuviese sepultado.

A las grandes familias, aquellas con muchos miembros jóvenes, les resulta más sencillo, introducen el cuerpo en la fosa con ligereza, retiran la puerta con movimientos ágiles. El cuerpo se deposita como si estuviera echándose a dormir, llega a ser estético incluso. Imagino que lo idearían con esa intención, cuando las familias eran numerosas, tres o cuatro generaciones, más gente joven para honrar a los muertos. Lo contrario resulta penoso, entre las familias antiguas, con hermanos y hermanas muertos hace tiempo, solteros la mayoría, sin padres o hijos, sin apenas sobrinos... No queda entonces nadie para retirar la puerta de la fosa. Contratan a trabajadores, gente desempleada, sin oficio; retiran la puerta de manera desastrosa, brutal, sin voluntad. Arañan la madera, se desfigura, incluso he llegado a ver una puerta partida en dos, le digo.

Y es, precisamente, algo que no podemos permitirnos nosotros bajo ninguna circunstancia. No podemos desfigurar la puerta, dejar que se rompa, crearle ningún tipo de desperfecto. Era diferente cuando esta puerta nos pertenecía, cuando vivíamos en la casa. Sufrió entonces algún arañazo en los entierros, en el de la abuela por ejemplo, pero disponíamos después de siete días para repararlos, para hacer desaparecer las marcas, para que quedase como recién estrenada. La puerta no puede volver a colocarse en siete días, le explico. La casa necesita siete días, es lo que se dice, para que salgan los últimos olores del muerto, los últimos trozos de espíritu, los últimos ardores. No ha entendido esta última parte, los ardores, me lo ha preguntado, no se lo sabría explicar, le he dicho que se calle, como si estuviera interesado en escuchar la segunda intervención del maestro de enterramientos.

Ahora no contamos con siete días para reparar la puerta, debe colocarse hoy mismo; la casa no es nuestra ahora. No podemos hacerle ni el más mínimo rasguño, debemos evitar incluso cualquier rastro de suciedad, de ahí la petición de ayuda de Axel a sus amigos, y es que es necesaria la fuerza de varios brazos para que los movimientos resulten limpios. Algunos de los amigos de Axel trabajan con cargas, en camiones, en el puerto, están acostumbrados. Diría que lo hacen perfecto, prácticamente no tocan las paredes de la fosa. Dejan caer el cuerpo quizá más bruscamente de lo necesario, pero la prioridad hoy es la puerta. Merdja cierra los ojos con violencia al oír el golpe del cuerpo en la tierra, como si quisiera romperlos.

Quien más quien menos, todos nos apresuramos a llenar de tierra la fosa, debemos acabar cuanto antes, a estas deshoras. Trajeron siete palas, dos azadas. No, le digo, a punto de acabar, mientras dejo la pala, no colocamos más madera entre la tierra y el cuerpo, como vosotros. Tampoco podemos dejar la puerta dentro, la necesitamos para la casa, para el día a día, siempre habrá otros muertos. Continúa mirando fijamente la tierra removida, deja de preguntar.

El maestro pronuncia sus últimas palabras, pertinentes también, claras. Colocan la piedra. Comienzan las despedidas, algunos marchan sin decir nada. El grupo

merma inmediatamente, quedan varias personas de la familia, algún amigo cercano. Nos parece buen momento: levantamos la puerta, Axel y Merdja por delante, como siempre. Axel pide permiso a nuestra madre con un gesto, ella asiente, nos vamos. Merdja avanza con la vista perdida, ni siquiera respeta el protocolo generacional. Los demás sentimos que no es momento de aplicar el vinagre aún, todavía queda gente.

Nos dirigimos a la casa por el mismo camino, pero nos detenemos a unos doscientos metros de la valla. Colocamos la puerta en el suelo después de retirar todas las piedras que asoman entre las hojas muertas. No queremos sorpresas ahora, alguna marca de última hora, arañazos, después de salvar lo más complicado. Apoyamos la parte superior de la puerta en una rama verde y la inferior en el suelo; de esa manera, el vinagre correrá hacia abajo sin dificultad. Axel saca la botella y un trapo nuevo de la bolsa. Vierte unas gotas de vinagre en la parte superior de la puerta, con suavidad. Las gotas resbalan, hasta la mitad de la puerta algunas, hasta donde debería estar la aldaba otras. Una lluvia artificial, desequilibrada, engendrada por Axel. Siento cierta admiración: es mi hermano, está dominando el vinagre. El propio Axel pasa el trapo ahora, expande las gotas, hace que desaparezcan. Merdja toma el trapo después, imita a su hermano a este lado. Repiten la operación en la parte inferior de la puerta.

¿Qué es?, pregunta, se refiere al vinagre, ¿para el mal olor?, pregunta. Eres bobo, le digo, cómo va a ser para el olor. Le hablo de la tradición, de los ritos, pero me da la impresión de que, en cierto modo, no le falta algo de razón. Ahora pienso que el rito puede ser disfraz de algo, como otros muchos ritos. Mantenemos el cuerpo demasiado tiempo antes de enterrar, el hedor resulta insoportable la mayoría de las veces. Es posible que el vinagre sea disfraz de algo, todo lo relacionado con el vinagre, el brillo de la puerta, «El espejo del espíritu» le dicen, toda esa floritura en torno al rito, todo ese espectáculo. Podría ser que el único motivo fuera el mal olor, yo también lo he pensado alguna vez. Debe frotarse lo más fuerte posible, es lo que aprendemos, es lo que nos enseñan. «Lluvia de vinagre» le dicen, como si viniese de otro mundo, de un mundo que no conocemos y que no comprenderíamos...

Una vez terminada la lluvia y el brillo del vinagre, Axel dice las últimas palabras. Merdja y yo repetimos el salmo después, lo conocemos de memoria: «A ti, espejo del espíritu, miramos, lago de pureza...» etcétera, siempre lo mismo. Recogemos la puerta y avanzamos hacia la casa.

Atravesamos la valla con mucha más facilidad que antes, parece cosa de confianza, sabemos que falta poco. Dejamos la puerta en el suelo, entre el patio y las escaleras, mientras Axel prepara las herramientas. Se le cae una ganzúa al suelo, choca contra una baldosa, produce un pequeño ruido metálico. Merdja parece que despierta en ese mismo instante, perdida desde minutos antes del entierro hasta ahora; gira apresuradamente la cabeza, mira a Axel con ojos asustados.

Se enciende la luz de la entrada. Vemos a un hombre de pie bajo el marco sin puerta, en pijama, una chaqueta de traje encima, parece hecha a medida. No da la

impresión de haberse levantado de la cama ahora mismo. Nos mira, frunce el ceño, no excesivamente. Yo diría que ha visto todo desde el principio, que lo ha oído al menos: cómo hemos sacado la puerta, cómo hemos atravesado la valla. Es posible que no le haya dado tiempo antes a bajar hasta la entrada, que haya estado esperando allí desde entonces.

No sabemos cómo actuar, miramos al hombre. ¿Vuestro padre?, pregunta. No contestamos. Repite la pregunta, relaja las cejas.

–¿Vuestro padre?

–Sí.

–Lo siento, era un buen hombre. Estará viéndoos ahora, estará orgulloso de sus hijos...

Siento la rabia de Merdja junto a mí, se le acelera la respiración, estruja la tela del pantalón con la mano derecha. No levanta demasiado la voz para contestar al hombre.

–Nadie ve nada.

–...

–Nadie está orgulloso de nada.

Nos vamos. Dejamos la puerta donde está, en el suelo, ninguno hacemos ni el más mínimo ademán de continuar con el trabajo. Imaginamos que él mismo colocará la puerta, mañana, pasado, deberá pedir ayuda.

Encontramos a nuestro padre solo cuando volvemos a cruzar el hayedo. Nosotros seguimos hacia casa, pero Merdja se tumba junto a la piedra, sobre la tierra removida, húmeda. Llega tres horas después, sucia, la ropa, la cara, las uñas.

Somos cuatro ahora en esta habitación del Sheraton, pero tampoco podemos quejarnos de falta de espacio, ni siquiera si entraran cuatro personas más. Soro ha recogido a un hombre en la calle, en la portalada de una iglesia. Pedía dinero, y aunque Soro no se lo haya dado, se ha sentado a su lado, en el suelo. Eszter y yo, por nuestra parte, hemos seguido avanzando hasta que nos hemos dado cuenta. Soro y el hombre se han mirado largamente, festivos, muy de cerca incluso. Varios minutos después se han levantado y, sin decir palabra, el hombre ha venido a alojarse a nuestro hotel.

Creemos que se llama Mazurek, pero no lo sabemos con seguridad, y es que Eszter no le entiende una sola palabra. Cree que habla algún tipo de dialecto o que utiliza una lengua que no se rige por reglas regulares. Dice que «Mazurek» significa 'mazurca' en polaco, y, a decir verdad, el hombre tiende a cantar más que a hablar (canta incluso comiendo). Nada más entrar al hotel, les ha cantado a los recepcionistas, incluso ha llamado a todas las puertas de nuestro pasillo mientras cantaba a través de las cerraduras. Lleva una barba tiesa y es más joven que nosotros, aunque no mucho, o está muy echado a perder. Sus ojos son prácticamente rectangulares.

En cuanto ha sentido el calor de la habitación, Mazurek se ha quitado varios abrigos y chaquetas y se ha sentado en el sofá. Hasta entonces y al aire libre, no era tan evidente, pero ahí hemos empezado a percibir su olor, por mucho que llevara aún tres o cuatro capas más de ropa. Le hemos señalado el baño y la bañera, pero, aun entendiéndonos perfectamente, nos ha parecido que se hacía el sueco. Después ha sacado, casi de inmediato, una botella de uno de los bolsillos.

Lo hemos levantado entre los tres y, a pesar de costarnos un triunfo llevarlo hasta el baño, hemos conseguido llenar la bañera y meterlo allí. No ha querido quitarse la ropa para entrar en el agua, aunque era lo que menos nos importaba. Al sentir la incomodidad de la ropa empapada, sin embargo, se ha desnudado inmediatamente y ahí hemos visto lo que era en realidad: más joven y bastante más delgado. En la calle parecía incluso grueso.

Eszter le ha lavado el pelo, le ha frotado la barba (no tan rígida ya) y creo que hemos gastado todos los botes de jabón del hotel. Duerme en el suelo ahora, encima de la alfombra, sin hacer caso a los sofás. Ha cenado un pollo entero después de la sopa.

Por ahora lleva mi ropa, pero en cuanto se ha dormido, con los primeros ronquidos, Soro ha pedido una cinta métrica y le ha tomado medidas. Lo ha movido

de un lado a otro, no se ha despertado, aunque con cada movimiento percibíamos cierto recuerdo alcohólico, incluso después del lavado, los champús, después de que Eszter se haya dejado las uñas frotándolo. Una vez conseguidas las medidas, Soro ha encargado por teléfono ropa para él (dos o tres trajes, pijamas, pañuelos de seda...). Eszter se burla de él, imagina a Mazurek vestido de traje, «Tendrá un aire a Friedrich Engels», dice.

Además de todo este trajín, Soro también ha encontrado tiempo para hablar con su hija. Leire nos ha hecho llegar varias noticias, todas positivas. Dice que ya están en sus manos las traducciones de los dos cuentos polacos de Iturria, que hoy mismo se los ha enviado el traductor. Los textos están ya en su ordenador, pero necesita hacer un par de revisiones antes de mandárnoslos.

También dice que ha solicitado varios días en el trabajo para venir a Varsovia, dice estar algo preocupada por nosotros. Su padre se ha reído en el teléfono, se ha burlado de ella, *No me seas pazguata*. Después le ha pedido, con toda la sorna de la que es capaz, que no se olvide de los chupetes, uno para Erroman, ha dicho, y otro para él.

La cosa no acaba ahí: Leire ha encontrado ya la casa de Iturria en Polonia. Le ha dictado la dirección a su padre y le ha aclarado que no está en la misma Varsovia, pero tampoco demasiado lejos. Soro, extrañamente, dice que no le apetece ir hoy.

Leire nos ha descrito la casa, cómo es, en qué barrio está y cómo podemos llegar. Pero sobre todo nos ha hablado del alquiler, del contrato, y es que ha encontrado algo nuevo. En los anteriores contratos solamente aparecía el nombre de Pedro Iturria, pero parece haber encontrado otro nombre en la firma de este: un tal A. Pienaar. Iturria vive con alguien ahora, o siempre ha vivido y viajado con alguien. Alguien que no ha aparecido en ningún papel hasta ahora.

–No estoy de acuerdo, Eszter. Ni pensar. Cero.

–¿Por qué?

–Porque significa quedarse fuera, Eszter, fuera del relato, en la anécdota. Repites lo de la puerta, el robo, el entierro del padre, el trabajo que les ha costado... A-néc-do-ta.

–Pero...

–¿Habría que decir quizá que nos quedamos en la epidermis, Eszter? Body milk, aloe vera, sin arrugas en cinco minutos. Eso es, Eszter, has dejado el cuento de Iturria sin arrugas, con la piel perfecta. Pero en una piel perfecta, Eszter, en una piel sin arrugas no hay nada, prácticamente nada, solo atractivo. Hay miles de arrugas en este cuento, Eszter, aunque pueda parecer lo contrario.

–...

–¿Utilizas aloe vera, Eszter, aceite de argán? También yo. A tu edad no deberías necesitarlo. Da lo mismo. ¿Has visto arrugas en este cuento, Eszter?

–Por lo que decís, parece que no.

–La religión, la primera arruga. Iturria habla de ceremonias, de ritos, de prédicas, de responsos... Todo parece nuevo, no lo he escuchado antes: maestros de enterramientos, el Exordio de la puerta, vinagre... ¿Qué significa, Eszter? ¿Qué es la religión en este relato? ¿Una nueva religión?

–Eso parece.

–¿Pero se trata realmente de una nueva religión? Quiero decir: ¿es realmente una religión? ¿O una antirreligión? ¿Algo posterior a la religión quizá? Da la impresión de que nadie en la familia cree en ningún dios, les parece incluso ridículo dar un «tono metafísico» al exordio. El maestro de enterramientos no parece sacerdote, ni siquiera fraile, el narrador cree además que su hermano Axel podría llegar a ser maestro algún día, a pesar de no parecer más que un simple ladrón. ¿Y el final, Eszter, ese final?

–¿El enfado de Merdja? Vos lo dijiste: tampoco Merdja cree, dejó de creer. Y se enfada porque no cree, porque no puede. ¿Podría ser?

–Podría. Y necesitan actuar en contra de la religión, necesitan rechazarlo todo, pero eso es lo más curioso, ahí está la contradicción, el absurdo: rechazan la religión con sus mismos métodos, con rezos, con responsos y con ceremonias. Y ahí comprobamos que la persona continúa siendo persona y que sigue sin fundamento. La persona se disfraza de fundamento, no sé si me entiendes... La persona se disfraza, quiere creer en su fundamento, pero lleva el cerebro oxidado, no avanza, el mecanismo encasquillado. Creemos que sí, que avanzamos, pero seguimos en Egipto, en Mesopotamia, repetimos ritos, ceremonias, *Libro de los muertos*, sudarios, vinagre, santos óleos, unciones, aceite de argán, aloe vera. Siempre es lo mismo, el cerebro sigue oxidado. Es lo que pienso de mí mismo: imagino mi cerebro de color naranja, envuelto en herrumbre, a punto de morir y sin inventar nada nuevo; siempre lo mismo, todos los días. Olvídalo, Eszter, no me hagas caso.

–No es cierto.

–¿Qué?

–Tu cerebro...

–Olvídalo, mi cerebro es lo que menos importa ahora. Sigamos, debemos continuar con el cuento. ¿La puerta, Eszter? ¿Qué es, qué significa? ¿Una metáfora? ¿Una metonimia? ¿Un juego? ¿Simple pragmatismo? Todos se preocupan por la puerta, que no debe arañarse ni ensuciarse. No parece que la puerta simplifique nada, más bien al contrario. ¿Qué es la puerta, Eszter?

–¿Un símbolo?

–Símbolo, símbolo... Otra vez esa desagradable palabra. ¿Vemos símbolos en todo, Eszter? ¿Nada es casualidad? ¿Los astros están alineados? ¿El hado, el destino? ¿Lo consultamos con Tiresias? ¿Vamos de pícnic a Delfos, Eszter, tarteras y termos?

–No seás boludo, Soro. Sabés que no tiene nada que ver.

–Lo sé, lo sé... No te enfades. ¿No vendrías a Delfos conmigo entonces? ¿No te sientan bien las altas temperaturas? Pues nada de Delfos, nos quedamos aquí, en el gran hotel Sheraton, en la gran Varsovia, y seguiremos escuchando los ronquidos

del gran Mazurek, seguiremos comentando los textos del gran Pedro. ¿Te das cuenta de que los ronquidos de Mazurek componen una especie de melodía, Eszter?

–No. No hasta ahora.

–Es igual. Sigamos con el cuento: ¿los nombres, Eszter? Axel, Merdja. ¿Procedencia? ¿De dónde te parece que pueden ser?

–No lo sé. Diría que no muy lejos de acá, Europa del este o Centroeuropa. No lo sé. ¿Alemania quizá, Axel al menos? ¿Suecia? No es fácil.

–Intuyo que es lo que ha buscado Iturria, Eszter, que no resulte fácil, que no sean sencillos de identificar. Aun así, busca «Merdja» en ese aparato, por favor...

–¿En internet?

–Por favor.

–Argelia: «Merdja Sidi Abed». Pueblo argelino. Es el único Merdja, al norte de Argelia. No aparecen más Merdjas. Curioso.

–Y tú lo has situado en Europa, sin ninguna duda, al este, en Alemania, Suecia, Chequia o Polonia. Y mira por dónde: un pueblo africano, Merdja. Yo ya lo sabía.

–Lo buscaste.

–Lo he buscado.

–Para hacerme caer en la trampa.

–Trampa, trampa... No seas tan quisquillosa, Eszter. El asunto es que Iturria ha inventado una religión, o una posreligión, y que necesita una nueva geografía. Y los nombres reales nos trasladan a geografías reales, y una geografía real acarrea consigo una historia real, unas coordenadas reales. ¿No te das cuenta, Eszter, no te has dado cuenta hasta ahora? ¿Qué es un nombre en una obra de ficción? ¿Cómo se crea, por qué? Un simple nombre añade años y años a un relato, lo carga. Un nombre marcado no deja que una ficción arranque de cero. Y todos los nombres son marcados, la mayor parte. ¿Cómo bautizarías tú a un personaje tuyo, Eszter?

–No lo sé. No lo pensé nunca: ¿un nombre agradable? ¿Cómodo? ¿Sencillo?

–No, no, ni pensar. No se trata de eso. O sí. Según cuánto necesites cargar el relato. En ocasiones conviene cargarlo, se ahorran explicaciones. Iturria, sin embargo, combina los nombres, un africano y un europeo, multiplica las opciones, el cabrón, las combinaciones. Por eso le llamo «cabrón», porque sabe perfectamente lo que está haciendo, porque nos utiliza, nos lleva donde le conviene, el cabrón. ¿Sabes cuánto mide Iturria? Nueve centímetros le faltan para los dos metros. Siempre andaba con dolor en las lumbares; las personas altas ya se sabe... Estará encorvado ahora, medirá bastante menos, se lo deseo. No es cierto, no se lo deseo, cómo le voy a desear semejante tortura, pero no creo que pueda ser de otro modo, lo imagino como una tijera ahora, medio cerrada.

–Sos el demonio, don Soro. Como una tijera... A quién se le ocurre.

–Seguimos, Eszter. También el vinagre. ¿Qué es el vinagre? ¿Ves ahí, igual que yo, madera, soldados romanos, lanzas? O quizá vuelvo a interpretar demasiado, como siempre, ¿podríamos hablar de «hiperinterpretación»? ¿Podemos intuir algo de eso o no hay realmente nada? ¿Cómo lo ves, Eszter?

–La verdad es que no lo pensé. Lo siento ahora.

–¿Hueles el vinagre en el cuento, Eszter?

–...

–¿Están avinagrados Axel, Merdja, los demás? ¿Estamos nosotros empezando a avinagrarnos? Es igual. No tienes por qué contestar. «Lluvia de vinagre» le llaman, hacen que la puerta brille. ¿Qué significa, Eszter? ¿Una nueva plaga? ¿La decimoprimera de Egipto? «Convirtiose el agua de los ríos en sangre, moscas y piojos invadieron las ciudades, granizo y fuego descendió de los cielos...» ¿También vinagre, Eszter? ¿Seguimos en la Biblia, en la Torá? ¿Repiten Axel y Merdja los mismos cuentos de las religiones clásicas?

–Eso parece.

–No suelen ser pobres, los cuentos religiosos. Pueden incluso llegar a resultar modernos. De hecho, los siguen plagiando hoy. Lluvia de vinagre, lluvia de vinagre... Hermoso. También desde el punto de vista cromático. ¿No resultaría hermosa una lluvia real de vinagre?

–Lo estoy viendo...

–¿Sabes lo que es un *magurio*, Eszter? *Erroman: ¿«magurio» en castellano? ¿No lo sabes? ¿Encontraremos* magurios *en Varsovia, Erroman?* Eszter, ¿inventamos una religión entre tú y yo? Erroman no, es una persona negativa; sus religiones ya están inventadas.

PRIMER RELATO DE VARSOVIA

La caza no es la respuesta

Son diez o quince minutos desde donde ha aparcado el coche, no puede acercarlo más, deberá seguir a pie. En cuanto la estrada se estrecha, siente una quemazón en la mano izquierda, acaba de rozar una ortiga con los dedos. No tocaba una desde niño; es más desagradable de lo que recordaba. Conoce el camino como la palma de su mano, debería conocer también las ortigas. Maldice su cerebro, Imbécil, piensa, lo dice. Está incluso convencido de que es realmente imbécil, a pesar de los títulos, cargos, de su sueldo fuera de lo común. No presta demasiada atención al dolor, no puede, no tiene tiempo.

Durante los primeros días tuvo que recorrer una distancia más larga, más penosa, los charcos le impidieron el camino habitual. Destrozó un par de zapatos, aún no acostumbraba a cambiarse la ropa del trabajo antes de venir.

Resbala. No cae al suelo, pero necesita apoyarse en la mano quemada para no manchar la ropa. El dolor resulta ahora más intenso. Compró estas botas para este camino, alta montaña, le dijeron. ¿Por qué resbalan?, piensa, ¿qué está pasando?, piensa, ¿por qué vengo?

Mira ahora el nuevo golpe de la mano. Limpia el barro y ve algo de sangre, algún guijarro quizá, alguna raíz. Siente una punzada, pero la mano parece estar medio dormida, no percibe tanto el dolor. Continúa caminando.

Llega por fin al puesto de caza. Sabe poco sobre árboles, hojas, plantas, siempre le parecen pinos, puede que algunos sean eucaliptos. Mira hacia la parte superior del puesto, se acerca un poco, su voz no llegará desde tan atrás, sabe perfectamente dónde debe situarse para gritar.

–¡Jan!

No dice nada más. Es su primer grito, siempre, espera después. Aparece una cabeza en el puesto de caza, todos los días lo mismo, unos segundos más tarde. No logra ver el resto del cuerpo, la cabeza vuelve a esconderse inmediatamente.

–Baja, Jan, hablemos mejor aquí.

Algo similar siempre. Cree que debe intentarlo, pero lo hace con poca fe ya, sabe que Jan no bajará tan fácilmente, que debe trabajárselo más y que, aun así, lo más probable es que no lo consiga. Mira el reloj: le dará un minuto para que dé alguna señal. Sabe que no lo hará.

Pasa el minuto, agarra la escalera y sacude la estructura con fuerza. Siempre lo hace, la madera parece podrida, por el color seguramente, por la humedad. Siente

que no podrá soportar su peso, que se deshará en cuanto apoye el primer pie, como si estuviese carcomida, como si la lluvia se hubiera filtrado dentro. Es su mayor miedo, un accidente: podría quedar sin conocimiento a los pies del puesto, cubierto de sangre quizá, y está absolutamente seguro de que Jan no le ayudaría, que no movería ni un solo dedo. Se quedaría allí arriba, piensa, supone que ni siquiera miraría hacia abajo.

No se desprende nada más que alguna hoja y varias gotas de agua con la sacudida de la escalera, aguanta por el momento. Comienza a subir. Unos metros más arriba siente el cambio de temperatura, el viento.

Ve a Jan sentado en su rincón, más oscuro a esta hora que en plena noche. Se sienta en la esquina opuesta, mirándole. Jan siempre esparce un manojo de hojas secas allí, para él, porque no parece que nadie más llegue hasta allí arriba. Le agradece el detalle, no tener que soportar la humedad de la madera.

–¿Lo has pensado, Jan?

–No voy a bajar.

–Pero, ¿por qué aquí?

–¿Y por qué no?

–Nunca has sido cazador. A ti la caza...

–La caza no es la respuesta.

Es habitual que se quede sin argumentos delante de Jan, no sabe cómo continuar. Tampoco sus réplicas son normales: «La caza no es la respuesta». ¿Qué significa?, piensa.

Se lamenta, antes conocía perfectamente a Jan, antes de que subiese al puesto de caza. Se entendían bien, en el trabajo, en el deporte, pero ahora, piensa, ni siquiera sabe cómo hablarle, se le hace imposible encontrar razones, argumentos. ¿Cómo convencerlo para que baje? Jan ataja inmediatamente su lógica, como si lo tuviera estudiado, en seco. Antes no era así, piensa. Mira la ropa de Jan: siempre la misma. Jan mira hacia arriba como si hubiera visto algo nuevo entre las hojas.

Incluso antes de llegar al puesto sabía qué iba a pasar, cómo iba Jan a arruinarle lo que pudiera decir. Si insistía en lo mismo, iba a recibir la misma respuesta, el mismo corte. Debía sorprenderle, no dejarle responder, o al menos no dejarle la respuesta en bandeja. Lo trae preparado hoy, ha pasado varios días sin dormir:

–Voy a venir con tu mujer.

Sabe lo que significa su mujer, el respeto en Jan, después de veintisiete años, todavía, como al principio, ninguna mala palabra nunca, piensa. Incluso antes de subir al puesto de caza era habitual que se mirasen a los labios, a las palabras. Nada ha cambiado desde que los conoce juntos, piensa. Por eso menciona a su mujer, por eso sorprende a Jan, lo deja sin palabras. Parece haber conseguido algo.

–Voy a venir con tu mujer.

–...

Quiere mirar el estado de sus ojos ahora, pero es difícil en la oscuridad. Jan se ha convertido en un maestro en esconderlos, no le interesa mostrarse en este momento.

Algo he conseguido, piensa. Deja pasar unos segundos, vuelve a hablar.

–¿Jan?

–Haz lo que quieras.

Intuye que hoy no conseguirá más, resulta absurdo permanecer mucho más tiempo allí. Es posible que Jan no vuelva a hablar, nota en él un punto de irritación. Se levanta despacio, le dirige un pequeño gesto, siempre desde lejos, a más de metro y medio, no se tocan en ningún momento. Comienza a bajar las escaleras y lo último que distingue es la rodilla derecha de Jan, negra e intentando salir de la sombra.

Prácticamente todo el camino está embarrado hoy, mucho más intrincado que el día anterior. Necesita detenerse a cada paso, pensar dónde pisa. Ha comprado otras botas, sigue resbalando aun así, más que el día anterior incluso. Trata, sin embargo, de distinguir las ortigas con más cuidado y por el momento no ha sentido ningún escozor, ninguna herida.

La mujer de Jan avanza más delicadamente, ni siquiera parece que esté pisando barro, piensa. Parece pisar el suelo de su salón, piensa, la madera, la alfombra. Va por detrás de ella en todo momento, y podría pensar que es más joven vista así; diría que le conoció ese vestido hace veinte años.

Llegan por fin al puesto de caza. El camino lo ha cansado más que nunca, por la acumulación de barro, por la compañía de la mujer de Jan. Con todo, no han hablado demasiado por el camino. ¿Por qué aquí?, le ha preguntado ella en un momento dado. No ha sabido responder. Le pide que se coloque más cerca del puesto de caza, para que Jan lo vea todo, quién es y a qué viene.

–¡Jan!

Grita. Siente que transcurre más tiempo del habitual hasta que asoma la cabeza. Aparece por fin, pero no se esconde inmediatamente como en días anteriores. Mira a su mujer, abrumado, no se mueve. Ella agacha la cabeza dos o tres veces para volver a mirarle poco después. Jan no puede soportarlo, desaparece detrás de la estructura. Se escuchan unos pequeños sonidos y pasan más de diez minutos sin ningún otro movimiento. La mujer no sabe qué hacer, mira hacia todos los lados.

–¿Y?

Pregunta.

–¿Ahora?

Pregunta. Le contesta que no se mueva, que siga donde está, él subirá al puesto, tratará de averiguar cómo ha reaccionado Jan. Comienza a subir sin sacudir la escalera esta vez.

Es un poco más tarde que otros días, oscurece ya, y le resulta imposible reconocer el gesto de Jan como le gustaría. Diría que está disgustado, llorando incluso. No le ha preparado el asiento de hojas secas, nota la humedad a través de la ropa.

–Jan.

–Fui un mal enfermo.

–Todos somos malos enfermos.

–Fui insoportable. Murió por mi culpa.

–Todos los enfermos son...

Recuerda el hotel de Auxerre ahora. Desde allí, desde el teléfono de aquel hotel, habló con su mujer el día del entierro de Jan, desde aquel absurdo lugar, a cientos de kilómetros de ellos. Recuerda aquel hotel ahora, aquella situación, la llamada de teléfono, en el puesto de caza, cuando no sabe qué decir, cómo contestar a Jan. Está empezando a parecerle mala idea haber venido con su mujer, pero lo intenta de nuevo:

–Baja al menos para que ella...

–¿Cuándo enfermó?

–Poco después de que murieses. Cinco meses, creo.

–¿Sufrió mucho?

–Igual que tú.

–¿Hasta el final?

–Igual que tú.

Le parece, en la oscuridad, que Jan agacha más la cabeza aún, no puede soportarlo. Piensa que está imaginando cómo sufrió su mujer. Espera unos minutos, cree que ahora puede conseguir algo.

–¿Bajamos juntos, Jan?

–¿Para qué? Los dos somos lo mismo ahora.

Intenta interpretar sus palabras: los dos son lo mismo ahora, Jan y su mujer. Sería diferente entonces si ella siguiese viva, si no hubiese enfermado. Jan prefiere a los vivos, los necesita, por eso las hojas secas para él. Es lo que entiende, su interpretación. Jan no va a bajar; mirará a su mujer desde allí arriba, pero no bajará.

Se despide de él y desciende por la escalera poco a poco, con gravedad. Abajo no hay nadie ya. La mujer de Jan ha comprendido perfectamente a su marido, siempre fue así, nunca necesitaron demasiada explicación. Vuelve solo al coche.

El barro parece más seco hoy, efecto del viento sur seguramente, durante los dos o tres últimos días. Así y todo, la hija de Jan resbala una y otra vez. La manera de caminar es completamente diferente a la de su madre, y tampoco el calzado es el idóneo, debería haberle avisado. Vienen directamente de la universidad, ella no disponía de más horas libres. En el coche han hablado durante todo el trayecto, pero ahora caminan en silencio, concentrados en el barro, no querrían volver a resbalar.

–Aquí es.

–¿Aquí?

La hija de Jan se extraña, mira hacia arriba, hacia el puesto de caza. Parece más abandonado que nunca, más húmedo y más podrido. Le parece imposible que

pueda haber nadie allí, durante tanto tiempo, ni siquiera insectos. Nada se mueve, ha desaparecido el viento de los últimos días, toda clase de viento. Da tres pasos hacia delante.

–¡Jan!

–...

–Ha venido tu hija, Jan.

La cabeza asoma antes que nunca, en uno de los extremos de la plataforma. Jan no dice nada, tampoco su hija. Quizá ella susurre algo, pero muy quedamente, las palabras se le enredan en la saliva.

La cabeza de Jan desaparece detrás de las maderas, como si estuviera resbalando hacia atrás, como si una cuerda tirase de él, muy despacio. Pasan los segundos, un minuto completo quizá. Abajo no saben qué hacer, se miran, vuelven a levantar la vista. Ven las suelas de los zapatos de Jan entonces, apoyadas en el primer peldaño de la escalera. Comienza a bajar, despacio.

Parece que su hija comprende lo que significa y esperan sin moverse, pacientes. Jan llega por fin, pisa la hierba, pero permanece unos instantes inmóvil, agarrado a la escalera con ambas manos. Se diría que le supone un problema caminar, seguramente por la falta de costumbre. Suelta la escalera antes de lo que esperaban sin embargo, y avanza lentamente hacia su hija. Da la impresión de que está volviendo a aprender, sus miembros parecen pesados, lleva las piernas y los brazos totalmente rígidos.

No mira la cara de su hija hasta que está prácticamente junto a ella. Parece que quiere hablar, que necesita decirle algo, pero no puede separar totalmente los labios, no lo hace más allá de unos milímetros. La chica espera las palabras de su padre, después de tanto tiempo, no quiere hablar ella primero, comienza a sentirse niña otra vez. Mira los labios de su padre, fijamente, como cuando comían juntos.

Jan cierra completamente la boca y avanza un paso, hasta colocarse a menos de un metro de ella. Saca un pequeño papel del bolsillo de su chaqueta, totalmente doblado. Lo desdobla, poco a poco, con paciencia: es el envoltorio de algún tipo de caramelo. No hay nada escrito en él.

Su hija sonríe al ver lo que es, mira a su padre a los ojos. Recibe el papel, lo mira, lo vuelve a doblar tal y como estaba, por las mismas líneas, lo guarda en el bolsillo de su camisa. Jan se gira sobre sus talones y vuelve a subir la escalera.

Hemos visitado la casa polaca de Iturria hoy. No esperábamos gran cosa, como de costumbre. Siempre llegamos tarde y, cómo no, tampoco hoy lo hemos encontrado. Podemos alegrarnos de una novedad sin embargo: hemos conseguido hablar con el propietario de la casa. Vive en el mismo edificio y habla un inglés aceptable. Nada más entrar, nos ha mostrado su piano y un chelo, para ofrecernos una serie de infusiones después.

Otra novedad: Iturria marchó hace poco más de una semana. Nunca hemos estado tan cerca, por lo que creemos que, en caso de que Leire consiga pronto su próxima dirección, le resultará imposible evitarnos.

Hemos conseguido, por su parte, que el dueño nos muestre el contrato. Leire insistió en que se lo pidiésemos y llevaba razón: además de Iturria, consta en los papeles un nombre peculiar, un tal A. Pienaar. Soro ha fruncido el ceño. Le conozco bien y sospecho que sabe quién es. Se lo he preguntado. «Alan» ha dicho, entre furioso y cansado, mirando hacia otro lado. «Alan, of course» ha repetido entonces el dueño de la casa mientras se levantaba a recibir a su mujer, que entraba en ese momento en la sala. Nos ha ofrecido las pastas que acababa de comprar en la confitería de enfrente, pero que no habríamos podido acabar en tres días. Ha resultado una visita agradable y hemos llegado al hotel sin hambre para la cena.

Mientras cruzábamos el hall del hotel, Soro ha reconocido sentir la necesidad de ver a Mazurek, como si fuera un gato que abandonara en la habitación, o una película, o una obra de teatro. Eszter y yo nos hemos mirado en el espejo del ascensor.

La cuestión es que Mazurek no hace absolutamente nada, no somos capaces de hacer nada con él. Duerme más que otra cosa, parece que no ha podido dormir desde que era niño hasta ahora, desde las primeras borracheras. También canta, aunque no como al principio, no tan claramente, tan alcoholizado. Tampoco se priva de comer, y no deja de liberar gases, por cualquier orificio, en cualquier momento. He necesitado salir al pasillo en alguna ocasión, mientras Soro se encerraba en el baño. Eszter parece tener un estómago mucho más blindado que los nuestros, ni siquiera se inmuta, simplemente ríe.

Repito que es imposible interactuar con Mazurek: no podemos hablar con él, jugar a cartas, tampoco conocemos sus canciones. Duerme, come y nos mira, nada más. Es de mirada suave, también eso es verdad, una mirada un tanto cuadrada, sin mala señal alguna, amable. Con todo, no entiendo a Soro, por qué o para qué necesita verlo.

Pero Mazurek no estaba allí cuando hemos llegado a la habitación, las camas estaban vacías y tampoco se había tumbado, como otras veces, en el suelo. Yo sospeché desde el principio que una persona como Mazurek no podía contenerse durante demasiado tiempo. Por el gesto de Eszter, me ha parecido entrever que ella pensaba lo mismo. El estado de los cables, sin embargo, no lo hemos entendido ninguno de los tres: los cables de todos los aparatos eléctricos (televisión, lámparas, secador y demás) estaban cortados o arrancados de mala manera.

En un momento dado, lo reconozco, he pensado que Mazurek los había cortado para venderlos, hasta que me he dado cuenta de que, de alguna manera, un tanto asistemáticamente, estaban atados a uno de los pilares que atraviesan la habitación. Desde allí se dirigían hasta la ventana y salían por ella, abierta como estaba, a pesar del frío. Nos hemos acercado y ahí estaba Mazurek, con los cables atados a la cintura y la entrepierna, colgado, en la fachada del hotel Sheraton, entre el segundo y el primer piso, borracho, cantando, mesándose las barbas y goteando orina a la acera. Hemos necesitado la ayuda de cinco empleados del hotel para volver a subir al hombre. Uno de ellos ha propuesto cortar los cables.

Hemos devuelto a Mazurek a la misma iglesia en la que lo encontramos, con un traje de 2.500 euros. No sabemos si la ropa le hará bien o todo lo contrario. En el momento de alejarnos, hemos oído su voz, pero desconocemos si cantaba o recitaba alguna poesía, inventada o conocida. *Este podía llegar a comerse un contrabajo*, ha dicho Soro, *sin cocer*.

–¿Por qué un papel de caramelo, Eszter? ¿Por qué se lo ha dado a su hija?

–El papel no es la respuesta, Mr. Barturen...

Cuarta parte

ABEJAS MUERTAS

Nos ha escrito Leire para decirnos que no va a venir a Varsovia, que volará directamente a Moscú. Nos propone encontrarnos en el mismo aeropuerto o en un hotel, por lo que debemos salir lo antes posible. Parece que Iturria vive allí ahora: conseguimos su dirección rusa y ayer mismo lo vieron en la casa. No sabemos cómo, pero Leire sabe que no va a moverse en varios días; le han informado de que permanecerá allí más de cuatro semanas incluso.

Parece que Iturria pretendía establecerse en San Petersburgo en un principio, o en Minsk, no está tan claro, pero ha acabado recalando en Moscú. No nos entra en la cabeza cómo puede estar Leire al tanto de tantas cosas, de una manera tan minuciosa. Es posible que encontrara a un informante perfecto, con una necesidad imperiosa de hablar, alguien de cierta edad seguramente. Quizá haya encontrado al mismísimo Pienaar... En definitiva, hemos preparado todo para viajar a Moscú, y Eszter, la loca, ha decidido acompañarnos.

Percibíamos aún el olor de Mazurek mientras preparábamos las maletas, pero, para nuestro asombro, no nos resulta del todo desagradable. Hemos encontrado, además, dos botellas escondidas en la habitación, una de ellas entre los pliegues del sofá, ambas de graduación infinita y baratas. No sabemos dónde ha podido comprarlas, a quién, y es que apenas ha salido del hotel mientras hemos permanecido aquí.

He echado una breve cabezada después de comer y al despertar he sorprendido a Soro tarareando una canción, entre susurros. Me ha parecido una de las tonadillas de Mazurek (la melodía, el ritmo...). Hasta ahí no me habría extrañado, pero inmediatamente me he dado cuenta de que Soro conocía la letra, esa que ni siquiera Eszter es capaz de descifrar. En el momento en que ha visto que yo ya no dormía, ha dejado de cantar bruscamente.

Hemos conseguido un vuelo para mañana por la tarde. Mientras tanto, Eszter y Soro siguen dándole vueltas a los puestos de caza, a la mujer de Jan, a su hija, al envoltorio del caramelo y al barro. Tengo la sensación de que repiten una y otra vez lo mismo. Me han aburrido tanto que me he apartado y prefiero pasar el tiempo escribiendo esto, aunque no sé para qué o para quién. Escucho frases sueltas de vez en cuando: *Cojones, los de Iturria,* dice Soro por ejemplo. Lo ha dicho en euskera, pero diría que Eszter lo ha comprendido perfectamente.

SEGUNDO RELATO DE VARSOVIA

Abejas, frenos

It feels a little worse
than when we drove our hearse
right through that screaming crowd
while laughing up a storm.
[...]
A million ancient bees
began to sting our knees

REGINA SPEKTOR

Que yo sepa, Olga no ha conducido ningún coche fúnebre hasta hoy, tan largo, con tantas ventanas y tantas cortinas en las ventanas. Avanza incómoda al principio, el motor renquea. Además no pisa bien los pedales, las marchas entran donde no deben, y sentimos a cada momento sacudidas y frenazos.

Incluso el ataúd da bandazos detrás. Creemos que debe de existir algún sistema, que los funerarios utilizan algún tipo de método para que la caja no se balancee tanto, para que no golpee una y otra vez contra las paredes. Es fácil que la madera se estropee con tanto topetazo, se dañe el barniz, nunca llegaría tan perfecto como suele al funeral y al entierro. Estamos convencidas de que no hemos colocado bien la caja, no la hemos atado debidamente; parece que no hemos sabido adivinar el sistema de los trabajadores.

Veo a Olga más tranquila al entrar al pueblo, dentro de la plaza. Es evidente que controla mejor el mecanismo ahora; disminuye la angustia en ambas. Incluso el ataúd oscila menos a partir de un determinado punto.

Aun así, yo sigo convencida de que no deberíamos haber cogido el coche, este coche, tan extravagante, tan absurdamente largo. Podíamos haber llevado el ataúd en cualquier otro, en una furgoneta por ejemplo, o en uno de los camiones pequeños. Pero Olga estaba empeñada en este, cómo no, un coche fúnebre, el nombre de la funeraria en las puertas traseras: Judt coop. ¿Qué significa «coop»? ¿Quién es Judt? ¿Por qué esta farsa?

No hay demasiada gente en la plaza en el momento en que entramos, o puede que nosotras no seamos conscientes. Se nos acercan unos pocos, dos o tres se colocan realmente cerca del coche, miran entre las cortinas, por la luna de atrás. No

nos queda más remedio que aminorar la velocidad. De hecho, está prohibido utilizar vehículos a motor en la plaza, no está preparada. Parece que existen excepciones, permisos especiales, como el nuestro. La gente puede acercársenos sin problema, avanzamos necesariamente despacio. Miran dentro del coche, al ataúd, a nosotras.

No llegamos a comprender de dónde ha salido tanta gente después. Existen cinco entradas a la plaza, cinco mínimo, y comprobamos que la gente entra por todas ellas. Es extraño, siempre me lo ha parecido, que una plaza que limite con un río cuente además con tantas entradas. El propio río podría convertirse en la sexta, pero nadie entra por allí, no hay costumbre. Olga eligió de hecho esta plaza por esos mismos motivos, por estar cerca de la iglesia y del río.

Diría, repito, que entra gente por todas las entradas, por las cinco. Son decenas, en estampida, y prácticamente todos se acercan a nuestro coche. Miran tímidamente al principio, se colocan a izquierda y a derecha, y el coche puede continuar avanzando, aunque despacio. A nosotras nos miran como a bichos raros, pero sobre todo les interesa el ataúd. Pierden la vergüenza mucho antes de lo que esperábamos, vemos manos y brazos encima del capó, y pronto intentan abrir las puertas, aplastando las caras contra las lunas para poder observar mejor el interior, para poder observarnos mejor a nosotras.

Ahora mismo podríamos contar unos quince delante del coche, veinte quizá, es posible que más, trozos de rostros y brazos. El vehículo continúa avanzando, pero muy lentamente; todo depende de que los que tenemos delante decidan retroceder.

Trato de imaginar el coche desde fuera, desde arriba, desde el cielo, y veo un imán rectangular, un imán que atrae personas. O un terrón negro de azúcar, asqueroso, medio desecho, con hormigas alrededor. Decido que la visión produce algo similar a una pequeña náusea. Miro a Olga y me da la sensación de que siente algo similar. Hablamos, algo que no hacíamos desde hacía minutos.

–¿Acelero, Reg?

–No.

No mueve el pie del pedal y deja que el coche avance a su ritmo, como hasta ahora.

En un momento dado la gente comienza a golpear el vehículo. Algunos lo hacen con la palma de la mano, otros utilizan el puño cerrado, con toda la fuerza de la que son capaces. Dentro del auto los golpes resuenan amplificados, parecen atenuados pero más profundos a su vez, penetran hasta la sangre. Percibimos sus gritos y es probable que se trate de insultos. Vemos cómo abren y cierran la boca, nunca para hablar entre ellos sino para increparnos. Tratamos de no mirar.

Nuestra angustia aumenta por momentos, no sabemos qué quieren exactamente, por qué los gritos, los golpes, por qué este odio, contra nosotras y contra el coche. Son muchos, no les sería demasiado complicado destrozar el vehículo, todas y cada una de las lunas, abrir las puertas. El peligro resulta más evidente a cada segundo, parecen cada vez más rabiosos. Le digo a Olga:

–¿Aceleramos?

–No.

–¿Qué quieren? ¿Por qué...?

–La caja.

Pensarán que llevamos a alguien en el ataúd, alguno de los suyos, una persona querida sin duda, de lo contrario es imposible de entender, qué hace tanta gente en este estado, este escándalo, por qué gritan y para qué los golpes. Creerán que estamos robando el cuerpo, que no lo llevaremos donde ellos querrían. De hecho, hace metros que hemos dejado la iglesia atrás, e intuyo que ha sido entonces cuando se han intensificado los golpes y los insultos, esa rabia, ahora me doy cuenta. Querrían el cuerpo en la iglesia, pero no es ese nuestro propósito. Olga lo tiene claro desde el principio.

Y cómo explicarles ahora, cuando hace tiempo que han perdido el sosiego, cuando su enfado ha llegado a este punto, que no hay nadie en el ataúd, el cuerpo que imaginan. Cómo explicarles que no hay más que abejas. Cientos de abejas... ¿Miles? No lo sabemos, pero traemos todo el enjambre, enorme, uno de los más grandes que hayamos visto hasta ahora. Por eso este zumbido dentro del coche, imposible pensar con claridad. Por eso no escuchamos sus quejas, qué quieren, por eso este miedo, este asco.

–¿Se lo decimos?

–Ellos mismos lo verán.

No entiendo la respuesta. Nadie puede ver qué hay dentro de un ataúd, necesitarían abrirlo, pero desde fuera ni siquiera pueden tocarlo, y yo no lo voy a hacer. Parece que Olga ha visto por el retrovisor algo que se me escapa, detrás, en la caja. Intuyo tensión en sus ojos, brazos rígidos, manos crispadas; no lo había notado hasta ahora. Giro los hombros, miro hacia el ataúd: una abeja trata de salir por una de las juntas, a duras penas, le está costando demasiado. Diría que se ha destrozado las alas en el intento, quizá incluso las patas se resientan. Una vez fuera, cae al suelo del auto y comienza a dar vueltas sin levantar el vuelo, sin control.

Miro nerviosa a Olga, ahora comprendo su tensión. Me vuelvo de nuevo hacia la caja y compruebo que aparece otra abeja por el mismo hueco que la anterior. Consigue salir mucho más rápido que aquella, daña menos sus alas, pero, después de un vuelo corto, se posa cerca de la primera.

–Ya han abierto camino.

Después de observar la manera de proceder de las dos primeras, imagino que las demás podrán salir con facilidad y en perfecto orden. Empieza entonces el desfile, tal y como he pensado, pero a un ritmo bastante más lento y asistemático, no veo ninguna clase de mecanización. En una ocasión incluso dos de ellas tratan de salir al mismo tiempo, por el mismo espacio; se entorpecen mutuamente, casi taponan la salida a las demás. Lo consigue la más fuerte por fin y ensancha el hueco para las siguientes, aunque continúan saliendo a cuentagotas.

Las abejas no se atreven aún a pasar a la parte delantera del coche, pero esperamos que lo hagan de un momento a otro. Olga sufre más que yo, porque le es

imposible ver nada más allá de lo que le muestra el retrovisor, y comprueba que el rectángulo está a punto de llenársele de abejas, imagina que estarán saliendo cientos, miles, que arremeterán contra nosotras, nos ahogarán, las vías respiratorias llenas de... Yo, que puedo observar directamente la parte trasera, no entiendo muy bien la conducta de los insectos: vuelan hacia los ángulos del vehículo, se posan en el suelo y la mayoría rodean el ataúd. Creo percibir que Olga jadea.

–¿Ya vienen?

–No creo.

Visto lo visto, muchos de los que gritaban en el exterior permanecen en silencio ahora; se han dado cuenta de que no hay cuerpo en el ataúd. Alguno señala el interior del coche, explican la situación a los demás: les han engañado, un fraude. Abundan ahora las caras de decepción, se intuye el cansancio de otro engaño más, y se toman pequeñas venganzas antes de abandonar la plaza: golpean el techo, descargan patadas en los costados y hacen añicos los cristales de unos de los focos traseros. Cada ruido altera ahora a Olga, el zumbido del interior del coche los aumenta.

Todos los que rodeaban el coche desaparecen en segundos, y no queda en la plaza absolutamente nadie. Entra ahora la claridad a través de las ventanas sin ningún tipo de estorbo, con lo que parece que el sol calienta más que hace un minuto. Diría que esta luz intensifica la tensión, la sensación de peligro. Incluso siento cierto ahogo junto con la claridad. Olga entrecierra los ojos.

–¿Ya vienen?

–Acelera ahora.

Vemos totalmente libre el camino hasta el río, unos 140 metros. Necesitamos movernos con rapidez, antes de que las abejas se abalancen contra nosotras. Olga acelera, aunque no de manera demasiado brusca, y llegamos en pocos segundos al borde de la plaza, al río, en el momento exacto en el que las primeras abejas vuelan en torno al volante. Varias nos suben y bajan entre las piernas, se posan en los muslos de Olga. La tensión le desborda, intuyo que querría espantar a los insectos, pero se está conteniendo. Y es que se trata de los últimos segundos, somos conscientes... Veo ahora una abeja delante de mis ojos, a escasos centímetros, y mi primera posible reacción es proteger la nariz y la boca. No lo hago.

Detiene el coche en el extremo de la plaza, cara al río, y apaga el motor. Nos soltamos despacio los cinturones.

–¿Ahora?

Asiento con la cabeza. Abrimos las puertas a la vez y saltamos del coche prácticamente en el mismo segundo. Una vez fuera, actuamos con más rapidez incluso: cerramos las puertas con un movimiento violento. Me doy cuenta de que aplasto una abeja, aunque quedan fuera la cabeza y dos o tres patas. Quiero creer que apenas han podido salir. Diría que por mi puerta no ha salido ninguna; es posible que alguna se haya colado por la de Olga, no lo sé. Tampoco les hemos dado tiempo para más.

Nos dirigimos sin hablar a la parte trasera del coche, más tranquilas ahora. El primer empujón cuesta más de lo que habríamos supuesto, resbalamos, pero las ruedas ceden casi inmediatamente y avanzan sin ruido. Vemos a través de las ventanas cientos de abejas fuera del ataúd, es posible que todas. La primera fisura de la caja es ahora una garganta de la que pueden salir en oleadas. El zumbido interior nos resulta ciego, no somos capaces de ver el volante.

La parte delantera del coche cede hacia el río por fin. Dejamos de empujar, el propio peso hace lo demás, cae al agua. Damos unos pasos hacia atrás para sentarnos en uno de los bancos de la plaza. Cruzamos las piernas y abrimos los brazos a lo largo del respaldo. Contemplamos cómo se hunden nuestros ascos. Por delante de nosotras pasan dos hermanos comiendo castañas.

Hemos llegado a Moscú de madrugada. Esperas en aeropuertos, retrasos, nada ha funcionado como debería. Leire nos ha esperado despierta en la habitación del hotel, dice que prefería no dormirse hasta tenernos controlados. Ha conocido por fin a Eszter en persona, pero me da la sensación de que sabe más de ella que nosotros mismos.

Soro ni siquiera ha saludado a su hija, le ha preguntado directamente por la casa de Pedro Iturria: dónde está, si continúa allí. *El cabrón del barbas*, ha añadido después. Leire le ha contestado con toda la paciencia del mundo, le ha explicado dónde está la casa, incluso lo ha tranquilizado diciéndole que llegaremos más fácilmente que otras veces. Parece que esta vez no ha salido de la ciudad, no ha buscado en el extrarradio o en pueblos cercanos, como en alguna otra ocasión. Y lo más importante: Iturria sigue allí, lo comprobó ayer mismo.

En los papeles vuelve a aparecer el otro nombre, A. Pienaar, a pesar de que Leire sabe, sin ningún rastro de duda, que Iturria vive solo. Intuye que es el tal Pienaar quien se encarga de los papeles, de los alquileres, es posible que sea él incluso quien aporte el dinero. *Alan, Iturria; Iturria y Alan*, ha dicho entonces Soro, como recitando una letanía, *cada cual más sinsorgo*. Después ha vuelto a ponerse los zapatos que acababa de quitarse al entrar a la habitación.

–¿Pero qué...? –se ha sorprendido Leire.

Soro pretendía salir en ese mismo momento hacia la casa de Iturria, a las tres y media de la madrugada, no podía perder ni un solo minuto. De pronto se le ha ocurrido que hemos pasado ya demasiado tiempo con este asunto y que necesitamos rematarlo de una vez. Soro es, habitualmente, una persona de infinita paciencia, pero parece haberse deshecho de toda en medio minuto. Me ha parecido escuchar que respiraba con más fuerza.

Leire ha tenido que emplearse a fondo para convencerlo. Repetía que no eran horas, que no pasaba nada por esperar a la mañana. Iturria no va a irse a ningún lado, decía, lo sabía con total seguridad. Le ha prometido que saldrán a primera hora del día.

–¿Por la mañana?

Ha gritado Soro. Él no va a casa de nadie por la mañana... O ahora, ha dicho, o mañana por la tarde.

Acto seguido ha empezado a explicarle a Leire, como si debiera haberlo sabido hace tiempo, que no se hacen visitas por la mañana, o es que no ha leído a Dostoievski y compañía... Las visitas son vespertinas, ha dicho, incluso nocturnas.

¿No has leído a los rusos?, le ha dicho después en euskera.

Y esa es la razón por la que no hemos ido a casa de Iturria hoy por la mañana, porque Soro lleva años leyendo a los rusos.

–¿Es el último, Eszter? ¿El último cuento? ¿Ha muerto Iturria?

–¡Muerto no! Lo dijo Leire, dijo que...

–Ya sé que no está muerto, Eszter; no soy tan lelo. Es una metáfora, una metonimia. Pero, ¿no quedamos en que también las metáforas habían muerto? ¿Y los símbolos? Es otra de mis obsesiones, ya sabes. Olvídalo, no me hagas caso. Quería decir: ¿es el último texto de Iturria? ¿Está Iturria muerto para los textos?

–No lo creo, yo lo veo bastante vivo. Diría que es un cuento vivo, este... Es posible que uno de los más vivos.

–Pero hemos alcanzado a Iturria, Eszter, no va a escapar esta vez, no puede. Parece estar cansado: cansado para escapar y para escribir.

–Será porque quiere.

–¿Porque quiere?

–Leé otra vez el cuento, don Soro, leélo: no hay cansancio acá. Si se cansó, fue porque él quiso cansarse. Si lo alcanzamos, es porque él quiso que lo alcancemos.

–Entonces... ¿Qué es este cuento, Eszter? ¿El testamento de Iturria? ¿El resumen de los anteriores? ¿Qué es esto, Eszter?

–¿Testamento? No seás peliculero, Mr. Barturen.

–¿Qué es entonces? ¿Por qué este el último?

–¿Y por qué no?

–...

–...

–¿Acariciarías una abeja, Eszter?

–¿Por puro placer sexual?

–No, con menos ambición.

–Este... Según dónde. En el abdomen no.

–¿Las alas?

–Sí. Pero si estuviera muerta. Las abejas muertas son más humildes, no tienen ese punto de soberbia.

–No te burles de mí, Eszter. Dime: ¿qué son las abejas en el cuento? ¿Qué son esas presencias, esos fantasmas? ¿Lo has pensado? Está claro que algo quieren decir. ¿Lo has pensado? Yo sí.

–No lo sé, crean cierta tensión, dentro del coche, dentro del cuento. Tensión... ¿Podrían ser la tensión las abejas?

–Tensión... Podría ser. Es otra de las palabras que define el cuento quizá. También el «asco», incluso el «miedo». ¿Podría ser el concepto de miedo lo que aporten las abejas, Eszter? Los miedos de Iturria, uno de tantos. La abeja parece algo pequeño, insignificante, pero no lo es. El propio Iturria me lo mencionó, en

Inglaterra, de joven, es una de las pocas cosas que recuerdo nítidamente: dijo que soñaba con abejas, más de lo que querría, pesadillas. Y el sueño no es algo pequeño, Eszter, insignificante, es prácticamente la mitad de la vida. Un miedo de Iturria por tanto, las abejas, un trauma, si prefieres.

–¿Tan importantes son entonces, las abejas? ¿No son símbolos, como siempre, como en otros cuentos, señal de otra cosa?

–Hay infinidad de señales en este cuento, Eszter, todo es señal. ¿No lo has percibido hasta ahora? Es posible que la abeja no sea un miedo, sea todos los miedos de Iturria. Fíjate dónde nos muestra a las abejas: en un ataúd, en un coche fúnebre, no en cualquier caja, en cualquier coche...

–Cierto.

–Dicho de otro modo: Iturria coloca las abejas en el miedo universal. ¿No es suficiente señal? La abeja es algo grande, Eszter, está en todo el mundo: Argentina, Hungría, Varsovia, Moscú... En cada esquina, ese miedo, ese asco. También tú tendrás tus miedos, Eszter...

–Muchos.

–¿Y por qué no haces lo mismo que Iturria? ¿Por qué no los ahogas en un río, en un charco? Es fácil, lo he hecho varias veces.

–¿Es lo que creés que hace Iturria entonces?

–¿No has visto cómo se sientan las protagonistas para ver hundirse el coche, Eszter? «Cruzamos las piernas y abrimos los brazos a lo largo del respaldo.» ¿Qué es esto? Ya te lo digo yo: el sosiego absoluto. Acaban de ahogar sus miedos, sus ascos, sus abejas.

–Tal cual.

–Estamos muriendo, Eszter, también Iturria. ¿Qué son para nosotros ahora los miedos, los ascos? ¿Qué son las abejas? Una broma. ¿Te has fijado en tus manos, Eszter, en las venas, los huesos? No te sobra un gramo. ¿No te das cuenta? Por eso ahoga Iturria las abejas. Deberíamos haberlo hecho antes, pero es ahora cuando estamos dándonos cuenta. ¿Me enseñas tu pie, Eszter?

–...

–Tienes los dedos más torcidos que yo. Pasa a veces. Seco el talón. ¿Todavía no te das cuenta de que...? Mira mi pie: un cabracho. ¿Te has lavado los dientes, Eszter?

–Antes que vos.

–Faltan menos de cinco horas para visitar la casa de Iturria. Leire me ha dicho que está avisado. ¿Crees que estará esperándonos, que no escapará?

–No tiene por qué.

–Alan Pienaar. Cuántos años sin escuchar ese nombre. Tendrá nuestra misma edad. Eszter, ¿se comen *magurios* en Argentina? Ni siquiera sabes lo que son, ¿verdad? *¡Erroman! ¿Has visto a Eszter descalza? Un carramarro.*

Soro Barturen, Leire y Eszter bajan a eso de las cinco de la tarde al hall del hotel.

Piden un taxi ordinario en recepción, no necesitan ninguna clase de vehículo especial, Iturria vive en una de las calles del centro, ni siquiera demasiado lejos del hotel.

Leire Barturen lleva la misma carpeta de siempre, todos los documentos recopilados hasta ahora: textos originales, traducciones, direcciones de los anteriores domicilios, algún contrato, la fotografía... Uno de los pocos retratos en los que aparecen juntos Soro e Iturria, si no el único. También se encargó de apuntar la dirección de Pedro Iturria en Moscú en caracteres cirílicos, por si la necesitaran para el taxista.

Mientras esperan al coche, Leire lee pasajes de los relatos, aleatoriamente: caballos, abejas o vinagre. Se le renuevan las ganas de conocer a Iturria, ahora, tan cerca ya. Pedro Iturria ha conseguido que publicasen sus textos en varios países, tan diferentes entre sí. A todos les ha parecido virtuoso, digno de ser publicado, a pesar de no tener referencia alguna, de no conocer su obra anterior. Los relatos avanzan solos, sin ayuda, por su calidad, por su genialidad, por la sensación que provocan en suizos, en checos, en polacos, es igual quiénes sean, qué hayan leído hasta ahora. Iturria, suponen, debe ser alguien excepcional, fuera de lo común. Es lo que intuyó Soro de joven, y es lo que intuyen ahora Leire y Eszter.

Le muestran la dirección al taxista dentro del coche ya. El conductor es un hombre ancho de pelo rapado, rostro innoble, piensan que podría haber sido soldado. Arranca demasiado bruscamente y continúa a la carrera por las calles. Los pasajeros se angustian, pero Soro no está dispuesto a sufrir ya por nada y le propina un pescozón un tanto violento. Leire y Eszter entran en pánico, entienden inmediatamente que supone un insulto inaceptable para un soldado, que un viejo lo golpee en la cabeza, por detrás. Se les pasa por la imaginación que no tardará en empuñar una pistola y acabar con los tres. En contra de lo que hayan podido pensar, sin embargo, el hombre agacha la cabeza, comprende la protesta de Soro y aminora la velocidad. A partir de ahí parece incluso que conduce demasiado despacio.

Leire extrae la fotografía de la carpeta y se la pasa a Eszter. Leire Barturen conoce los rasgos de Iturria de memoria, pero se los quiere volver a mostrar a Eszter, sobre todo esa curiosa barba, curvada hacia un lado, similar a un gancho, parecida a la de Jules Verne. El blanco y negro de la fotografía, por su parte, los tonos grisáceos, no dejan adivinar el color original, que bien podría ser castaño o pelirrojo. Sabe por su padre que Iturria era pelirrojo de joven, pero Soro es incapaz de asegurar si todavía hoy llevará ese tipo de barba.

Los trajes de la fotografía atraen especialmente a Leire. No imagina a su padre vestido así, a pesar de que lo ha visto docenas de veces en retratos semejantes. No puede evitar la sensación de disfraz. Pedro Iturria es, además, verdaderamente alto, a juzgar por la diferencia con los compañeros que lo rodean. Mira directamente a la cámara, pero la barba apunta en otra dirección, dice Eszter. Es imposible mirar durante demasiado tiempo a Iturria sin quedar atrapado en su barba.

El taxi se detiene ante un portal. La calle de Iturria es similar a muchas de las

que acaban de dejar atrás. Se sorprenden, con todo, al pasar la puerta de la calle: lámparas un tanto especiales ocupan el techo y las paredes, y madera muy trabajada adorna los laterales hasta bien pasadas sus cabezas. Creen percibir un ligero toque inglés, no sabrían explicar por qué. Iturria vive en el primer piso, y no parece haber ascensor.

Les abre la puerta una mujer con una especie de cofia en la cabeza y un largo delantal blanco. No habla, pero da la impresión de saber perfectamente quiénes son y a qué vienen. Les indica seguidamente, con un breve gesto, que pueden entrar, que son bienvenidos. En los pasillos aumenta notablemente la sensación de ambiente inglés. Soro diría que la casa es exactamente igual a las que conoció en su época de estudiante. Desde que entraran allí, pocas veces es consciente de que se encuentran en Rusia, en el centro de Moscú.

La mujer les hace pasar a una biblioteca. Perciben de nuevo el estilo inglés, cómo no: la madera de los estantes, el suelo, las molduras, las mesas de trabajo, todo. Leire piensa que no es posible que Iturria haya ordenado esos cambios; acaba de llegar, no ha habido tiempo. Debe de haber sido un capricho del anterior dueño, un inglés, o incluso un ruso anglófilo. También hay libros en lengua rusa, pero la mayoría son primeras ediciones inglesas y algún que otro francés.

Piensan que será el propio Iturria quien se acerque a la biblioteca a recibirlos. Parece un lugar apropiado para reunirse, para hablar de los textos, para ponerse al corriente de los últimos cincuenta años. En lugar de Iturria, sin embargo, es la mujer quien vuelve a aparecer y les pide que le acompañen.

Los conduce a un gran salón, en el que lo primero que ven es la chimenea y varios sillones en torno a ella, seis o siete. Se trata, en el centro de Moscú, de lo más parecido a un club inglés. Iturria les espera sentado en uno de los sillones, las manos cruzadas en el pecho. Efectivamente, conserva la misma barba que en su juventud, desviada hacia un lado, una especie de gancho, la barba de Jules Verne. Parece que con los años ha perdido algo de fuerza, es un poco más modesta, pero por lo demás Iturria está exactamente igual, incluso los ojos. Leire Barturen sería capaz de reconocerlo en cualquier situación.

Pedro Iturria ni siquiera hace amago de levantarse, invita a los demás a sentarse a su lado, cerca de la chimenea, en su impecable inglés. Leire y Eszter le obedecen inmediatamente, pero Soro se acerca a él y le ofrece la mano:

–Alan.

–Barturen –contesta Iturria.

Leire y Eszter se miran, no entienden... ¿Qué está pasando? ¿Por qué «Alan»? ¿Por qué llama «Alan» a Pedro Iturria? Leire no puede contenerse y pregunta a su padre:

–¿Alan? ¿Pero quién...?

–Alan Pienaar, Leire –contesta Soro de inmediato, como si hubiese estado esperando la pregunta–. Padres sudafricanos, ¿no es así, Alan?

–De Pretoria.

–Padres sudafricanos, pero tú más inglés que la reina.
–Parecido a Tolkien, a Ishiguro... Somos tantos...
–Sigues leyendo, no hay duda.
–Siempre.
–¿Conrad mismo no era polaco?
–Y Nabokov ruso.
–Todo es lo mismo.
–Todo igual.
–...
–...
–Cincuenta años, Alan.
–Por lo menos.
–Aquellas noches, Alan, ¿te acuerdas...?
–Siempre.
–Sin salir del club...
–Para qué.
–Cincuenta años. ¿Qué has hecho, Alan?
–Trabajar.
–¿Cuándo murió?
–¿Emma? Veintitrés años ahora, en diciembre.
–...
–Mis hijas no vuelven de Estados Unidos, los nietos, nadie.
–También para eso se necesita suerte.

Hablan después de las familias, intercambian nombres, profesiones, nietos, lugares, problemas. Se demoran, hacen referencia a situaciones que Leire y Eszter no conocen, se actualizan.

La inquietud de Leire aumenta a cada palabra, hace que se agite en el asiento. Mira a su padre, al hombre que está sentado frente a él y continúa sin comprender absolutamente nada. Venían en busca de Pedro Iturria, lo han encontrado, sin embargo ahora no se apellida así, su padre lo llama Alan, Alan Pienaar, es sudafricano, pero inglés por encima de todo. Siente cierto mareo, no soporta el malentendido y los interrumpe:

–¿Quién es entonces Pedro Iturria?

–Nadie.

Leire y Eszter vuelven a mirarse, no tan directamente esta vez, cada vez más perdidas. Iturria acaba de convertirse en fantasma, no existe. ¿Qué significa este esperpento? ¿Por qué no firma Pienaar los cuentos con su nombre? Es evidente que Soro sabía desde el principio que Iturria no existía. ¿Por qué no ha hablado antes de Pienaar?

Leire se siente engañada ahora, su padre se ha burlado de ella. Todo el día hablándole de Iturria, de sus cuentos, sus traducciones, aquellos interminables comentarios, y no existe ahora. Existe este otro hombre, Pienaar, Alan,

completamente nuevo, invisible hasta hoy, fantasmagórico, con esa extraña barba, desviada hacia un lado. Ellos, ajenos al desconcierto que están provocando, continúan hablando después de cincuenta años:

–¿Y los patos, Alan? ¿Todavía te los comes enteros?

–Ahora son los patos los que me comen a mí, Barturen –ríen.

–¿Nos bañaríamos ahora como entonces, Alan?

–¿Aquel río? ¿Por la noche?

–Por la noche...

–No, pero volvería a tirar a Dobson.

–¿El profesor?

–Recién sacado de la cama otra vez, a ser posible.

Soro se ilumina con el recuerdo olvidado, ríe. Pienaar le acompaña en la risa, pero la suya aparece envuelta en tos. Para.

–Alan, Alan... Qué éramos y qué somos...

–Trapos.

–Secos.

–¿Sigues dibujando caballos, Barturen?

–Ni se me ocurriría –nubes–. Tú eras bueno con los mapas...

–Era...

Alan alarga el brazo, le tiemblan los dedos. Soro no sabe hasta qué punto se trata de alguna enfermedad. Continúa hablando:

–En qué no eras tú bueno, Alan.

–...

–¿Has visto cómo construyen las embarcaciones ahora, los remos?

–Vergonzoso.

–Vergonzoso.

Ríen; debe de tratarse de una broma particular. Soro suspira después de la risa y mira brevemente a Leire, como si estuviera en deuda con ella; cree que le debe una explicación. Retoma la conversación, pero comienza a centrarse.

–¿Y los cuentos, Alan? Es a lo que venimos.

–¿Qué pasa con los cuentos, Barturen?

–¿No han quedado antiguos, caducos, desfasados?

–¿Y debo decirlo yo? No puedo, imposible. Sabes que yo, precisamente...

–Déjame contradecirte: me parece que eres tú quien puede decirlo mejor que nadie; tú fuiste el primero... ¿Han quedado desfasados los cuentos, Alan?

–Más bien lo contrario –Pienaar.

–¿Más bien lo contrario? ¿Lo dices en serio, Alan? Me quitas un peso de encima. Pero hay más, todavía hay otra cosa...

En un momento dado, Leire Barturen cree comprobar que el inglés de su padre va camino de oxidarse, pero es una falsa sensación, se rehace inmediatamente y no tarda en fluir. Continúa hablando, preguntando:

–Pero, ¿son superficiales, Alan? Lo he escuchado en alguna ocasión. Incluso lo

he comentado con Eszter. ¿Son cuentos ligeros, Alan, triviales?

–Más bien lo contrario.

Leire se avergüenza ahora de la inocencia de su padre: ¿cómo va alguien a reconocer que sus textos son superficiales? Soro continúa después de una pequeña pausa, más serio. Señala la carpeta de Leire:

–¿Qué son estos relatos, Alan?

–...

–¿Cómo los explicarías, Alan? ¿Qué son?

–Diferentes.

–¿Diferentes? ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿Diferentes entre sí o diferentes a todo el mundo? ¿Qué quieres decir, Alan?

–Ni se me ocurriría, Barturen. El mundo... El mundo es enorme, compañero; qué sé yo qué escriben en Letonia, en Corea... Cómo voy a saberlo. Diferentes entre sí, no puedo decir más.

–¿Y es eso importante? ¿Es importante que unos cuentos sean diferentes entre sí, es comentable?

–Quiero decir que nada es lo que se espera en ellos, lo que esperamos de ellos. El asombro, la extrañeza... Es algo grande.

–...

–¿Qué es un cuento si no? ¿Me lo puedes decir tú? –Pienaar.

–No.

–¿Por qué deben leerse?

–...

Soro tarda en hablar, parece necesitar tiempo para reflexionar sobre la pregunta. Podría dar la impresión de que no sabe por dónde continuar, qué responder, pero no es cierto, su cerebro ha pasado ya a otro nivel, y piensa ahora en algo más importante, es, de hecho, por lo que ha venido en busca de Alan Pienaar. Dice:

–¿Por qué en toda Europa, Alan? ¿Por qué dos cuentos en cada país?

–...

–Yo quería publicarlos en Inglaterra, Alan. Por eso te los envié.

–¿Por eso los escribiste en inglés? –Alan.

–No los escribí en inglés...

–¿En tu lengua?

–En nuestra lengua –Soro.

–¿Y quién los tradujo?

–Nadie.

–Todo tú entonces... Eres grande, Barturen.

Leire cree estar soñando ahora, en este salón, en este club inglés. ¿Qué dice este hombre? ¿Qué está pasando? ¿Fue su padre quien escribió los cuentos? ¿Él mismo los tradujo? ¿Se los envió después a Pienaar para que los publicara en Inglaterra? No puede ser cierto, le cuesta seguir pensando... ¿Qué clase de broma es esta?

–Lo único que quería era verlos publicados en Inglaterra –continúa Soro.

–Pero les he dado más vuelo, Barturen. Eres más grande ahora –Pienaar.

–Yo no quería ser más grande, Alan, lo único que quería era verlos publicados en Inglaterra.

–¿Tan importante era?

–Verlos publicados en Inglaterra, Alan...

Soro Barturen se levanta del sillón, despacio. Se acerca al ventanal detrás de Pienaar y mira a través de él. No ve las calles de Moscú, sino colinas inglesas, céspedes, hierba cortísima, un río, remeros, a buen ritmo, y un poco más allá, detrás de un pequeño muro de piedra, el hoyo número dieciocho de un club de golf.